
UN CASTILLO EN LAS HIGHLANDS
EVANGELINE CRUZ
Selecta

Un castillo en las Highlands

Evangeline Cruz

Selecta

Capítulo 1

Rose no daba crédito a su situación en ese momento. Encogida sobre sí misma, oculta bajo la lona que protegía una de las barcas de paseo del estanque de lady Sibylle, trataba de pasar desapercibida de la señora Wesley y, sobre todo, del sobrino de esta.

Si no fuera por lo mucho que había sufrido a causa de él y la tortura que le supondría volver a verlo, se hubiera reído de tan ridícula situación.

Hasta hace unos momentos, se encontraba paseando por el sendero que conducía hasta el hermoso lago artificial que su anfitriona, lady Sibylle Oliphant, había mandado hacer en su espléndida mansión a las afueras de Brighton.

Gozaba de cierta serenidad en sus pensamientos, libre por un rato de la perenne compañía de su charlatana y exigente tía Henrietta y sus amigas, cuando se encontró de improviso con la figura de Evelyn Wesley, que avanzaba en su dirección, acompañada del brazo de Charles Wesley, un apuesto oficial del ejército de la reina, a quien ella había tenido la desgracia de conocer muy bien.

Al verlo, constató que sus peores pesadillas se habían hecho realidad. Desde que llegó a Brighton temió volverlo a encontrar. Sufrió un gran sobresalto cuando de entre los muchos invitados a la mansión de la generosa lady Sibylle, reconoció a la anciana Wesley y a su dama

de compañía. Respiró aliviada al comprobar que ningún caballero las acompañaba. Pero no podía evitar sentir escalofríos cada vez que la veía, al pensar que una indeseada aparición pudiera hacer acto de presencia en cualquier momento, como así había sido, finalmente, para completa consternación de Rose. Retrocedió con celeridad al verlo. Aún no estaba preparada para enfrentarlo. Y, quizá, nunca lo estaría, aunque habían pasado casi nueve años. Nueve años que fueron una tortura para Rose, que le habían agriado el carácter y convertido en la solterona que ahora era. Nueve años en los que había pagado muy caro un error de juventud.

Un escalofrío le recorrió la columna. Se dirigían hacia ella, hacia el estanque, sin duda alguna, pero aún no la habían visto.

Recorrió con la mirada todos los posibles escondites donde pudiera escabullirse.

Los delgados troncos de los jóvenes álamos que crecían a ambos lados del sendero no eran una opción, no la ocultarían por completo. Así que el único refugio que encontró fue el interior de una de las barcas que la propietaria tenía amarradas a un pequeño embarcadero en el lago. Levantó la tela y se introdujo dentro con cautela, con cuidado de no perder el equilibrio. Extendió sobre ella la lona que la protegía para desaparecer por completo de la vista de los paseantes.

Arrojarse al estanque hubiera estado bien, pensó en la oscuridad de su escondite. Pero dado que no sabía nadar y mucho menos aguantar la respiración bajo el agua, no le quedó otra opción.

Y en esta estrafalaria situación se encontraba. Debatiéndose entre reír o llorar, en una postura de lo más incómoda y vergonzante, mientras escuchaba unos pasos que se acercaban y contenía la respiración.

Afortunadamente, llevaba puesto uno de sus vestidos de paseo más cómodos, con un flexible corsé y ninguna crinolina obstaculizadora.

Alguien caminaba por el muelle de madera y se detuvo junto a la barca.

Al cabo de un rato que le pareció una eternidad, el dueño de los pasos volvió a ponerse en movimiento. Sonaba como si fuera una sola persona. Quizá uno de los dos se hubiera quedado rezagado. Puede que la señora Wesley esperara a su sobrino a la entrada del muelle.

Se permitió respirar una vez que estuvo segura de que se alejaba. Y esperó durante largos minutos para asomarse al exterior. Cuando lo hizo no había nadie a la vista.

Se desembarazó por completo de aquella molesta funda, se puso en pie y de un salto abandonó la barca, y se encontró de nuevo en el embarcadero.

Se sacudió el vestido y compuso su figura lo mejor que pudo y, sin dejar de otear el terreno, para evitar de nuevo encuentros indeseados, tomó el camino de regreso a la mansión.

No llevaba mucho avanzado cuando oyó una voz masculina que, en un tono animado, se dirigió a ella:

—Curioso escondite, sin duda…

Rose se volvió hacia su interlocutor, que había aparecido de la nada entre los árboles. «¿Cómo no lo he visto?». No era un caballero que pasara desapercibido. «Ewan McKinley», recordó que se llamaba. Se lo habían presentado la noche anterior durante la cena y le había llamado la atención por su acento norteamericano y su apostura.

McKinley mediría en torno a seis pies de altura —casi un metro noventa—, de anchos hombros, estrecha cintura y cuerpo atlético y delgado. Había sido agraciado con unos ojos azules como el cielo, cabello de un dorado oscuro, una mandíbula definida y muy atractiva y una sonrisa de infarto, cuando se dignaba en mostrarla.

Lo hacía en estos momentos, pero Rose no era capaz de apreciarlo porque se hallaba mortificada por la vergüenza.

—Yo… —No sabía qué decir, era incapaz de inventar una excusa en ese momento. «Dios mío, ¿cómo no he sido capaz de verlo?», se reprochaba una y otra vez, ruborizada. No era un hombre que pudiera pasar inadvertido.

El caballero sonreía ante el azoramiento de Rose. Sin esperar a que la joven recuperara el habla, añadió:

—No se preocupe. Le aseguro que, si yo me encontrara ante el dilema de ser atrapado por la incesante charla de la señora Wesley o esconderme bajo la lona de una barca, hubiera decidido lo mismo.

Rose dejó escapar un resoplido. Había estado aguantando la respiración todo el rato, y el tono juguetón y amistoso con el que el caballero parecía haber concluido la extraña conversación la alivió.

Esbozó una ligera sonrisa, hizo una graciosa reverencia y comenzó

a alejarse de él. ¿Qué podría decirle? No le debía ninguna explicación. Dejaría que pensara que ella era… un tanto peculiar, por llamarlo de alguna forma.

—Señorita Archer —reclamó su atención—, si vuelve a encontrarse en un apuro y no desea entablar conversación con… alguien, cuente conmigo, por favor. Será un placer ofrecerle mi compañía y auxiliarla.

—Se lo agradezco —musitó Rose, notando como se sonrojaba de nuevo—, pero no creo que vaya a ser necesario.

—Está bien, pero recuerde que puede utilizarme para lo que estime conveniente, señorita.

Los ojos de Rose se agrandaron aún más de lo que ya eran, al oír su voz profunda y su extraña y… ¿descarada? proposición. Quizá esta forma de dirigirse a las damas fuera lo normal en Norteamérica, pero no lo era, por descontado, en Gran Bretaña, y ella no iba a consentirlo.

Le dirigió una severa mirada de reprobación. Esta vez ni siquiera se despidió, y, dándole la espalda, se alejó de tan turbadora presencia.

«Lo que me faltaba. Salir del fuego para caer en las brasas», pensó.

Caminó a paso rápido hacia la mansión. Evitó unos grupos de invitados que charlaban distraídos, y en un santiamén se encontró en la alcoba que compartía con su tía Henrietta.

Mientras su tía despertaba de su siesta, se deshacía lentamente de la pereza del sueño y se aseaba, Rose iba arreglando el vestido que le ayudaría a ponerse y preparando las enaguas, corsé, refajos, crinolina y los mil y un detalles del arreglo de la anciana. Después le compondría el pelo y, al fin, tras dos o tres horas de cuidado y atención, quizá la buena mujer se encontraría lo suficientemente digna para mostrarse al mundo.

Henrietta solía contarle a su sobrina favorita, Rose Archer, la hija mayor de su hermano —el sacerdote metodista Jacob Archer—, que esos largos pero necesarios preparativos eran el resultado de la vejez. Llegadas a una edad, las mujeres no podían permitirse ser vistas sin horas de arreglo, opinaba. Y continuaba apostillando que, al menos, ella no se conservaba tan mal como lo estaría la madre de Rose al

llegar a sus años, habida cuenta de que Eleanor, su cuñada, había tenido seis hijos y era cosa sabida que aquello aceleraba en mucho el desgaste natural femenino.

Rose aguantaba la risa después de oírla, y puede que alguna protesta o algún bufido también. Eso se lo dejaba a su hermana pequeña, Ivy, que siempre había sido el terror de su tía.

Ella, Rose Archer, era la paciente, sensata, serena y tremendamente seria hija y hermana mayor de los Archer. Y ninguna carcajada, ninguna queja se escaparía de sus labios.

Seria y estricta, como correspondía a una solterona de veintisiete años.

Su tía ya había decidido que Rose sería su acompañante y báculo en la vejez, y acudía a ella cada vez con más frecuencia.

Siempre que viajaba desde Londres, donde los Archer vivían, hasta el sur de Inglaterra para tomar las aguas en verano, a alguna localidad costera conocida por sus balnearios y su clima benigno, solía solicitar a su hermano, el reverendo, la compañía de Rose.

Jacob Archer no se oponía, pero, a veces, a petición de la propia Rose, se turnaba para acompañarla con su hermana mediana Myrtle, quien era quince meses menor que ella y su gran confidente. Rose prefería, y veía más gratificante, ayudar a su padre en la parroquia y acompañarlo en sus visitas a los barrios obreros al sur de Londres.

Desde que se empezó a producir la gran industrialización de la capital, ingentes fábricas de todo tipo habían comenzado a construirse a las afueras de la ciudad. Hombres y mujeres llegados de todo el país comenzaron a trabajar en ellas en las más precarias condiciones. La metalurgia, el acero, el hierro y el carbón solían emplear a los hombres, mientras que las mujeres eran reclutadas con preferencia en las industrias textiles, con una paga menor al ya de por sí exiguo sueldo masculino.

Las condiciones de vida de los obreros eran terribles. Sufrían de malnutrición y de enfermedades pulmonares provocadas por el humo, los gases tóxicos y las zonas insalubres en las que vivían hacinados. La miseria que ganaban apenas les daba para alimentar a sus hijos, quienes a su vez comenzaban a trabajar cuando aún eran niños.

El padre de Rose solía visitarlos y les ofrecía consuelo espiritual y material. Llevaba alimentos y ropas a los más necesitados, y su hija

mayor atendía a los enfermos y consolaba y ayudaba a las mujeres.

Jacob Archer observaba a Rose en su quehacer diario y se preguntaba por qué su querida hija nunca había dado señales de desear formar su propia familia, tener un marido y unos hijos que fueran su alegría y consuelo en el invierno de su vida.

Pretendientes no le habían faltado, pero ella los había rechazado a todos, manteniendo su compostura y seriedad. Rose no siempre había sido tan formal e introvertida. De niña era una alegre y risueña muchachita que, a juicio de su padre, mudó demasiado pronto su carácter. Cuando cumplió dieciocho años, la alegría y la inconsciencia de la juventud desaparecieron.

Su padre pensó que su hija había conocido lo más amargo del mundo cuando lo acompañaba a socorrer a los necesitados. La miseria, la pobreza, las injusticias... habían marcado una impronta indeleble en su forma de ser.

Rose no era indiferente a las necesidades de los humildes. Pero no era a causa de esto que se volvió reservada y reflexiva.

A los dieciocho años, Rose descubrió lo que era amar... y ser despreciada. Subió al cielo con el hechizo embaucador del primer amor... y descendió a los infiernos con la humillación más absoluta. Perdió la inocencia y la fe. Su corazón se rompió en pedazos. Y se prometió que nunca más se dejaría arrastrar por la locura del amor.

Capítulo 2

Apenas le tomó un rato su propio arreglo y se dispuso a bajar con su tía al salón principal donde acompañarían a la anfitriona y al resto de los invitados en una cena informal.

Para lady Sibylle, viuda de lord John Oliphant, una cena informal, o cualquier evento que tuviera esa etiqueta, era una demostración de lujo y glamour a la que Rose no estaba acostumbrada y que le hería la vista. Pasar de los tétricos y míseros barrios obreros del extrarradio londinense a las suntuosas mansiones de la aristocracia era un choque tan impactante que le costaba mucho esfuerzo disimular.

En el inmenso salón, alumbrado por varias lámparas de araña, centenares de velas y lámparas de aceite, se encontraba dispuesta una larga mesa con manteles y servilletas del más fino encaje, vajilla con bordes de oro y plata, y cubertería de plata labrada.

Las sillas estaban profusamente ornamentadas y tapizadas con exquisito gusto, y de las paredes colgaban óleos de los más renombrados pintores.

Los invitados y las invitadas al ágape vestían sus mejores galas.

Al acceder al salón, Rose vio su reflejo multiplicado en los espejos situados a la entrada. Lucía un vestido azul que ya se había puesto en días anteriores. Lo había elegido por ser el más bonito de entre todos los que se había llevado, pero denotaba señales de uso frecuente; en

cuanto regresara a casa, pensaba cambiarle el gastado encaje de los puños.

Rose sabía que no estaba a la moda, pero no le importaba demasiado. Nunca había sido frívola ni coqueta. ¿Cómo serlo cuando su familia se esforzaba a diario por salir adelante y conocía economías mucho peores que la suya?

Jacob Archer podía permitirse vivir de manera digna, pero daba todo lo que tenía a los que lo necesitaban. Eleanor, su esposa, lo regañaba a menudo, aunque lo amaba precisamente a causa de su buen corazón, y se preocupaba porque sus hijos vistieran y calzaran decentemente. Nunca les faltó comida ni ropa, gracias a las economías de Eleanor, pero Rose no habría conocido la magnificencia de las vidas de los aristócratas y privilegiados de la fortuna si no hubiera sido por su tía Henrietta, hermana de su padre.

Se sentaron a la mesa y tuvo la suerte de no coincidir con Evelyn Wesley ni su sobrino, a los que había visto, con disimulo, sentarse en el extremo más alejado. La acompañaban a cada lado dos ancianos caballeros, su tía se sentaba frente a ella y justo a su derecha aquel americano con el que se había topado de repente en el muelle, como si hubiera aparecido por arte de magia.

Le sonrió amablemente y ella le contestó con una mueca de labios apretados en un intento de sonrisa. No sabía muy bien a qué atenerse con un caballero que la había abordado con tanto desparpajo, y no iba, ni mucho menos, a regalarle una sonrisa que se prestara a confusión y con la que creyera que podría tomarse ciertas libertades.

La cena comenzó con un constante trajín de camareros sirviendo una apabullante cantidad de caprichosas viandas. Entre plato y plato, los invitados charlaban y felicitaban a la anfitriona por su generosidad y buen gusto a la hora de elegir los diferentes manjares.

Mientras cenaban, los huéspedes charlaban distendidos. El tema de moda era la reciente legalización del divorcio en Inglaterra, un tema controvertido en el que las opiniones no solían coincidir.

—Es algo muy conveniente —comentaban algunos.

—¿Dónde vamos a llegar? Acabaremos comportándonos como salvajes —decían otros.

—Es una auténtica vergüenza —opinaba una señora sentada varios puestos a la derecha de Rose—. Lo que Dios ha unido lo separa

el Parlamento. ¡Habrase visto cosa igual!

—El Parlamento lo ha aprobado, mi querida señora, pero son los tribunales de justicia los que se encargan de resolver —le explicaba otro comensal.

—A mí me parece una molestia —opinaba una tercera—. Si ya te has acostumbrado a alguien, ¿para qué cambiar?

—Sugiere que quien se divorcie ¿podría volverse a casar? —preguntó de nuevo la primera, indignada—. ¡Eso sería de todo punto inapropiado!

—Oh, señora Chichester, piense en lo divertido que podría resultar todo —argumentó la anfitriona, lady Sibylle, que se hallaba sentada a la cabecera de la mesa, muy cerca de donde Rose y su tía se encontraban—. Es una lástima que el señor Oliphant ya no se encuentre entre nosotros. Si no fuera por eso, yo misma le pediría el divorcio.

Se oyeron exclamaciones de sorpresa y risas.

—Pero, lady Sibylle, lord Oliphant besaba el suelo que usted pisaba, le consentía todo.

—Precisamente por eso, no me negaba nada. También me hubiera gustado tener la experiencia de divorciarme, para algo que nos permiten a los casados…

Todos rieron. Sibylle Oliphant sintió que su frívola opinión había distendido la charla, no en vano era una experta anfitriona, y decidió cambiar de tema de conversación. Se dirigió a Ewan McKinley con un tono y una soltura que denotaban confianza:

—Mi querido Ewan, no puedes imaginar lo feliz que me haces al tenerte entre nosotros. Creí que moriría sin volverte a ver. ¿Te he dicho ya lo mucho que te pareces a tu padre cuando tenía tu edad?

—Muchas veces, lady Sibylle —le contestó mostrando su encantadora sonrisa.

—Me alegro mucho de que el viejo *laird* recapacitara y, finalmente, dejara su castillo y sus tierras en manos de su heredero. Era, sin duda, un viejo gruñón tu abuelo.

—Debió serlo. Solo lo vi una vez y esa fue la imagen que me quedó de él. Apareció en mis pesadillas infantiles durante mucho tiempo. —Rio alegre.

—Puede que no estuviera demasiado acertado tu padre al elegir

casarse con una norteamericana, pero… en fin… ya se sabe, la juventud y los impulsos del corazón, ¿quién no los recuerda? No todos tenemos la fortaleza de oponernos a ellos. Yo siempre pensé que desheredar a tu padre por completo no había sido una decisión muy acertada. Y echarlo de su lado, mucho menos.

—Mi padre intentó hacer las paces con él y nos llevó desde Boston hasta Escocia cuando yo tendría unos seis o siete años, pero fue en vano… Mi abuelo no quiso perdonarlo.

—Lo recuerdo, querido. Te conocí en aquella ocasión. El viejo tonto… ¿Podéis creerlo? —Lady Sibylle se volvió al resto de los cercanos comensales, que no perdían detalle de la conversación—. Desheredó a su único hijo… Aunque supongo que lo habrás perdonado, ¿verdad? Al fin y al cabo, terminó reconociéndote como nieto y te dejó su herencia.

—Saltándose a mi padre, quien murió creyendo que las propiedades de la familia pasarían a la Corona de Inglaterra.

—Es cierto, pero ahora todo eso pertenece al pasado y, afortunadamente, el castillo y las tierras de Varrich continuarán perteneciendo a la familia.

—Así es —afirmó el norteamericano sin una pizca de timidez, pese a que su vida y circunstancias habían sido expuestas ante todos por la señora de John Oliphant, quien aún no había acabado su conversación con el caballero.

—¿Te quedarás, entonces, entre nosotros, querido?

—Oh, no lo creo, lady Sibylle. Tengo negocios esperándome en Estados Unidos.

—¿En serio? ¿Qué puede ser más importante que encargarte de tus propiedades en Escocia? ¿Acaso no te apetece formar tu propia familia y traer al mundo a herederos de tu patrimonio?

—Eso suena muy bien… —dijo risueño, con una sonrisa arrebatadora, mientras dedicaba una traviesa mirada a Rose, quien enrojeció al instante.

—¿No crees que deberías plantearte casarte con alguna de nuestras distinguidas jovencitas inglesas?

—De eso no tengo la menor duda, lady Sibylle. Mi esposa deberá ser inglesa y no tardaré mucho en elegirla.

—Oh, demuestras un gusto exquisito, sin duda —aplaudió la

anfitriona—. Y dado que parece que tu interés apremia, será un placer ayudarte a elegir, si me lo permites. Sin ir más lejos, tenemos sentado a nuestra mesa un amplio ramillete de rosas inglesas…

Henrietta, a quien la abundante comida se le había hecho pesada y había caído en un sopor a medias entre el sueño y el discernimiento de lo que le convenía oír, creyó oportuno manifestar su opinión en ese preciso instante:

—¿Rose? No, no… Rose no está, en absoluto, disponible. Ya lo hemos hablado y estamos de acuerdo. Mi sobrina dedicará su tiempo al cuidado y la compañía de su querida tía en los años venideros. Ella no tiene ningún interés en cuestiones matrimoniales… y sus entresijos.

Todas las miradas recayeron sobre Rose en cuanto su tía comenzó a mencionarla. La joven sintió como el rostro le ardía y evitó mirar directamente a los comensales que la contemplaban. Fijó su vista en un punto indefinido del paisaje que mostraba un cuadro de la pared frente a ella, mientras dejaba pasar el tiempo, y luchó por aguantar las lágrimas, pues nunca se había sentido tan triste como en ese preciso momento, en el que su tía acababa de definir su futuro ante una multitud de extraños. Un futuro patético, que no era lo que ella quería en realidad, pero… ¿acaso alguna vez Rose se había permitido expresar lo que ella, de verdad, deseaba?

Uno de los ancianos caballeros que la flanqueaban carraspeó levemente, y comenzó una conversación acerca de la pronta llegada de Sus Majestades a su residencia de verano en la ciudad, lo que dio pie a una charla que entusiasmó a todos. Rose, que deseaba que la tierra se la tragara, descubrió al descarado Ewan McKinley mirándola pensativo, cuando ya todos los invitados cercanos habían dejado de prestarle atención. Suspiró y se dedicó a contemplar el paisaje que su plato de sopa ofrecía.

Afortunadamente, su tía había dicho todo lo que tenía que decir por esa noche y decidió acostarse tan pronto acabaron de cenar. Rose respiró aliviada. Sería feliz si la anciana empezaba a aburrirse en Brighton y decidía regresar a Londres. Así no tendría que enfrentarse a Charles Wesley ni a las extrañas miradas del norteamericano.

Capítulo 3

El temido momento del encuentro con Wesley llegó a la mañana siguiente.

Tras el desayuno, los invitados salieron al jardín para pasear y enfrascarse en juegos al aire libre aprovechando el buen tiempo.

Evelyn Wesley y Henrietta Archer se encontraron en mitad de uno de los senderos principales, acompañadas de sus respectivos sobrinos.

La tía de Rose recordó al apuesto militar que había conocido en Felixstowe, en la costa norte de Suffolk, hacía varios años. Aunque su vista ya no era tan aguda como antes, constató que el gallardo oficial que conociera en el pasado, cuando contaba unos treinta años, aún conservaba cierto encanto varonil, pero algunos kilos de más habían estropeado su figura; las arrugas y un permanente rictus arrogante habían ajado su hermoso rostro; y el bigote, que antaño luciera enhiesto y marcial, se hallaba ahora, a sus casi cuarenta años, más deslucido y despoblado.

Charles Wesley, ajeno a estos pensamientos que de haber sabido hubieran mortificado a su vanidosa persona, se mostró encantador con las ancianas y, especialmente, con Rose, a la que observaba con cierta socarronería e intensidad, como una serpiente a su presa.

El oficial les propuso dar un paseo juntos por los jardines, a lo que las dos ancianas se apuntaron entusiasmadas. Rose recordaba como

siempre conseguía imponer su voluntad con sus amables y fascinantes comentarios, y una bilis amarga le subió a la garganta. Notaba sus ojos sobre ella, recorriéndola de arriba abajo como si la estuvieran desnudando, y no pudo contener una sensación de náusea.

Wesley se situó entre las dos ancianas, y Rose decidió caminar tras ellos para evitar su mirada. Lo escuchaba contar batallitas en las que su valor había sido decisivo para un desenlace brillante en la lucha. Hubo un tiempo en que ella se había creído todas y cada una de sus palabras, cuando aún no lo conocía. Ahora dudaba de que hubiera participado en una sola batalla, ya que sus influencias le habían evitado destinos conflictivos, limitándose a ejercer de guardaespaldas al servicio de los miembros reales más alejados de la línea de sucesión, de aquellos parientes que acudían a presentar sus respetos a la familia real que solía veranear en Brighton y a los que, mientras estuvieran cerca de los monarcas, se les prestaba protección y vigilancia.

Este era el empleo del bravo y aguerrido oficial de la Corona británica que tanto presumía ante las damas. Pero Rose ya no se dejaba engañar. Había llegado a conocer muy bien sus mentiras.

Mientras caminaban se encontraron frente a lady Sibylle y su querido norteamericano, quien la acompañaba del brazo. Se saludaron y entretuvieron charlando. Rose se quedó detrás de las damas en una discreta posición, pues no le interesaba en absoluto acercarse a Wesley… ni enfrentarse a las enigmáticas miradas de McKinley.

La charla se prolongaba y Wesley aprovechó para acercarse a Rose e interpelarla:

—Mi querida señorita Archer, era usted de una belleza prometedora en su más tierna juventud, pero como predije en aquellos felices días, se ha convertido en una mujer admirable, concebida para ser amada.

El tono y las palabras de Wesley le provocaron una mueca de asco y repulsión. Ningún recuerdo bueno o limpio conservaba de aquellos días a los que el oficial se refería. Retrocedió para alejarse de él, pero este la agarró súbitamente del brazo.

—Rose, he pensado mucho en usted todos estos años… Y no creo que usted me haya olvidado…

Una sonrisa odiosa asomó a su rostro. Rose creyó desfallecer ante la insinuación.

De repente, la presencia de Ewan McKinley hizo que Wesley deshiciera su aborrecible contacto.

—¿Se encuentra bien, señorita Archer? Me ha parecido verla más pálida que de costumbre.

—Estoy… bien —contestó, insegura.

—Seguramente este calor inusitado le haya sentado mal. Hablaré con su tía y la acompañaré dentro. El señor… —dijo dirigiéndose al militar.

—Oficial Wesley, al servicio de Su Majestad —contestó, envanecido de orgullo.

—¡Por Dios! ¡Claro! ¿Cómo no me di cuenta? Vestido con ese uniforme rojo y esos adornos dorados… Debe de encontrarse Su Majestad cerca. ¿Podría presentármela? Tengo una curiosidad enorme por conocerla. Aún me pregunto cómo los estadounidenses fuimos capaces de ganar nuestra independencia ante tan magno ejército.

—¿Está siendo sarcástico? ¿Se burla de…? —lo interrogó Wesley, hirviendo de ira, ante la chanza del americano.

—En absoluto. Lo he dicho muy en serio. —Y dirigiéndose a las damas que charlaban entretenidas unos pasos más allá, les explicó—: Mis queridas señoras, la señorita Archer se encuentra algo mareada a causa del calor. Voy a acompañarla al salón, y el amable oficial Wesley al servicio de Su Majestad —lo dijo de carrerilla— las acompañará en su paseo.

La preocupación de las damas por Rose acalló cualquier protesta por parte de Charles Wesley, que reflejaba claramente en su rostro el odio y la ira hacia McKinley.

Este permanecía tan fresco como una lechuga, y pasados unos minutos consiguió, por fin, llevarse del brazo a Rose, en dirección a la mansión, después de innumerables recomendaciones y parabienes de las tres señoras.

En cuanto Rose estuvo fuera del alcance de Wesley suspiró y, a continuación, se soltó del brazo del americano.

—¿Cómo? ¿Ya no se encuentra mal?

—No lo suficiente como para que me tenga que apoyar en su brazo. Le agradezco su interés, pero sé cuidarme solita.

—¿A qué se refiere? ¿A que no se encuentra mareada o a que Wesley no la estaba molestando?

—¿Cómo sabe…?

—Era evidente al mirarla…

—¿Y qué le importa? Le aseguro que con sus palabras se ha granjeado un enemigo.

—¿Lo conoce bien, entonces?

—Demasiado bien… —susurró. Esperaba que McKinley no la hubiera oído.

Este prosiguió:

—¿Cree que los norteamericanos somos tan salvajes que no ayudaríamos a una dama en apuros?

Llegaron a una zona del jardín con una espléndida arboleda que daba sombra a unos bancos. McKinley le ofreció sentarse a descansar. Rose accedió.

—¿Y bien…? —La invitó a contestar.

—No conozco a ningún norteamericano más que a usted, así que no sabría responderle.

—¿Y no le interesaría conocernos más…? Quiero decir… viajar por Estados Unidos, Canadá tal vez, explorar el nuevo mundo… Así podría formarse una opinión sobre nuestra forma de ser. Creo que le gustaría Boston, especialmente.

—¿Su ciudad? Debe amarla de veras si planea regresar a ella y dejar atrás su castillo.

En el momento que dijo estas palabras se arrepintió. Su alusión a la conversación durante la cena de anoche le trajo el recuerdo de la vergüenza posterior por la declaración de su tía. ¿Qué podía decir? Definitivamente, la familia Archer tenía un don para meter la pata y decir o actuar de manera desafortunada.

—Tengo el deber de regresar, pero no es solo eso. Yo soy estadounidense. Nací y crecí en Boston. Y allí se encuentra toda mi familia materna. Mi abuelo paterno, del que heredé el apellido entre otras cosas, era un hombre apegado a las tradiciones, que gobernaba con mano de hierro sobre su clan y no quiso permitir que su hijo se casara con mi madre. Nada me ata a esta isla, tan solo unas posesiones que acabaré alquilando, quizá.

—Me resulta incomprensible oírlo hablar así… Es su herencia paterna, ¿cómo podría deshacerse alegremente de ella? ¿Dejarla en manos de otros?

—Son solo objetos materiales, señorita Archer. No es mi vida, y, sin embargo, déjeme que le diga algo que me conmueve desde ayer... ¿Cómo puede desprenderse usted de su propia vida? ¿Cómo permite que decidan su futuro y su destino cuando tiene usted la capacidad y la libertad de elegir?

Rose sintió como si algo la golpeara en el estómago, se quedó sin aliento durante unos instantes. Incapaz de protestar, de defenderse, sus ojos reflejaron un terrible sufrimiento. Se puso en pie y, sin darle tiempo a reaccionar, salió corriendo hacia la mansión.

Algunos criados que preparaban las mesas para el té la vieron entrar, nerviosa. Subió las escaleras lo más deprisa que pudo, buscando el refugio de su habitación, pero al llegar al descansillo oyó a McKinley que la llamaba:

—Señorita Archer...

Rose prestó oídos sordos y siguió avanzando por el pasillo que conducía a su alcoba. El norteamericano la adelantó y se situó frente a ella, impidiéndole el paso.

—Señorita Archer, le ruego que me perdone si he dicho algo que la haya molestado...

—Usted no sabe nada de mí. Puede que yo no quiera elegir o, quizá, no pueda hacerlo.

—Eso es terrible... Rose.

La joven se sentía inmersa en un torbellino de emociones. Le pareció que era sincero en su preocupación hacia ella y, por un momento, estuvo tentada de confesarle más de lo debido. Pero, afortunadamente, recuperó la sensatez, recompuso su expresión y le espetó, antes de entrar en su habitación y cerrarle la puerta en la cara al desconcertado caballero:

—Le ruego que no se tome confianzas, señor McKinley. No traen nada bueno, se lo aseguro.

Capítulo 4

El presunto mareo de Rose la dispensó de salir de la habitación durante aquella tarde y la mañana siguiente. Encerrada entre cuatro paredes, la joven le daba vueltas a la conversación con Wesley, pero, extrañamente, las palabras y el recuerdo que flotaba constantemente en su memoria era el de McKinley.

¡Qué emociones tan perturbadoras e insólitas le provocaba ese hombre! Cada vez que había coincidido con él, la había dejado sin palabras, la había desasosegado, pero no en un sentido hiriente o amenazador como Wesley. En el fondo, le gustaba oírlo expresarse de esa manera tan abierta y libre sobre su familia... y sobre ella misma, que sería del todo inapropiada en un caballero inglés.

Cada vez que tía Henrietta regresaba a la habitación, Rose intentaba vislumbrar las señales precursoras del aburrimiento que las llevaría de vuelta a casa, pero no terminaban de aparecer.

En cambio, una de las tardes en que decidió echarse la siesta tras el almuerzo, la anciana dejó entrever que Charles Wesley parecía muy interesado en ella y le preguntaba varias veces al día por su salud. Antes de echarse a roncar, Henrietta dio a entender, entre las brumas del sueño, que Charles se encontraba buscando una esposa y que era intrigante que no dejase de preguntar por ella...

Aquello fue una mortificación definitiva para Rose. Esperaba que

se tratara tan solo de la imaginación de su anciana tía. En cualquier caso, Henrietta se encargaría de quitarle las ganas al oficial al contarle el destino que había ideado para su sobrina, como cuidadora y dama de compañía de ella, por los siglos de los siglos, hasta el fin de sus días. Un destino que ella misma había consentido y nunca cuestionado.

No le preguntó nada cuando despertó, no quería mostrar ningún interés hacia tan temida posibilidad. Henrietta, por su parte, creyó encontrarla repuesta y decidió que la acompañaría a la fiesta que tendría lugar aquella noche para regocijo de todos los huéspedes.

Rose volvió a ponerse su vestido de seda azul sobre una crinolina prestada por su tía que resaltaba la gracia de la falda y la estrecha cintura de la muchacha. Se arregló el pelo con más cuidado de lo normal, en un hermoso recogido de inspiración griega, y se puso unos favorecedores pendientes también prestados por Henrietta. Antes de salir cogió los guantes que se encontraban encima del tocador y contempló la imagen que le devolvía el espejo: una bonita muchacha de grandes ojos y cabellos negros, de tez de alabastro, labios carnosos y hoyuelos en las mejillas, herencia paterna, pero ella solo vio una mujer que llevaba años huyendo de un pasado al que tendría que enfrentarse de nuevo.

La fiesta, que en principio se había definido como un pequeño entretenimiento para los invitados de la mansión Oliphant, había resultado ser un evento para la mitad de la población de alta alcurnia que se encontraba de veraneo en Brighton en ese momento. Lady Sibylle no era mujer de medias tintas.

Con toda probabilidad, sus galas resultarían pobres para tan deslumbrante ocasión, pensó Rose, pero si algo bueno tenía tal concentración de gente repartida por varios salones, la sala de juegos interior y la terraza y jardines de la villa era la menor probabilidad de encontrarse con la odiosa presencia de Charles Wesley.

Las amigas de su tía, encantadas de verla de nuevo, le procuraron un carnet de baile, que ella había olvidado aposta, en el que tendría que apuntar las peticiones de los caballeros que la invitaran a bailar.

Les agradeció con una sonrisa el detalle y, disimuladamente, lo guardó en el interior de su bolsito con la esperanza de no tenerlo que sacar.

Mientras su tía conversaba, ella asentía, atenta al ir y venir de las jovencitas debutantes, empeñadas en llenar sus carnets incluso antes de que empezara el baile. Parecía que habían pasado siglos desde que ella fuera una muchacha tan inocente y risueña como ellas...

Y justo cuando la imagen de sí misma a los dieciocho años se llenó de oscuridad, lo vislumbró entre la gente: Wesley, llevando su eterno uniforme de seductor, su bigote de puntas tiesas y su fachada de caballero impoluto. Hablaba con varias damas jóvenes, acaparando la conversación y mostrándose sonriente y encantador, mientras ellas parecían escucharlo atentas. De pronto, una de ella bostezó, las demás se rieron y otra señaló a alguien que se encontraba en otra parte del salón, y se marcharon, repentinamente, dejándolo con un palmo de narices y una expresión de asombro y desolación en su rostro.

Rose se alegró muchísimo de que el presuntuoso oficial hubiera perdido, al fin, su capacidad de seducción. Ya no era tan joven y apuesto como cuando ella lo conoció. Las jóvenes damas podían ser sus hijas y ellas no se fijarían en él, se encontrarían a salvo de sus malas artes. Presenciar aquello fue muy satisfactorio para Rose, quien no podía apartar la vista del compungido y humillado rostro de Wesley.

Súbitamente, este miró en su dirección y la descubrió. Y echó a andar hacia donde ella se encontraba.

Rose se ofreció a traerle una bebida a su tía, y se escabulló entre la gente. No pensaba volver a soportar su presencia ni oír su voz un solo minuto más. Sabía que estaba siendo una cobarde al huir del enfrentamiento con el oficial, pero nada bueno podría sacar ella encarándose con él. Había situaciones que estaban irremediablemente perdidas para una mujer, y lo más sensato y... decente era evitarlas.

Se alejó del salón, cruzó la estancia contigua y llegó hasta la sala de juegos, en su intento por poner tierra de por medio entre el detestable caballero y ella. En dicha sala, los grupos de invitados se repartían entre las mesas con tapete verde, donde se jugaba a las cartas y al billar.

Junto a una mesa de billar descubrió a Ewan McKinley, con camisa blanca arremangada sobre la que lucía un chaleco oscuro sin

mangas, entizando su taco y disponiéndose a preparar su jugada. Se inclinó ligeramente, con un movimiento ágil y elegante, y calibró, concentrado, el tiro. Golpeó, entonces, con el taco la bola blanca, que hizo carambola y consiguió meter de un solo golpe dos bolas de colores en sendos agujeros.

Su jugada recibió un silbido y exclamaciones de admiración entre sus compañeros. McKinley se enderezó y sonrió. El corazón de Rose, que lo miraba embelesada, perdió un latido. ¿Cómo podía una sola sonrisa despertar dormidas emociones sobre su piel?

En ese momento, Rose no recordaba que era lo que la había llevado hasta allí. Wesley había desaparecido de sus pensamientos. La presencia del norteamericano lo había ocupado todo. Y ahora él la miraba directamente, con una intensidad en sus ojos azules que hacía que le temblaran las piernas.

—Señorita Archer —se dirigió a ella desde su lugar al fondo de la abarrotada habitación. Ella no pudo oírlo, pero le leyó los labios.

Se dispuso entonces a marcharse. Rose era una eterna escapista, una fugitiva de las situaciones que pudieran ser incómodas o no pudiera manejar. Y no sabía a qué atenerse con McKinley. Le resultaba imprevisible.

Un gesto del hombre y su sonrisa la mantuvieron con los pies pegados al suelo, aunque en su interior una voz la aconsejara alejarse de su presencia.

Se acercó hasta ella.

—¿Le gusta el billar, señorita Archer?

Su tono era desenfadado, sincero, como si no hubieran tenido una conversación delicada dos días antes.

—No sé jugar, aunque parece divertido —confesó.

—Podría enseñarle... ¿o no sería apropiado en Inglaterra? No he visto a mujeres jugando, desde luego. —Rose se limitó a sonreír levemente—. Un motivo más para que conozca Boston. Sería libre de jugar cuanto quisiera.

—Parece que, en Estados Unidos, las mujeres son mucho más libres que en otros lugares del planeta.

—Aún les queda mucho camino por recorrer, pero así es. Allí sus estrictas normas y etiquetas sociales resultan... algo anticuadas. Si hombres y mujeres por igual fundaron y construyeron el país que

ahora es, ¿por qué ellas iban a ser menos?

—Unas ideas muy avanzadas, señor McKinley, y muy atractivas...

—Lo son, sin duda. De este país lo más atractivo que he visto hasta ahora ha sido usted. Todo lo demás me aburre.

Rose decidió obviar el primer comentario. Hacía años que no flirteaba y, desde luego, no iba a empezar ahora.

—Se engaña conmigo. Soy una persona tremendamente aburrida.

—No me lo parece. Creo que tiene un mundo interior que no desea compartir con los demás, y una capacidad para disfrutar y vivir que coarta sin cesar y que no quiere mostrar.

Ahí estaba de nuevo el espontáneo y descarado señor McKinley, aventurando teorías que resultaban realidad. ¿Acaso era tan evidente su eterno disimulo? ¿Y tan fácil para él leer sus pensamientos?

—Tiene usted la virtud de que me sienta incómoda —le advirtió.

—¡No, por Dios, no quisiera! En realidad, soy un bocazas. Suelo hablar de más cuando estoy nervioso.

—¿Nervioso usted? Me cuesta creerlo. ¿Por qué?

—¿No es evidente? Por usted, señorita Archer.

Algo cálido y reconfortante inundó el corazón de Rose en el preciso instante en que Ewan pronunció las palabras, mientras la miraba con una dulzura especial en sus ojos.

Rose respiró profundamente e intentó sobreponerse a las emociones que la embargaban. No. Ningún hombre volvería a seducirla con cantos de sirena; bellas palabras que, en el fondo, expresaban sentimientos falsos, por muy sinceras que parecieran.

—No, no lo creo. Está usted coqueteando conmigo. Y le aviso, no tiene nada que hacer. Ahora, discúlpeme, señor McKinley. Mi tía me está esperando. Prometí llevarle una limonada.

El norteamericano suspiró, decepcionado. De nuevo la señorita Archer ponía tierra de por medio y huía cuando algo la incomodaba. Decidió dejarla escapar de momento y no atosigarla con su presencia.

—Está bien, Ros... señorita. ¿Puedo al menos solicitarle un baile? ¿No tendrá todos comprometidos ya?

Rose levantó una ceja. No había sacado su carnet de baile del bolso desde que lo hubo metido allí. En ocasiones, cuando algún caballero se había acercado con manifiestas intenciones de pedirle un baile, Rose le había contado lo incómoda que se sentía en la fiesta a

causa de un tobillo lastimado. El galán de turno ni siquiera había tenido tiempo de hacer su petición y se había marchado con una disculpa.

Tía Henrietta se había reído de los trucos de su sobrina para desembarazarse de pretendientes molestos. Era en esos momentos cuando la anciana confirmaba la nula intención e interés de Rose por mantener relación alguna con el género masculino. Nada que ver con su sobrina Ivy, la hermana pequeña de Rose, pero aquello era otra historia[1].

Reticente, sacó su carnet y un lápiz del bolso. El truco del tobillo no funcionaría con McKinley, y ya había agotado por hoy su cupo de pequeñas mentiras. Odiaba las falsedades, era una de tantas cosas que sus padres le habían inculcado. Prefería evitar situaciones embarazosas que la obligaran a recurrir a una «verdad a medias».

—Puede elegir, señor McKinley —le contestó con fastidio—. Quedan algunos bailes y, como ve —le mostró la tarjeta vacía—, no he apuntado a nadie.

—No puedo creerlo… —Se asombró el norteamericano.

—No me apetecía bailar, en realidad —se justificó Rose—. Así que preferiría no tener que…

En ese preciso instante, Charles Wesley se materializó a su lado, mostrando una sonrisa aviesa que levantaba aún más las guías de su bigote.

—Señorita Archer, su tía lleva un buen rato buscándola. Está preocupada, es desconocedora de dónde pierde usted su tiempo —informó sin abandonar su sonrisa forzada.

McKinley dio un paso adelante, pero Rose quiso evitar cualquier confrontación.

—Iré, ahora mismo.

—La acompañaré —se ofreció inmediatamente el oficial.

Rose se marchó escoltada por Wesley, mientras Ewan los observaba con un gesto de disgusto. No le gustaba nada ese hombre. Ni su relación —en la que entreveía cierto carácter posesivo— con la señorita Archer.

Rose y Wesley llegaron hasta donde estaba Henrietta y varias damas sentadas en cómodas sillas, desde donde podía contemplarse a las parejas bailando. Este aprovechó entonces para incomodar aún

más a la joven.

—Señorita Rose, me debe un baile, y este es el momento.

—No, no me apetece demasiado.

—¿Me negaría un ridículo baile después de haber estado estos días tan preocupado por su estado de salud? ¿Pueden ustedes creerlo, mis buenas amigas, mi querida Henrietta? —se dirigió a las damas sentadas en tono compungido y lastimero—. ¿Acaso no soy digno de bailar con una flor tan preciada a mis ojos?

La extrema hipocresía y falsedad que en otros tiempos le había parecido sincera le causaba una repugnancia infinita a Rose.

Su ignorante tía la animó. ¿Qué podría reprocharle cuando era desconocedora del daño que Wesley le había causado? Se vio obligada a compartir un vals con él.

Reprimió un escalofrío al sentir las manos del hombre sobre su cintura y su cuerpo pegado al suyo. Comenzó el baile y la tortura para Rose.

—Mi querida señorita Archer, mi rosa más preciada, no sé por qué tengo la sensación de que huye de mí. ¿No hemos sido buenos amigos? ¿Los mejores?

—Es a causa de ello que lo hago, señor Wesley. Lo conozco tan bien que no deseo compartir ni siquiera el aire que nos rodea.

—Vaya, es curioso... diría que me odia y, sin embargo, yo solo tengo recuerdos bellos de usted. Compartimos tanto juntos...

Rose sentía que le faltaba el aire, vuelta tras vuelta, mientras se veía obligada a escuchar a aquel canalla. Notaba el calor en su rostro y un creciente deseo de abofetearlo.

—Aquello fue un estúpido error de mi parte y un acto de perfidia por la suya. Usted consiguió lo que quiso de una joven inocente y se marchó sin asumir las consecuencias.

—Lo reconozco, mi querida Rose, reconozco que me comporté... como un hombre ante un bocado exquisito. ¿Cómo podría haberme negado ante lo que estaba a mi disposición?

Rose trastabilló, indignada, ante las palabras del infame. Quiso marcharse y él la atenazó con fuerza por la cintura.

—Yo nunca estuve a su disposición. Usted cautivó a una muchacha inocente que apenas se enfrentaba al mundo. Creí cada palabra que decía, cada lisonja que salía de sus labios y, sin embargo,

hui de su hechizo en Felixstowe. Usted me siguió con las peores intenciones hasta aquí y lo planeó todo cuidosamente para hacerme caer y cometer el peor de los pecados del que no he dejado de arrepentirme cada día de mi vida.

—¡Es terrible! Lo cuenta como si yo la hubiera forzado de alguna manera, y nunca le haría a ninguna dama eso que usted insinúa...

—No me forzó, pero sí me engañó... Me prometió un compromiso que nunca tuvo intención de cumplir, y yo estuve creyendo que acabaría llamando a mi puerta para hacer lo correcto durante mucho tiempo... sin darme cuenta de que ya había conseguido todo lo que quería de mí.

—Ah, la inconsciencia de la juventud. Debe perdonarme y lo hará gustosa cuando le diga que, dado que he llegado a una edad en la que es conveniente, estoy dispuesto a reparar el daño que le hice... casándome con usted.

Rose abrió unos ojos como platos y soltó una carcajada espontánea que lo sorprendió.

—¡Nunca, nunca! ¿Me oye? Jamás volverá a ponerme las manos encima. Ahora que lo conozco, preferiría casarme con un anciano de noventa años con incontinencia antes que con usted.

Wesley, indignado por una respuesta que nunca hubiera esperado, la apretó con más fuerza aún.

—¡¿Cómo?! ¿Me desprecia? ¿Cómo se atreve? ¿Cree que está en condiciones de aspirar a algo mejor?

—Claro que sí. Estoy dispuesta a compartir la vida conmigo misma, algo en extremo agradable, sin necesidad de aguantar a alguien tan insoportable y presuntuoso como usted.

El baile terminó en ese momento mientras el rostro de Wesley mudaba del rojo a un púrpura violento. Rose se zafó de su abrazo y se alejó rápidamente. No lo oyó murmurar:

—Te arrepentirás de tu desprecio, Rose Archer.

Capítulo 5

Henrietta se mostró deseosa de retirarse a su habitación en cuanto una pálida Rose corrió a su encuentro tras el baile. La joven estuvo encantada de poder perder de vista al oficial y recluirse en la seguridad y el silencio de su alcoba, una vez que su tía se hubiera dormido.

Tras acabar de retirar capas y más capas de ropa, horquillas y broches de Henrietta y suyos, las mujeres se metieron en la cama, y Rose escuchó, casi enseguida, la acompasada respiración de la anciana que delataba el inicio del sueño.

Ella, en cambio, se hallaba desasosegada. El corazón aún le retumbaba con fuerza en el pecho. «Maldito Wesley», pensó, y a pesar de las arraigadas enseñanzas sobre el perdón que su padre le había inculcado de niña, no se arrepintió en absoluto.

Rose recordaba su encuentro con el oficial, en una de sus primeras salidas prolongadas con su tía. Tenía por entonces dieciocho años y Felixstowe era el destino turístico de moda. Su tía aducía mala salud y múltiples catarros para justificar su estancia en aquellas localidades donde tantos desocupados y ociosos se encontraban.

Trabaron amistad con una señora de alta alcurnia, Evelyn Wesley, que iba acompañada por su dama de compañía… y un apuesto sobrino, atento y en extremo agradable.

Charles Wesley era un oficial de caballería que disfrutaba de un permiso, un hombre de aspecto impecable, atractivo y encantador como una serpiente, que pronto se ganó las simpatías y la confianza de Henrietta y de una jovencita Rose. Durante los días que pasaron juntos, lo oía contar aventuras y hazañas en la que siempre se mostraba como un valiente y esforzado defensor de los más débiles; y la admiración que su palabrería suscitaba entre sus oyentes impresionó a Rose más de lo debido.

Su apostura y experiencia embaucaron a la joven, y pronto sintió nacer en ella un embeleso, un interés desorbitado por verlo, oírlo o sentirlo cerca, que no le pasó desapercibido al experimentado oficial.

Cuando este pensaba que le esperaban días de aburrimiento y molicie junto a su tía Evelyn, a la que acompañaba y halagaba con las miras puestas en la futura herencia, se vio deslumbrado por la belleza de una jovencita desconocida que era escoltada por una anciana cotorra amiga de su tía.

La joven de tez pálida, cabello negro y grandes ojos oscuros orlados de pestañas tenía una belleza inocente y sensual. Sus carnosos y seductores labios lo atraían sobremanera, y pensó que un bocadito como ella era el aliciente que necesitaba para distraerse del aburrimiento mientras estuviera en Felixstowe.

De forma taimada y consciente, fue tejiendo la tela en la que pensaba atrapar a la muchacha.

Wesley se mostró encantador, sutil y de una caballerosidad impecable. Usó todos sus encantos de hombre experimentado para seducir tanto a las damas mayores como a Rose. En sus paseos, no era extraño verlos hablar juntos, cada vez más alejados de donde las damas se hallaban, conforme la confianza fue mayor. Y en esos paseos, amparado por la lejanía que hacía imposible escuchar sus conversaciones y por su fama de honorable representante del ejército, Charles cautivaba a Rose con sus palabras de amor y sus tiernas promesas.

Una noche en el jardín del hotel donde se alojaban, Wesley se atrevió a besarla y ella aceptó. Cuando intentó ir más allá, la joven se asustó, y este comprobó, con fastidio, que las promesas y susurros no habían sido suficientes para permitirle mayores holganzas.

A los pocos días, Henrietta y su sobrina se marcharon del hotel.

Ella se despidió de él con una mirada de amor imposible y una terrible pena en sus ojos.

Wesley, que no estaba acostumbrado a perder en lo que a asuntos amorosos se trataba, subyugado por la belleza y la inocencia de la joven, convenció a su tía de seguirlas hasta Brighton, el nuevo destino de moda en la costa desde que los reyes lo eligieran como su lugar de veraneo.

Mientras ellas se alojaban en casa de Sibylle Oliphant, ellos lo hicieron en un hotel, ya que aún no tenían la confianza que años posteriores les permitiría hospedarse en la misma mansión, previa invitación de la dueña. Eso no fue impedimento para que Charles y su tía las visitaran con asiduidad. El truhan comprobó que la mirada de Rose recuperaba su alegría al verlo y redobló su cortesía, sus encantadores modales y sus hechiceras palabras de seducción. Durante el resto del verano dejó que el amor de Rose hacia él se cociera a fuego lento.

Y durante una excursión a la playa, donde el naturalista y vecino de Brighton, Gideon Algernon Mantell, había encontrado a principios del siglo XIX el primer fósil de *Iguanodón*, Wesley encontró la forma de pasear a solas con ella y llevar a cabo su plan. Nunca la excusa de buscar fósiles se utilizó con tanta perfidia, pues aprovechando el arrobo y la inexperiencia de la muchacha, la sedujo y la hizo suya.

La excursión no sirvió en modo alguno para encontrar otros restos de una especie nueva de animal a la que llamaron «dinosaurio» —lagarto terrible— y que desató una auténtica moda en Inglaterra a partir de aquellos años. Sirvió para que Rose, arrepentida por haber rendido su virtud sin estar casada, pero convencida de que Charles haría lo correcto, lo conminara durante los siguientes días a hablar con su padre, a la mayor brevedad.

Wesley siguió manteniendo la promesa de pedir su mano, como lo había hecho muchas veces antes de seducirla, pero ante nuevos avances, Rose se opuso a que una nueva demostración de afecto, que a ella la había dejado bastante indiferente, volviera a ocurrir nuevamente, en tanto su padre no hubiera recibido una petición de compromiso formal por parte de su amado.

Ella estaba convencida de su amor. Pero los días pasaron sin que Wesley corriera al encuentro del reverendo Archer y, con sus miradas,

el joven se limitaba a mostrarle su disgusto ante las negativas de una Rose cada vez más confundida.

Una mañana al bajar a desayunar, la muchacha se enteró, por pura casualidad, de que el oficial había recibido una carta del ejército donde se le informaba de su próximo destino y de su pronta marcha.

Rose corrió hasta el hotel donde se hospedaba y, aun a riesgo de una tremenda indiscreción sobre su persona, fue a buscarlo al salón donde este se encontraba desayunando, a su vez, sin la presencia de su tía.

Aquella conversación fue de lo más reveladora para la joven.

Rose salió del hotel conteniendo las lágrimas por la traición y el engaño que el infame Wesley había llevado a cabo. Ella se había entregado completamente enamorada del hombre y obnubilada por este, convencida de la promesa de que hablaría lo más pronto posible con su padre y le pediría permiso para casarse con ella.

Wesley ahora le argumentaba que había sido una decisión sin pensar, que él era muy joven para casarse y que había sido débil ante el hechizo de su belleza. ¡Él había sido el engañado, según sus palabras!

Rose disimuló, como pudo, su pena y su vergüenza. Cuando regresó al hogar todos la encontraron cambiada, pero ella guardó las apariencias. Tan solo su hermana Myrtle fue la oyente de su dolor y de su desesperación, su paño de lágrimas. Confiaba en ella como nunca lo haría en nadie más. Sabía que sus labios estarían sellados.

Pasado un tiempo la muchacha comprobó, con alivio, que su encuentro con Wesley no le había dejado ningún rastro que la señalara de por vida. Al menos, aparentemente.

Durante mucho tiempo, ella quiso creer que él recapacitaría e iría, arrepentido, a buscarla. Nada de eso sucedió. Y con el paso de los meses, la joven tomó conciencia de cuán grande había sido su error y de las consecuencias que ello le reportaría.

Rose estaba rota, hecha pedazos. Se había convertido en una mujer incrédula, desconfiada y decidida a no amar a nadie más durante el resto de su vida.

Capítulo 6

Decididamente no aceptaría la propuesta matrimonial del despreciable Charles.

No quería dedicar ni un solo segundo de su tiempo a rememorar sus palabras del día anterior durante el baile, ya que la indignación la embargaba cuando sus pensamientos traidores volvían a recrearse en ellas, una y otra vez.

Sintió una inquietante sensación de alivio cuando pudo expresarse con libertad y como adulta, al fin, ante el oficial. Estaba satisfecha de haberle podido echar en cara lo despreciable y ruin de su persona y comportamiento. ¿Compensarla? Ja. Una vida al lado de Charles Wesley, oyendo las constantes alabanzas hacia sí mismo, sería más bien una tortura, de la que se había librado.

«¿Cómo pude ser tan tonta?». «Eras solo una niña», se contestó, buscando algún consuelo. La cadena que la había atado a aquel hombre parecía haberse disuelto, en cierta forma. Ahora que él estaba dispuesto a cumplir con su obligación, ella no quería. Aunque eso significara que no podría volver a conocer ni amar a ningún hombre.

Nadie la querría sabiendo que estaba deshonrada, y ella no lo confesaría jamás. Así que le esperaba una vida en soledad. Tendría que asumirlo. Y al pensarlo, sus pensamientos volaron hasta el atractivo McKinley.

Tal vez, si las circunstancias hubieran sido distintas, se hubiera permitido conocerlo más, pero aquella era una realidad utópica, sin sentido. Quizá fuera agradable a los ojos del norteamericano, poseedor de un castillo y riquezas, pero, por eso mismo, no se fijaría en ella, una muchacha humilde, más que como puro entretenimiento, y en ningún caso iba a permitirlo.

Bajó a desayunar con su tía y ambas decidieron disponer de un cabriolé para viajar hasta el animado centro de Brighton, con su bullicio de tiendas, restaurantes y pastelerías, su parque y su hermoso paseo a orillas del Canal, para pasar una entretenida mañana.

Las horas volaron rápidas entre paseos y compras. Henrietta aprovechó para elegir las telas de su próximo vestuario otoñal, y Rose compró regalos para sus hermanos y hermanas, y un libro para ella.

La joven echaba de menos a su familia: a sus padres, Eleanor y Jacob, que los habían criado con rectitud pero con amor y comprensión, y a sus hermanos: Myrtle, su confidente, la dulzura personificada; Ivy, la pequeña, el torbellino constante y que ahora se encontraba feliz, lejos de ellos; Bellamy, el mayor de los varones, militar con destino en España; Jake, que era el ayudante de un pastor metodista y que pensaba ordenarse sacerdote como su padre; y, finalmente, el pequeño Percival, especialista en meterse en líos de los que salía bien parado gracias a sus zalamerías y a sus bellos y expresivos ojos verdes.

Compró regalos para todos, pequeños detalles que sabía que les gustarían: una pieza de tela para su madre, unos calcetines gruesos para su padre, un libro para Ivy, un sombrero para Myrtle, un pañuelo para Bellamy, una pluma para Jack y chocolate para Percival. Había gastado una pequeña fortuna en su familia, pero se sentía inusitadamente feliz.

La felicidad le duró hasta que volvió a la mansión Oliphant.

Tras pasar toda la mañana de compras en el centro de la ciudad, tía Henrietta se encontraba cansada, así que decidió que reposaría un poco antes de bajar de nuevo y encontrarse con el resto de las damas que solía frecuentar, a las que mostraría sus recientes compras,

incluyendo una preciosa capa de fino y elegante terciopelo azul que pensaba regalar a la anfitriona, lady Sibylle, en deferencia a su espléndida generosidad.

Rose calibró que entre la siesta y el posterior encuentro con las damas tendría tiempo de asueto para poder dedicarse a leer su libro. Así que, dejándola en la alcoba en brazos de Morfeo, bajó al salón para leer un rato.

El lugar se encontraba prácticamente desierto. Gran parte de los invitados de la señora Oliphant eran mayores que descansaban a mediodía, otros estarían paseando por los jardines, en la playa, o tal vez hubieran ido a la ciudad como ellas hicieron por la mañana.

Entre todos los invitados tenía muy claro a quien no quería ver. «Ojalá lo sucedido ayer haya provocado su marcha», deseó. Aunque estaba segura de que tendría la poco placentera oportunidad de encontrárselo de nuevo, en alguna otra ocasión.

Se concentró en la lectura. Comenzar un libro, sumergirse entre sus primeras páginas y comprobar si eran capaces de envolverla hasta hacer que se olvidara de sus sinsabores era uno de los placeres que la lectura le proporcionaba. Ser capaz de abandonar la vida propia para vivir otras, en lugares y épocas lejanos, constituía un bálsamo para su tristeza y su encorsetada realidad.

Vivir en sitios distantes, conocer culturas distintas… un sueño inalcanzable para Rose Archer.

En la planta superior, en una habitación muy alejada a la que ocupaba la durmiente Henrietta, Ewan McKinley repasaba los días que faltaban para que terminara julio. Llevaba más de cuatro meses fuera de Boston y echaba terriblemente de menos su hogar.

Tendría que ser resolutivo y solventar de una vez lo que lo había llevado a Gran Bretaña. No le quedaba apenas tiempo. En menos de dos meses todo estaría perdido.

¡Dichosa señorita Archer! ¿Dónde estuvo toda la mañana? ¿Y por qué se comportaba como un erizo con él? Reconocía en sus ojos una mirada dulce e incluso apasionada en alguna ocasión, pero sabía disimular muy bien sus sentimientos bajo una máscara imperturbable

que lo desconcertaba.

Si accedía a someterse al insensato y despiadado juego de su difunto abuelo, no encontraría mejor candidata.

Tras meses de búsqueda, ella era la elegida.

Y dispuesto a hacérselo saber, bajó en su busca.

La encontró sentada en el solitario salón, recostada en una pose cómoda sobre una butaca, junto a un gran ventanal, con la mirada absorta en las páginas de un libro.

La luz de la tarde caía sobre ella, haciendo brillar su pelo, recogido en un moño sobre la nuca del que se escapaban algunos mechones ondulados. Su rostro lucía un sano rubor, como si hubiera estado paseando, y su pecho subía y bajaba cadenciosamente al compás de la respiración. Era una imagen dulce y bella.

Sintió romper el encanto, pero tenía que hablar con ella. El tiempo apremiaba. Después de tanto tiempo en la isla no estaba dispuesto a volver sin conseguir sus propósitos. O más bien, los propósitos de su taimado abuelo.

—Señorita Archer —Rose levantó la cabeza y lo contempló en toda su apostura, de pie frente a ella—, ¿dónde se ha metido últimamente? La busqué anoche en el baile y esta mañana, sin resultado.

—No sabía que le era tan imprescindible —le contestó irónica, dejando el libro a un lado.

—¿Puedo acompañarla? Yo quería... hablar con usted, si me lo permite —dijo. Y sin esperar respuesta, acercó una silla y se sentó junto a ella.

El tono extrañamente impostado del caballero la puso en guardia. Esta no parecía una conversación casual como las que había compartido con él, quiso entrever.

—Yo... perdone que sea tan torpe y no sepa muy bien cómo se hacen estas cosas en su país... yo... quisiera hacerla mi esposa.

Rose dio un respingo en el sillón al oírlo. «Es una broma, ¿verdad?», pensó, de inmediato.

—Señor McKinley —contestó cuando se recuperó de la sorpresa—, no sé si me toma el pelo o son ustedes, los norteamericanos, así de impulsivos.

—Le aseguro que lo he pensado mucho y creo que es usted la

candidata idónea para convertirse en mi esposa.

—¿Y eso por qué? —le espetó Rose—. No nos conocemos y es probable que no congeniemos. Nuestros estilos de vida son muy diferentes.

—Tiene razón, pero eso no es un impedimento para casarse.

—Yo no lo amo, señor McKinley, y usted a mí tampoco. Sea sincero, por favor.

—Podríamos encontrar un equilibrio…

—Un casamiento sin amor… ¿por qué? ¿Por qué yo?

«Porque eres la única rosa inglesa que me atrae. Porque no quiero hacerlo, pero debo y eres tú la que me despierta curiosidad… y deseo. Porque tu carácter misterioso e impenetrable me provoca descubrirte. Porque sé que debajo de esa apariencia arisca y displicente se oculta alguien… a quien podría amar, y entonces… no estaría todo perdido».

Ewan quiso decirle todo eso y mucho más, pero no sabía cuánto de sinceridad habría en sus palabras, y Rose no era mujer crédula a la que pudiera engañar. Se sintió vil y despreciable. Calló una respuesta y Rose, desconcertada por su silencio, respondió por él:

—Mi respuesta es «no». Creo que está usted interesado en una esposa inglesa, ya lo expuso en la cena, y no entiendo por qué, ya que le parecemos tan poco expresivas, tan recatadas y serias, pero le aconsejo que siga buscando. Diría que merece la pena invertir algo más de tiempo en encontrar a la persona correcta, teniendo en cuenta que va a pasar el resto de su vida con ella. —Se levantó—. Discúlpeme, por favor.

Ewan se quedó sentado, viéndola salir del salón, reconociendo un dolor en el pecho que no había creído que su rechazo le provocara. ¿Qué esperaba, por el amor de Dios? ¿Que la mujer lo aceptara dando brincos de alegría?

Quizá alguna jovencita de las que revoloteaban y flirteaban con él, de vez en cuando, lo haría, pero, definitivamente, ese no era el estilo de Rose Archer. La muchacha era arisca como un gato y desconfiada por naturaleza. Había intuido la falsedad de su petición y lo había rechazado sin despeinarse. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Por qué se había tenido que fijar precisamente en ella? Quizá debería olvidarla y seguir el plan inicial. Volver a revisar sus posibilidades y hacer su propuesta a alguien que le contestara de manera afirmativa. Tenía la impresión

de que ella no iba a mudar de opinión, en ningún caso.

Rose notó los latidos acelerados de su corazón, que golpeaba desbocado en su pecho.

Notaba la garganta seca y una profunda desazón cuando se marchó del salón negando toda posibilidad al caballero. Y a ella misma. Acababa de dejar atrás a un hombre que le atraía... ¡y mucho! Con el que podría conocer otras tierras y vivir experiencias...

Pero era una petición tan extraña... Apenas se conocían. ¿Qué lo habría llevado a hacerle tal propuesta?

No merecía la pena suspirar por lo que no podría ser. Ella no podía pertenecer a otro hombre, no lo engañaría ni tampoco le contaría la verdad, su terrible desliz que la hacía ser una mujer marcada.

Caminó un buen rato a paso rápido hasta que llegó al muelle y sintió los pies doloridos. Se sentó sobre la madera, en el suelo, se descalzó y se quitó las medias y zambulló los pies en el agua, con alivio.

Estuvo un buen rato sumida en sus pensamientos hasta que decidió que era hora de volver. En un rato su tía la estaría esperando para hacer lo que haría todos los días durante el resto de su vida.

Sacó los pies del agua y los depositó sobre la madera del suelo. Se los secó con el borde de la enagua y comenzó a ponerse las medias.

Desde el sendero, Wesley la observaba. Aquella imagen había reforzado su decisión. Aunque ella no estuviera dispuesta a casarse con él, tendría que hacerlo. Los años no habían pasado en balde para el oficial y ya no era el seductor de antaño. No había jovencitas que murieran de amor por él. Pero Rose Archer era una espléndida mujer y, si bien su fortuna era nula, agradaría enormemente a su tía Evelyn, que los acabaría nombrando herederos de su patrimonio. Aunque no se mostrara receptiva a su proposición, él sabía muy bien cómo hacer para que aceptara.

Se acercó hasta ella cuando la muchacha ya se disponía a levantarse.

—Señorita Archer... —la interpeló, ofreciéndole su mano para

ayudarla.

La joven lo ignoró de manera deliberada y, al ponerse de pie con rapidez, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al lago. Él la agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—¡Suélteme! —le gritó, zafándose de su abrazo.

—Eres una desagradecida, Rose Archer, has estado a punto de caer al agua.

—Lo hubiera preferido. No vuelva a tocarme —le pidió con contundencia.

—Eso va a ser complicado. —Rio—. Una esposa tiene sus obligaciones.

El rostro de Rose reflejó sorpresa, asco e ira infinitos.

—Creí que lo dejé suficientemente claro, ayer, señor Wesley. No me convertiré en su esposa, jamás.

—Mi querida Rose, ¿acaso tienes otras aspiraciones? ¿El norteamericano, quizá? Te mira demasiado, a mi parecer.

—No puedo, no puedo casarme… con nadie.

—Eso dalo por descontado. ¿Qué crees que pensaría cualquier hombre, o tu americano, si la noche de boda averiguara que eres… mercancía de segunda?

Rose, mortificada por la humillación, quiso abofetearlo, pero Wesley la sujetó por las muñecas.

—Vamos, querida, te estoy ofreciendo una reparación. Nadie más que yo podrá permitirte formar un hogar y tener tus propios hijos. Soy un buen amante, lo sabes, o… ¿tal vez te has permitido retozar con alguno más? Te lo perdono, Rose, seré magnánimo contigo.

Rose, al borde de las lágrimas, forcejeó y consiguió soltarse. Se alejó unos pasos de él, y mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas, lo increpó:

—¡Jamás me casaré contigo! Aunque fueras el último hombre sobre la tierra. Te aborrezco por lo que me hiciste, me engañaste vilmente…

—Eres una resentida y una orgullosa, Rose Archer, pero te casarás conmigo. Si no lo haces, yo mismo les contaré a todos que eres una hipócrita, que estás deshonrada, que, bajo tu máscara de rectitud, no eres más que una furcia…

Rose echó a correr por el sendero. No quería seguir oyéndolo, sus

palabras le hacían daño. ¿Cómo podía ser tan malvado, tan perverso y depravado? Las lágrimas le corrían libres por el rostro, le dificultaban la visión. Temerosa de que la estuviera siguiendo, se internó entre los árboles, alejándose cada vez más del sendero principal y del muelle. No quería cruzarse con nadie, era incapaz de mantener una pose de normalidad. Corrió y corrió sin saber adónde ir, pensando en el ominoso futuro que la esperaba, quería morir.

Capítulo 7

Anduvo de un lado a otro sin rumbo fijo hasta que, agotada, se sentó en el suelo, con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol, y lloró amargamente, lágrimas de rabia y de impotencia.

Poco a poco fue serenándose y se obligó a pensar. Su vida de solterona le parecía el cielo en comparación con una existencia junto a Charles Wesley. Lo odiaría y se odiaría a sí misma cuando él la tocase. El mero hecho de pensarlo le provocaba arcadas. ¿Sería preferible, entonces, que todos conocieran su falta, su deshonra? ¿Se limitaría Wesley a contar su desliz o sería tan malvado de inventarse una vida depravada para ella? ¿Cómo podría hacerle eso a sus padres, a su tía? ¿Cómo afectaría su mancha a la reputación de sus hermanos?

Estaba en un callejón sin salida. Atrapada.

Por encima de ella, sobre la copa de los árboles henchidos de hojas, los pájaros gorjeaban. La brisa movía las ramas con suavidad, permitiendo que los rayos de sol se colaran entre las hojas, lanzando destellos brillantes que aparecían y desaparecían y reconfortaban el alma. Rose elevó los ojos y contempló la dulzura y la paz sobre ella. Y deseó estar muy lejos, en otro mundo, en una vida nueva en la que no tuviera que pagar un precio tan alto por sus errores.

Y de repente, una locura, una extravagancia asaltó sus pensamientos. ¿Y si...?

Permaneció un rato más sentada en aquel rincón solitario del bosque, dando forma a sus pensamientos. No sabía si lo que estaba orquestando su imaginación era viable, decente o, incluso, honrado, pero le permitiría una salida… momentánea. Luego tendría que vivir con ello, asumir, una vez más, las consecuencias de una decisión.

Se levantó con el cuerpo dolorido, como si hubiera sostenido una lucha. Tenía una apariencia terrible, el recogido de su cabello deshecho, el vestido desgarrado por los arbustos y lucía varios arañazos en sus antebrazos al no haber esquivado las ramas de los árboles durante su huida. Además, las muñecas empezaban a mostrar marcas violáceas donde Wesley la había agarrado.

No se molestó en recomponerse. Echó a andar en dirección a la mansión. Entraría por la puerta de atrás. Llevaba muchos años visitando a la señora Oliphant y se movía con soltura entre los laberínticos pasillos de la mansión. La verían los sirvientes, probablemente, murmurarían, pero no le importaba, lo prefería antes de que la sorprendieran los invitados en su estado.

Dentro de la mansión se movió cautelosa por pasillos solitarios, cruzándose con algún criado de vez en cuando, pero evitando mirarlos. Un reloj de pared le mostró que aún le quedaba algo de tiempo hasta el momento de despertar a su tía. Se acordó de su libro abandonado en el salón y, de nuevo, sintió el picor de las lágrimas. Su vida, tal y como la había amado o aborrecido a veces, se acababa hoy. Para bien o para mal.

Frente a un espejo recompuso algo su aspecto. Se volvió a recolocar las horquillas, se sacudió el vestido y confió en que el vuelo de la falda ocultara algunos rotos. Cuando regresara a la habitación, se cambiaría y relegaría el vestido al fondo del baúl.

Aspiró hondo y, poco después, se detuvo frente a la habitación de McKinley. Llamó suavemente.

El hombre tardó en abrir. Ella estaba a punto de irse cuando lo hizo. La miró con expresión de sorpresa.

—¿Puedo entrar? —le pidió ella.

McKinley se echó a un lado y Rose entró. Como él dejó la puerta abierta, ella misma se dio la vuelta para cerrarla.

—¿Esto es apropiado en Inglaterra, señorita Archer?

—No, claro que no. Si alguien nos viera, estaríamos en un apuro.

Pero no hay nadie aquí y nosotros no vamos a decirlo, ¿verdad?

McKinley, aturdido y extrañado, negó con la cabeza. Entonces se fijó en los arañazos de sus brazos.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Nada de importancia...

—Dígame entonces qué son esos rasguños y esas marcas moradas...

—He ido al bosque a pensar y me he perdido. He estado corriendo de un lado a otro como una estúpida, sin darme cuenta de que los arbustos me herían.

—No sé si creerla. Siéntese, tengo un pequeño botiquín, voy a curarla, aunque preferiría que me confesara la verdad...

—Ya se la he dicho. Y estoy segura de que querrá oír lo que he venido a contarle.

Rose se sentó y el caballero sacó un estuche con desinfectante y gasas. Lo dejó a un lado y vertió agua limpia en una palangana. Con extremo cuidado fue limpiando las heridas con una gasa.

Ella se fijó, mientras, en su pelo dorado y en el agradable olor a colonia masculina que desprendía. Vestía una ropa distinta a la que llevaba a mediodía, cuando hablaron en el salón. «¡Dios! —pensó Rose —, parece que hayan pasado años desde entonces». Probablemente, se vistió a toda prisa cuando llamó a la puerta, ya que llevaba una simple camisa blanca abotonada hasta la mitad del pecho y unos ajustados pantalones oscuros. La visión de su pecho desnudo y el suave inicio de vello dorado oscuro sobre él le provocó emociones que intentó apartar.

—Dígame entonces —la animó tras desechar la gasa y verter sobre otra un líquido de color morado que sacó de una pequeña botella.

—He pensado sobre su proposición, señor McKinley —le dijo en voz baja, mientras él acercaba su silla a ella y la tomaba del brazo—. *Ouch!* ¿Qué diantres es eso?

—Es un desinfectante, evitará que se le infecten esas heridas. —Ella lo miró sin entender—. Se lo conoce como «cristales de Condy», ¿no ha oído hablar de él? ¿Permanganato de potasio?

Rose lo miró negando con la cabeza. Él se fijó en sus grandes ojos oscuros, sus largas pestañas y su mirada desvalida, y quiso abrazarla.

—Y luego los salvajes somos nosotros, los americanos —bromeó

—. Ayuda a la curación de las heridas y evita que queden marcas.

«Quizá debería beberme un litro», pensó Rose, y una ligera sonrisa acudió a sus labios.

Ewan captó el movimiento de sus comisuras y de los hoyuelos de sus mejillas, la ligera expresión de ánimo, y deseó besarla. No había sido la suya una propuesta decente, pero ¡por Dios!, si ella la aceptaba, no iba a arrepentirse.

—Quizá estaría dispuesta a casarme con usted después de todo... —McKinley dejó de curarla para mirarla fijamente, los ojos azules desmesuradamente abiertos— si me contesta a la pregunta que le hice en el salón... ¿Por qué yo? ¿Por qué me hace una proposición sin sentir nada por mí? He rechazado ofertas de matrimonio a lo largo de mi vida, y siempre vinieron precedidas de palabras de amor, probablemente ficticias, de los caballeros: «Eres la luz de mis ojos, la mujer de mi vida», boberías de ese tipo... En cambio usted se limita a pedirme matrimonio sin un cortejo o un flirteo previo... ¿Por qué?

McKinley sintió perder toda esperanza. Si le decía la verdad, lo rechazaría seguramente, pero se negaba a embaucarla. No había sido sincero, no le había mentido, pero tampoco le había cortado la amarga verdad. Rose no se merecía que la engañaran.

—Señorita McKinley..., voy a decirle toda la verdad y... deseo de corazón que me perdone antes de que salga por esa puerta y no quiera volver a verme jamás.

Rose tomó aire y se removió en la silla, sin dejar de prestarle atención.

—Hace treinta y un años, mi padre conoció a mi madre en Estados Unidos, en viaje de negocios. Se enamoraron locamente y prometió casarse con ella tras pedir la bendición al *laird* de Varrich, mi abuelo. El cabezota escocés se negó en redondo a que su hijo se casara con una norteamericana, en vez de con alguien que él hubiera elegido. Amenazó con desheredarlo si no acataba las órdenes.

—Y su padre lo dejó todo por su madre. Lo sé, lo contó lady Sibylle, durante la cena.

—Así es. Se casaron, poco después me tuvieron a mí; y algún tiempo más tarde, cuando yo contaba unos seis o siete años, mi padre quiso volver a Escocia para intentar hacer las paces con el abuelo. Mi madre lo animó. El viejo loco le dijo que solo lo admitiría si repudiaba

a su esposa y a su prole. Mi padre se negó, por supuesto. Y nunca más volvieron a verse. Yo no sabía, por aquel entonces, que mi padre estaba gravemente enfermo y que su viaje había sido el último intento del que dispondría para reconciliarse con su familia escocesa.

Rose quiso infundirle ánimos y puso una mano sobre el antebrazo de Ewan, apretándolo con suavidad. Él le respondió con una sonrisa que acarició su alma.

—Fueron años difíciles para mi madre y para todos, pero salimos adelante. Cuando tuve edad suficiente, pude compaginar estudios y trabajo y conseguí ocuparme en algo que me gustaba y me permitía vivir bien. Los años pasaron sin noticias de mi abuelo, hasta que un día recibí una carta de él. No me molesté en contestarla. Después de esa vinieron otras. Las leía por curiosidad y las quemaba. Me contaba que se hacía anciano, que no le quedaba mucho tiempo y que quería retomar la relación. ¡A buenas horas! Nunca se molestó en saber de nosotros, ni siquiera nos contestó cuando le escribimos que su hijo había fallecido, y ahora pretendía, cuando ninguno de mis padres vivía, que yo lo dejara todo y me fuera a Escocia junto a él. No le hice caso. Y entonces llegó la última carta.

En ese momento el americano se levantó y paseó nervioso por la habitación, buscando las palabras con las que proseguir. La miró a los ojos antes de seguir hablando:

—Estaba escrita por su secretario personal. Nos informaba de su fallecimiento y que me había nombrado heredero, pero debería viajar hasta Escocia para la lectura del testamento. —Tomó aire y prosiguió —: Estuve tentado de no hacerle caso, pero al fin me decidí. Llegué hace unos cuatro meses. En su testamento, mi abuelo expresaba el deseo de que el castillo y las tierras se quedaran en la familia, que pasaran a mi propiedad. Con una condición.

—¿Cuál?

—Tendría que casarme con una dama inglesa, en un plazo inferior a seis meses desde la lectura del testamento. Si no lo hacía, el patrimonio, toda la herencia, pasaría a la Corona británica que tanto odiaba.

Rose suspiró. Ahora entendía las prisas y la elección al azar de la dama. Ella era una rosa inglesa que McKinley había encontrado en su camino, como quien encuentra una piedra.

—¿Y por qué inglesa? No quiso a su madre por ser norteamericana, ¿por qué no lo obligó a casarse con una escocesa?

—El viejo era un malvado que despreciaba a los que no pertenecían al clan McKinley, e incluso entre los suyos lo odiaban, según me contó su secretario personal, el único que lo soportaba. Él me legó su herencia porque no tenía a nadie más a quién dejársela, pero no me quería. De hecho, la obligación de que mi esposa fuera inglesa era la última humillación, el último castigo que creía que podría hacernos a mi padre y a mí. Para él no había nada más despreciable que un inglés, y si se trataba de mujeres… no habría nada peor que matrimoniar con una inglesa, mucho peor incluso que una norteamericana.

—¡Vaya! Me alegro de no haberlo conocido… ¡Oh! Lo siento, no quise…

—Yo también me alegro, no se preocupe. He estado mil veces a punto de abandonar y embarcarme rumbo a mi país, pero luego me acordaba de mi padre y de su mirada de nostalgia cuando hablaba de Varrich, del castillo, de los acantilados… A él le hubiera gustado que yo lo conservara. Lo hago por él —suspiró.

Permanecieron en silencio unos minutos hasta que Rose decidió ser directa:

—Aún no me ha contestado a la pregunta, ¿por qué yo? ¿Fue una cuestión de azar? ¿De falta de tiempo para elegir a otra?

—He viajado por todo el país y ninguna dama llamó mi atención, hasta que la vi entre los invitados de Sibylle Oliphant, y después la descubrí escondiéndose en una barca. Es usted tan impredecible y reservada que me sorprende. Captó mi atención y despertó mi curiosidad. Además, es tan… estirada y tiene tanto por vivir y por hacer que pensé que le haría un favor si la arrancaba de su monótona y aburrida vida. Lo siento. Siento si he sido un tipo despreciable, pero al menos le he contado la verdad. Si usted quisiera aceptar sabría a qué atenerse, aunque supongo que después de lo que le he confesado, no querrá volver a saber de mí.

Rose inspiró profundo. No habría imaginado las razones del caballero ni en un millón de años, pero eso la favorecía. Iban a ayudarse mutuamente… si él aceptaba sus condiciones.

—Le agradezco su sinceridad sobre sus motivos y sobre… mi

persona, tan estirada e inexperta. Aunque soy consciente, créame. Yo… también querría ser sincera con usted. Le propongo un trato, señor McKinley, si está dispuesto. —El caballero volvió a sentarse frente a ella, mostrándole su total atención—. Charles Wesley me ha expresado su deseo de casarse conmigo y no acepta un «no» por respuesta. Me temo que es capaz de cualquier cosa para obligarme a ello y yo haría lo que fuera antes que convertirme en su esposa, incluso…

McKinley no la dejó proseguir. Con una expresión adusta, la interrogó, tomando entre sus dedos un trozo de tela rasgada de su falda.

—¿Él le ha hecho esto?

—No, señor. Todo me lo he hecho yo solita. Y ahora… ¿querrá escucharme? Me casaré con usted y conseguirá su herencia. Pero me respetará, no me obligará a… yacer con usted. Y esta es una condición que no admite negociación alguna. No se apure, no estaremos atados de por vida… —tomó aire antes de continuar—, nos divorciaremos tan pronto sea posible.

—¿Un divorcio? ¿Estaría dispuesta a ello?

—¿Sería usted capaz de tener una esposa que no le permitiera compartir el lecho, no le diera herederos y le exigiera respeto y fidelidad, sin tener ganas de asesinarla?

El norteamericano rio de buen grado.

—¿Qué dirá su familia, señorita Archer?

—No les contaremos nada. Fingiremos estar enamorados. Será una sorpresa, pero lo creerán, se me da bien fingir.

—Vaya, eso es… interesante. ¿Y qué ocurrirá cuando… nos separemos?

—Ya lo pensaré entonces.

—La compensaré por las molestias —decidió—. Tengo entendido que para que podamos tramitar y hacer efectivo el divorcio tendremos que estar al menos seis meses casados. Cuando todo concluya, le compraré una casa cerca de la de sus padres, o donde prefiera, y haré que reciba una renta anual que le permitirá vivir cómodamente el resto de su vida.

—Es muy generoso, señor McKinley. No es necesario. En realidad, usted también me está ayudando.

—No cambiaré de idea, sé muy bien que las mujeres nada poseen si no están casadas, y supongo que, tras un divorcio, es… complicado encontrar marido.

—Eso no me preocupa, créame. ¿Es un trato, entonces? —le dijo alargándole la mano.

—¿No querrá pensarlo, Rose? —le ofreció. Ella negó con la cabeza —. Es un trato, entonces —contestó el hombre, estrechándole la mano y reteniéndola unos segundos más de lo conveniente, mientras la miraba con ojos brillantes.

—Está bien… Hablaremos de los detalles esta noche, si es posible, y de cómo vamos a contárselo a mi familia. —Se encaminó hacia la puerta y, antes de abrirla, se volvió y le indicó—: ¡Ah! Y no vuelva a llamarme por mi nombre, no es correcto. Lo haremos cuando estemos casados… tal vez.

Abrió la puerta, se asomó con precaución al pasillo y, tras asegurarse de que no pululaban por allí ojos escrutadores, salió de la habitación.

«¡Qué mujer tan… extraordinaria!», pensó McKinley.

Capítulo 8

Se dirigió rauda a su habitación. Antes de despertar a su tía, se aseó con rapidez y se cambió tras el biombo. Se puso un vestido que le cubría los brazos hasta las muñecas y arrojó el otro al fondo del armario.

Su tía ya despertaba y ella observó la cama con infinito cansancio, anhelando poderse meter entre las sábanas, taparse la cabeza y permanecer allí durante un mes, por lo menos, sin salir y sin tener que seguir fingiendo ni disimulando ante nadie.

Quizá en otro momento, todavía no. Aún quedaba mucho por hacer.

Cuando Henrietta estuvo lista, bajaron para tomar el té. La tarde seguía estando soleada, y cuando esto sucedía, lady Sibylle disponía de una serie de mesas en la terraza, donde su grupo de amigos se encontraban. Henrietta, fresca y resplandeciente tras la larga siesta, charló entusiasmada con ellas y les contó todos los detalles de sus compras en la ciudad.

Lady Sibylle, ataviada con un escotado vestido de color verde que resaltaba su espléndido cabello pelirrojo, observó a Rose por unos instantes.

—¿Te encuentras bien, querida? —Quiso saber—. Pareces algo cansada.

—Probablemente sea eso. No he dormido muy bien esta noche.

—¿Pudiste hablar con el señor Wesley? —Ante la mirada sorprendida y algo temerosa de la joven, Sibylle Oliphant aclaró—: Estuvo preguntando por ti esta mañana. Parecía muy interesado en comentarte alguna cosa.

—Sí… Ya hemos hablado. —Rose intentó disimular el hastío que le producía recordar la desagradable conversación.

—Ya veo… —La muchacha se preguntó qué sabría lady Sibylle de las intenciones de Wesley o qué estaría imaginando—. A veces, querida, no es oro todo lo que reluce. Antes de decidir con quién pasar el resto de nuestra vida, es importante conocer muy bien a quien va a tener la llave de nuestra jaula… Tómate tu tiempo si Charles Wesley va a ser tu carcelero, quizá haya otros candidatos que no aprecias que lo merezcan más.

Rose no pudo evitar mirar con sorpresa y admiración a la señora Oliphant. Evidentemente, había percibido las intenciones del oficial y la estaba aconsejando. Al parecer, lo conocía muy bien. Le agradecía de corazón el consejo, pero, por desgracia, llegaba tarde. Nueve años tarde.

Apenas acababa de oír las palabras de Sibylle cuando llegó hasta la terraza Ewan McKinley, impecablemente vestido y peinado. Sus miradas se cruzaron durante más tiempo y con más intensidad de lo normal; y Sibylle, que se percató de ello, no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción. Pensó que la estirada y recatada señorita Archer tenía un gusto exquisito y que, quizá, el consejo que le había dado no había sido necesario.

Rose y McKinley no pudieron hablar hasta la cena, en la que se encontraron con la sorpresa de que los habían sentado juntos. A tía Henrietta le había tocado acompañar a la anfitriona, lo que constituía, en su opinión, todo un honor y una muestra de lo mucho que le había gustado la capa de terciopelo azul que le regalara.

Se mostraron comedidos, apenas intercambiaron algunas frases a lo largo de la velada. Sabían que era observados por muchos de los comensales, especialmente por Wesley, quien desde el otro extremo de

la mesa dedicaba miradas asesinas tanto a uno como a otro, bebiendo copa tras copa de vino, mientras permanecía en un funesto silencio, solo roto para contestar con algún monosílabo a la conversación de su tía.

Tras la cena, el grupo se dispersó entre la salita, donde tomarían algún licor y continuarían la conversación, y la terraza, ya que la noche estaba siendo cálida y una refrescante brisa marina invitaba al exterior.

A petición de su tía, Rose se enfrascó en un juego de cartas con otras damas.

McKinley, quien no había dejado de notar la animadversión en las miradas de Wesley, decidió que ya era hora de que tuvieran una charla. Desde la visita de la señorita Archer a su habitación no había parado de darle vueltas a un sinfín de ideas y pensamientos en su cabeza. Debía de sentirse contento, pues había conseguido una esposa inglesa a través de un trato muy ventajoso y, sin embargo, le subía la bilis a la garganta al pensar que tras ese trato se encontraban las amenazas del oficial. No hacía más que recordar los rasguños en los brazos y el morado en las muñecas de Rose. Estaba convencido de que ella no le había dicho toda la verdad, y el resentimiento con que Wesley lo miraba, mientras estuvo sentado junto a ella, era la prueba de que no andaba desencaminado.

El norteamericano observó cómo Rose se incorporaba a una partida de cartas. Se disculpó ante los caballeros con los que charlaba y se dirigió al exterior a través de las puertas abiertas del salón que daban a la terraza y permitían que entrara la brisa. Antes de salir fuera, le dirigió una significativa mirada a Wesley, quien a su vez no le quitaba la vista de encima.

Paseó unos minutos por los jardines exteriores, sin alejarse demasiado del salón. Allí tendrían intimidad, pero aún se encontrarían lo suficientemente cerca como para que el oficial lo viera cuando saliera a buscarlo.

Así fue. Apenas un par de minutos más tarde, la figura de Wesley se recortó a contraluz en el vano de la puerta. Encendió un cigarro y buscó a McKinley con la mirada. En cuanto lo localizó, arrojó el cigarro y echó a andar en su dirección.

La actitud con la que fue a su encuentro ya denotaba alguna copa

de más y un profundo odio hacia el norteamericano. Wesley no estaba acostumbrado a una negativa y culpaba al estadounidense del rechazo de Rose. Era incapaz de reconocer sus errores con la muchacha. Si eliminaba la atención de McKinley hacia ella, no le quedaría más remedio que aceptarlo, pensaba mortificado al saberse una segunda opción.

—Espero que la cena haya sido de su agrado —lo interpeló Wesley al llegar—. Tal vez no esté acostumbrado a la exquisita comida inglesa, pero no podrá quejarse de la compañía.

—Mi opinión sobre su exquisita comida inglesa me la reservo, Wesley. En cuanto a la compañía, tiene usted razón, no podría ser más encantadora.

—Oficial Wesley, si no le importa, y, sí, la ha definido muy bien. Rose Archer es una encantadora que no le conviene en absoluto.

—¡Vaya! ¿Desde cuándo somos tan amigos para que me dé un consejo como ese? ¿Acaso los oficiales ingleses de Su Majestad acostumbran a hablar mal de las damas?

—Es usted un estúpido, McKinley… Le estoy dando a entender…

—Sé muy bien lo que está sugiriendo, Wesley, y no me gusta en absoluto. Si la dama en cuestión lo ha rechazado, debería apartarse sin insinuaciones poco caballerosas.

—Rose Archer no puede rechazarme.

—¿Cómo se atreve? Ella es libre de hacer con su vida lo que quiera y elegir a quien considere.

—¿A usted, por ejemplo?

—Así es, de hecho.

—¿Qué? ¿Qué está inventando, americano?

—Rose y yo vamos a prometernos, le guste o no. Déjela en paz, Wesley.

Una risa odiosa y falsa brotó de la garganta del oficial y, tras ella, palabras hirientes salieron con contundencia de entre sus labios.

—No se casará con Rose. Será el hazmerreír de todos. Ella… ella es mercancía de segunda mano.

—¿Qué le ha hecho, Wesley? —El americano avanzó hacia él, despidiendo fuego por sus ojos.

—Nada que ella no quisiera —aseguró con una sonrisa repulsiva bajo su bigote de relamidas guías.

McKinley escuchó perplejo lo que Wesley acababa de escupir y entendió qué era lo que atrapaba a Rose y la aterrorizaba. Comprendió por qué decidió aceptar su propuesta que, al fin y al cabo, resultaba dañina para una dama, e imaginó la humillante situación por la que estaría pasando a causa del desalmado.

No lo pensó.

Su puño derecho impactó contra la nariz de Wesley, con un crujido de huesos rotos, borrando su retorcida sonrisa al instante. Cayó hacia atrás, a punto de perder el sentido.

El americano se agachó hasta donde el oficial había caído y reconoció la ira y el miedo en sus ojos. Cogiéndolo del cuello de la chaqueta lo zarandeó, mientras Wesley sollozaba con las dos manos sobre la sangrante nariz, y le espetó al oído:

—Si vuelve a salir el nombre de Rose Archer de sus labios, haré de su vida un infierno. Me aseguraré de que sus pecados sean conocidos, lo echen del cuerpo militar y pase lo que le quede de vida en una prisión donde no volverá a lucir ese elegante uniforme que lleva y que envilece.

Lo dejó allí tirado y se marchó, apretando los puños y conteniendo las ganas de seguir dándole su merecido. Lo embargaban la ira y la tristeza y una asfixiante sensación de opresión en el pecho cuando pensaba en la dulce, sensata y reservada señorita Archer.

No podía ser cierto, no lo creía. Eran las palabras de un hombre despechado y maligno. No podía creer que alguien como Rose se hubiera prestado a… Y, sin embargo, ¿por qué le dolía tanto? ¿Por qué sentía que la sangre le hervía en las venas? Su relación con la muchacha iba a ser un puro trámite, una ficción. Nada iba a suceder entre ellos dos. Ella se lo había dejado bien claro.

Siguió caminando a paso rápido por el sendero, iluminado por la luz de la luna. No podía entrar en su estado en la mansión y ni se le pasaba por la cabeza encerrarse entre las cuatro paredes de su habitación.

Poco tiempo después, llegó al embarcadero y recordó una escena que parecía haber transcurrido hacía mil años. Sentado bajo la placentera sombra de un árbol, se quedó dormido unos instantes y despertó con el sonido de los pasos de una muchacha por el camino. Una criatura bella, que parecía delicada, pero que demostró una

agilidad y soltura increíbles, al escabullirse bajo la tela que protegía una de las barcas.

Desde aquel momento, Rose Archer estuvo en sus pensamientos, con una intensidad que lo abrumaba, que no quería y que no debía permitirse, porque entre ellos solo tendría lugar un casamiento de conveniencia, un mero trato con fecha de caducidad.

Sin pensarlo demasiado, se descalzó y se zambulló de cabeza en el lago, vestido como estaba. Nadó vigorosamente durante un buen rato, hasta que sintió que parte de la tensión que sentía empezaba a aflojarse y sus pensamientos comenzaban a apaciguarse, de alguna manera.

Salió del lago y se tumbó en el muelle, notando el frescor de la noche sobre la piel mojada. Sintió que los ojos se le cerraban y se dejó ir, aunque sus últimos pensamientos antes de sumirse en la inconsciencia del sueño fueron para ella.

«Oh, Rose...», se lamentó.

Capítulo 9

Rose había pasado la noche en un duermevela que la había dejado agotada. Vislumbró el amanecer entre los visillos de la habitación que compartía con su tía e, incapaz de aguantar más tiempo en la cama intentando no moverse para evitar despertarla, prefirió levantarse y bajar a tomar un té. Se vistió silenciosa, se peinó con unas sencillas horquillas que recogían su pelo a ambos lados de la cara y dejaban el cabello suelto a su espalda, y salió sin hacer ruido.

La mansión permanecía en silencio, aún era muy temprano y los invitados se habían acostado tarde anoche, tras atender a Wesley, quien había sufrido una caída en el jardín, con tan mala suerte que se había roto el tabique nasal y había sido necesario llamar al médico y oír sus gritos de agonía al intentar este recomponérselo. Algunas damas precisaron de las sales para evitar soponcios y el percance dio que hablar, por lo que la hora de irse a la cama acabó alargándose mucho.

Rose no las tenía todas consigo. Desde que Wesley había aparecido en tal mal estado, no había vuelto a ver a McKinley. Se tuvo que ir a la cama y no había dado señales de vida. Si no pareciera un hombre muy capaz de cuidarse, se habría preocupado. ¿Habría hablado con Charles Wesley? ¿Podría haber cambiado de opinión acerca de su... trato?

Entró en el comedor en el momento que unos sirvientes dejaban la primera tetera de té recién hecho, pan y mantequilla. Le preguntaron si deseaba alguna cosa en especial, ya que aún andaban ocupados en la cocina, preparando bollos y confituras, pero Rose les contestó amablemente que era suficiente.

Se sentó, tomó el primer sorbo de la deliciosa y reconfortante infusión; y acababa de empezar a untar, desganada, mantequilla en una rebanada de pan, cuando el norteamericano apareció en el comedor.

Tenía un aspecto terrible. El cabello despeinado, la ropa arrugada, y una ligerísima barba oscurecía su mandíbula. Rose, sentada en la mesa, frente a la puerta, hizo un esfuerzo por no levantarse y correr a su encuentro. Se había preocupado más de lo que quería reconocer.

Suspiró. Al fin había dado señales de vida. Con una extraña apariencia, como si hubiera pasado la noche a la intemperie, pero tan atractivo como un dios griego. «Rose, compórtate», se dijo, para hundirse en el asiento a continuación, cuando McKinley la contempló con una intensidad que la hizo desfallecer.

—¿Puedo acompañarla, señorita Archer? —le pidió desde la puerta donde se había quedado mirándola.

Rose observó el solitario comedor. Los invitados aún tardarían en bajar, pero las puertas estarían abiertas y los sirvientes entraban y salían, así que...

Asintió con la cabeza.

El caballero se sentó junto a ella. Se sirvió una taza de té, que tomó casi de un trago, y volvió a servirse otra. Con un gesto, Rose le ofreció su panecillo y, al cogerlo, él pareció acariciar sus dedos. Lo mordió con ansia.

Rose tomó un sorbo de su bebida y siguió untando rebanadas, ofreciéndole de vez en cuando y dejando que saciara su hambre, mientras ella dilucidaba cómo preguntarle lo que le interesaba.

—Parece como si hubiera pasado la noche fuera. —Se decidió al fin.

—No se equivoca. Me quedé dormido en el muelle.

—¿Con la ropa puesta? —En cuanto lo dijo, supo que había metido la pata. Una sonrisa pícara asomó al rostro del hombre, que hasta entonces había permanecido serio—. Yo, en realidad... por su

aspecto... ¡Oh!

—Quizá debería habérmela quitado para que no se arrugara, pero no lo pensé demasiado. Tenía otras cosas en las que concentrarme...

—¿Supo lo que le sucedió a Wesley? —lo cortó, temerosa de oír algo que no le gustara.

—¿Qué le pasó?

—Tuvo una mala caída en el jardín.

—¡Vaya! ¿Aún sigue con vida?

—Oh, sí, claro... Solo se rompió la nariz.

—¡Qué lamentable circunstancia! —concluyó, dando un mordisco a su rebanada.

—¿No se enteró de nada?

—¿Por qué debería haberlo hecho?

—Porque usted también estuvo en el jardín.

—Pasé la mayor parte de la noche en el embarcadero. Estuve nadando un rato y después me quedé dormido. Ahora que lo pienso, debería haberme desnudado antes de tirarme al agua, tiene usted razón. No lo pensé bien.

—¿Y en qué pensó, entonces? —le preguntó sin asomo de coquetería. Temía que hubiera mudado de opinión sobre su trato, tanto como lo contrario, y que este se llevara a cabo. Había actuado con juicio y rectitud durante los últimos nueve años y ahora se veía envuelta en una situación que no tenía nada de sensata, que no dependía solo de ella y que no controlaba.

—En usted, señorita Archer —el corazón de la muchacha dio un vuelco—, en que tendremos que sacar a relucir nuestra relación más pronto que tarde. Los días pasan y aún tengo que hablar con su padre y... ¿le importaría una boda sencilla? ¿Sin demasiados preparativos y con unos cuantos invitados? Serán la mayoría suyos, por supuesto. No conozco a demasiada gente en Inglaterra. —Rose asentía admirada ante su resolución. Durante toda esa noche había temido que el caballero hubiera tenido algún enfrentamiento con Wesley y se hubiera echado atrás, pero ahora, al escuchar su entusiasta propuesta, había sentido un tremendo alivio y emoción, como una auténtica prometida hubiera hecho, pensó apesadumbrada. Se obligó a seguir escuchándolo y dejar que sus palabras la animaran—. Si no le importa, me gustaría que mi madrina fuera la señora Oliphant. Le

debo más de lo que pueda imaginar. Es la única alma caritativa que apoyó a este extranjero en su periplo por el país.

—Me parece justo.

—¡Buenos días, queridos! ¿Tan pronto levantados? —Como si hubiera estado escuchando tras la puerta, lady Sibylle hizo su entrada en ese mismo instante. Peinada, vestida y perfumada como si fuera a asistir a una de sus fiestas, se acercó hasta la pareja. McKinley, que se había levantado como muestra de respeto, le ofreció su asiento y le sirvió una taza de té. Cruzó una significativa mirada con Rose. La joven asintió levemente.

—Lady Sibylle, hablo en nombre de Rose y mío, y, aunque aún no he tenido el placer de pedir permiso a su padre, tenemos la firme decisión de, tan pronto como el señor Archer nos lo permita, contraer matrimonio.

—¡Oh, queridos! ¡Qué grata decisión! Hacéis una pareja deliciosa. Os deseo lo mejor del mundo. —Y dio un leve apretón en la mano a Rose y a Ewan, quien se había sentado junto a ella.

—¿Me haría el honor de ser mi madrina, señora Oliphant?

—Ewan, mi querido niño, nada me haría tan feliz… Es un placer que te hayas acordado de mí.

—Es usted la dama más encantadora que he conocido en Inglaterra…

—Salvando las distancias, supongo —matizó Sibylle, mirando a Rose.

Los tres sonrieron. La señora Oliphant continuó:

—Querida Rose, supongo que no estaré muy desencaminada cuando pienso que nuestra estimada Henrietta aún no sabe nada…

—Es cierto. Pensaba decírselo cuando se levantara.

—Me lo he imaginado. Estoy segura de que mi amiga me lo hubiera contado inmediatamente. ¿Cómo crees que se lo tomará?

—No muy bien, supongo.

—No quisiera inmiscuirme, pues se trata de algo muy personal, pero si crees que puede venir bien contar con mi presencia en esos momentos o más adelante, no dudes en decírmelo.

—Será estupendo, lady Sibylle.

—¿Aún estás ahí, Ewan? —se dirigió al joven sentado a su derecha—. ¿No pretenderás que tu nueva tía Henrietta te vea con ese

cabello alborotado y esa ropa arrugada? No sé qué has estado haciendo, querido, pero tu apariencia es casi indecente, con esa camisa abierta y peinado como un salvaje. Vas a hacer que Rose se asuste —dijo con una mirada pícara.

—Está bien, he captado la idea. Sé que sobro. Subiré a asearme y a vestirme decentemente.

—Gracias, querido.

El americano se levantó y, dedicándoles una sonrisa a ambas mujeres, salió silbando del comedor.

—Extrañas costumbres las americanas, ¿no te parece, Rose? Eso debe significar que está contento, o algo así… Tendrás que acostumbrarte a muchas cosas nuevas, pero creo que has hecho la elección más adecuada. —La joven la miró extrañada. ¿Cuánto sabía lady Sibylle de…?—. Nadie me ha comentado nada, pero Charles Wesley preguntó reiteradas veces por ti, ayer por la mañana. Sin duda, quiso tener su oportunidad también. Pero si te soy sincera, has tenido un gusto exquisito, y no solo por su apariencia física. Ewan es un joven encantador en todos los aspectos, y aunque no lo conozco en profundidad, es tan parecido a su padre, no solo físicamente, sino en carácter, que no puedes esperar más que cosas buenas de él.

—Sí, creo que así será —contestó la muchacha, sintiendo de veras engañar a la dama. No era un matrimonio por amor. Era un mero trámite que duraría unos meses hasta que pudieran divorciarse y cada uno siguiera caminos diferentes. Aún no había pensado muy bien qué haría, dónde viviría, si debería ocultar la situación a su familia quedándose tan lejos como pudiera o sería mejor regresar al amparo de los suyos. No, esta opción los sumiría en la vergüenza. No podría hacerles eso. Pero no se preocuparía por el futuro que le esperaba dentro de unos meses, el más próximo reclamaba toda su atención.

—¡Ah, querida! Permíteme que abuse de la confianza que tendremos a partir de ahora, ya que vas a casarte con el hijo de mi querido Cameron McKinley y eres la sobrina de una muy buena amiga, así que, si tuvierais a bien que amadrinara uno de los retoños que, sin duda, pronto tendréis, esta vieja y aburrida viuda sin hijos se sentiría la mujer más feliz de la Tierra. No dudes de que me encantará viajar hasta Boston para tal evento, cargada de regalos.

—Lady Sibylle… —Rose no pudo más que musitar, al borde de las

lágrimas. La inocencia de la señora Oliphant en contraste con su engaño le dolió en el alma. Sería bonito si pudiera ser cierto.

Sibylle la abrazó pensando que su ofrecimiento la había emocionado. Rose se despidió de ella, apenada por la mentira, y se dispuso a subir al encuentro de su tía, una de las personas que más quería en el mundo y a la que, también, estaba a punto de engañar terriblemente.

Capítulo 10

Rose intentó que todo transcurriera como era lo habitual cada mañana: la rutina del aseo, del arreglo de la ropa, del peinado... hasta que le hablara de su decisión. Le subió una taza de té para que la noticia no la cogiera en ayunas, y quizá a causa de eso, o porque aún conservaba fresco en su memoria lo ocurrido en la noche de ayer, su tía no dejó de parlotear todo el rato acerca del pobre señor Wesley y su desafortunada caída. Le aseguró a la joven que, tan pronto bajaran, acudirían al encuentro de Evelyn Wesley a preguntarle por su infortunado sobrino. Rose suspiró. No pensaba hacerlo en ningún caso.

Una vez que se encontró dispuesta para bajar, Rose le pidió hablar con ella, tenía algo importante que decirle, argumentó.

—¿Y es algo urgente, querida? Porque seguramente todas mis amigas se encuentren ya en el comedor.

—Lo es, tía. No estaría bien demorarlo más.

—¿Puedo saber entonces de qué se trata? ¿No será que has olvidado algún encargo de tu madre o de Myrtle? Eso no sería apropiado de ti.

—No es eso...

—Pero no te preocupes, querida —la cortó—, volveremos muy pronto a Brighton. La señora Chichester, esa antojadiza, quiere comprarse una capa como la que le regalé a lady Sibylle...

—Tía...

—Y pretende que yo le muestre la boutique donde la adquirí.

—¿Por qué no se sienta?

—¿Puedes creerlo? ¿Acaso es correcto que ella luzca una capa idéntica a la de su anfitriona? Es una prueba de su desmesurado mal gusto...

—Debería sentarse...

—Obviamente, en cuanto lleguemos a Brighton, pienso tener tan mala memoria que me resultará imposible acordarme de dónde la compré. Y tú tampoco lo harás.

—En realidad, no me acuerdo, tía. Fueron innumerables tiendas las que visitamos aquel día.

—Eso es verdad, es probable que no me acuerde, en realidad. ¿Ibas a decirme algo, querida?

—Voy a casarme.

Henrietta abrió los ojos con desmesura.

—No es bueno conversar en ayunas. Fíjate que he creído que decías que ibas a casarte.

—Sí, eso es exactamente lo que he dicho.

—Oh, Rose... bueno, quizá algún día lo hagas si encuentras a la persona apropiada, pero, querida, ¿quién necesita a un hombre con lo bien que estamos tú y yo?

—El señor McKinley me ha propuesto matrimonio y le he dicho que sí.

La mujer miró a Rose entornando los ojos, como si no la reconociera o no hubiera entendido sus palabras. La joven se acercó hasta ella, pues la vio avanzar tambaleante hasta una de las columnas que sostenían el dosel sobre la cama. La anciana la observó estupefacta.

—¿El norteamericano te ha pedido matrimonio?

—Sí, tía.

—Y tú... ¿le has dicho que sí?

Rose asintió, mientras su tía se llevaba una de las manos a la boca, muda de asombro, para a continuación desvanecerse sobre la mullida cama.

La joven corrió a buscar las sales y, levantando con delicadeza la cabeza de la anciana, se las acercó.

Poco a poco, Henrietta fue volviendo a la consciencia, sin perder por un instante la expresión de estupefacción.

—Tía, ¿se encuentra bien? ¿Quiere que avise a alguien?

—Oh, a tu sentido común, Rose Archer. ¿Qué es esa broma pesada que acabas de gastarme?

—No es una broma... —le dijo, ayudándola a incorporarse y acompañándola hasta la butaca, donde tomó asiento.

—Pero, querida, apenas lo conoces y... ¡oh, cielos!, ni siquiera es inglés.

—Me han dado buenas referencias de él y es un hombre sensato y... honesto. —«Tanto como yo, al menos», se dijo. ¿Qué podría recriminarle? A ese juego jugaban dos, y él, al menos, le había dicho toda la verdad.

—Y dueño de un título y un castillo —recordó Henrietta—. Y supongo que eso es más atrayente que cuidar a tu anciana y achacosa pariente.

—Tía, usted no está achacosa —le contestó, arrodillándose junto a la butaca que ocupaba y tomándola de la mano que descansaba sobre el brazo del sillón.

—¡Ah, la juventud! ¡Qué insensible se muestra ante mis múltiples dolencias! Rose, mi querida Rose, ¿qué voy a hacer sin ti? Mi existencia será triste y aburrida. Me sentaré en el salón de mi casa a mirar pasar la vida por la ventana y esperar que me llegue la temida hora.

—¡Tía Henrietta, no hable así! ¡Me parte el corazón! Usted nunca estará sola. Es una Archer.

—Pero nos entendíamos tan bien, querida... —dijo, dirigiendo otra de sus miradas de aflicción a la muchacha.

Rose quiso consolarla explicándole que, en apenas seis meses, volvería a tenerla de vuelta de donde quiera que estuviera, aunque no pensaba que su tía, por mucho que creyera necesitarla, le perdonase el escándalo de un divorcio.

—Siempre fuiste mi favorita, Rose. La hija mayor de mi hermano, tan bondadosa, tan sensata... Siempre era un placer para mí llevarte conmigo, desde jovencita, y mostrarte a mis amistades. Supongo que he sido afortunada de tenerte todos estos años para mí, porque... ¿lo has pensado bien? ¿No vas a cambiar de opinión?

Rose asintió a la primera pregunta y negó con la cabeza a la segunda, muda por la emoción, incapaz de hablar. Quería a la anciana con locura, tal y como era, con sus virtudes y sus defectos, y alejarse de ella y de su familia le iba a costar más de lo que había imaginado.

—Está bien, tendré que hacerme a la espantosa idea. Creo que, después de todo, no voy a bajar y te pediré que me subas el desayuno. No podría conversar tranquilamente con nadie, después de esta amargura. Estoy segura de que tengo taquicardia.

—¿No querrá que avise a lady Sibylle para que pueda contárselo?

—Oh, no creo. Le darías un disgusto. Se preocuparía demasiado por mi situación de abandono.

Rose encajó la nueva indirecta con una sonrisa disimulada.

—Pero, tía, piense que Ewan McKinley es como un sobrino para ella y seguramente le encantará emparentar con una de sus amigas favoritas. Debería ser usted quien le diera la noticia.

Henrietta ladeó la cabeza, pensativa.

—Sí, creo que tienes razón —concedió, tras pensarlo unos instantes, con una expresión alegre—. Y supongo que yo debería ser, como representante más anciana de la familia, la que lo comunicara al resto de los invitados. Tu padre debería concederos el permiso antes, aunque estoy segura de que Jacob no os lo negará.

—¿Se encargará usted, entonces, de ser la que anuncie las buenas nuevas?

—¡Qué remedio, Rose Archer! Anda, baja a por un buen desayuno para tu desfallecida tía y pídele a lady Sibylle que suba en cuanto pueda. ¿Lo harás?

—Enseguida, tía. —Y sonrió al verla más calmada y... resignada.

Rose bajó hasta el comedor y preparó una bandeja bien surtida con un completísimo desayuno. Habló con lady Sibylle a solas, le contó cómo había ido todo y le pidió que no le dijera que ya sabía la verdad, pues era un aliciente para su tía creer que sería la primera que se lo comunicara. La mujer accedió encantada, ya que conocía de sobras a su amiga Henrietta y lo mucho que le gustaba su parte de protagonismo.

Cuando el resto de los invitados le preguntaron por la ausencia de la tía, Rose les informó del desvanecimiento y del ligero mareo que había sufrido. Todos le mostraron su pesar y le prometieron ir a

visitarla a lo largo de la mañana, en turnos, para interesarse por su estado de salud. La joven sabía que aquello haría las delicias de su tía, que contaría la noticia del compromiso y se sentiría arropada por sus amistades ante la fuga de la que fuera su solícita dama de compañía hasta el momento.

Rose suspiró. Deseaba encontrarse en su casa de Londres, a salvo de cotilleos y murmuraciones. Aquel iba a ser, sin duda, un día muy largo.

Capítulo 11

Rose se mordía los labios, nerviosa, mientras en la habitación, Sibylle y McKinley se preocupaban por la salud de su tía y hablaban sobre el compromiso. Había bajado para llenar una jarra con agua fresca y dudaba si entrar en la alcoba o esperar a que salieran. No quería fingir ni añadir más mentiras a la montaña de ellas que iba acumulando, a no ser que fuera por demás imprescindible. Y decidió aguardar fuera a que terminaran.

Al rato, el norteamericano abrió la puerta. Sonrió a una visiblemente preocupada Rose.

—¿Cómo ha ido todo?

—Bastante bien, dado lo mucho que he fastidiado a su tía.

—Supongo que lady Sibylle habrá sido de mucha ayuda.

—Ni se imagina...

—¿Rose? ¿Estás ahí? —Se oyó la voz de Henrietta.

La muchacha entró en la habitación. Su tía tenía buen aspecto. Le sirvió el agua. Lady Sibylle negó ante el ofrecimiento solícito de la joven y comentó:

—Rose, ¿por qué no te tomas un rato libre y das un paseo con tu futuro prometido? Yo me quedaré con tu tía y la mimaré casi tanto como tú lo haces.

—¡Lady Sibylle! No creo que sea apropiado... —opinó Henrietta al

instante.

—Rose y Ewan son de lo más formales y sensatos, y así mis huéspedes no encontrarán extraña la noticia que vas a darles. Pobrecillos, no imaginas qué preocupados están por tu desvanecimiento…

Aquello fue todo lo que necesitó Henrietta para ser convencida. Dejó que Rose saliera a pasear mientras ella se quedaba charlando animadamente con la señora Oliphant sobre sus dolencias y el impacto que tendrían en sus amistades.

El norteamericano se hallaba en el pasillo, desde donde había escuchado la conversación, esperándola.

—Al parecer, nos han dado el consentimiento para dar un paseo.

—Así es… ¿Alguna sugerencia?

—¿Sabe cabalgar, señorita Archer?

—Oh, no muy bien, me temo.

—Tendremos que solucionar eso. Lo apuntaré junto con lo del billar. Estaremos muy entretenidos, una vez que nos hallemos en Boston.

—Sabe que no será necesario —dijo Rose, volviendo la cabeza, para comprobar que había cerrado la puerta y sus palabras no llegaran a oídos de las dos mujeres.

—¿Por qué?

—Tardará más en enseñarme de lo que estaremos juntos.

—Soy buen profesor —le contestó, con una mirada misteriosa.

Salieron al jardín e intercambiaron saludos con otros invitados, que comenzaban a cuchichear en cuanto ellos se alejaban. Si lady Sibylle quiso que el rumor de una relación entre los dos se extendiera, sin duda lo estaba logrando. En poco rato, Henrietta lo confirmaría y el compromiso sería un hecho, sin ni siquiera haber hablado con su padre. A esto se le llamaba «comenzar la casa por el tejado», y Rose esperaba que su progenitor no lo tomara demasiado mal. Ni su estricta madre, tampoco.

—No deberíamos tardar mucho en regresar a Londres y… hablar con mi padre. Me temo que si alargamos en algunos días más la estancia, acabará enterándose por su cuenta y se llevará un disgusto.

—Vivo con las maletas hechas, señorita. Nos iremos en cuanto diga.

—Mi padre es pastor metodista, supongo que no tendrá inconveniente en que nos case él.

—En absoluto. No profeso ninguna religión en especial, ¿tendré que ocultarle esto a su padre?

—¡No, por Dios! No más mentiras. Él tiene una mentalidad abierta y entiende que cada uno elija sus creencias y su forma de vivir, siempre que actúe con compasión y...

Se llevó las dos manos al rostro y amagó un sollozo. Ewan posó una mano sobre un hombro de la joven.

—... y sinceridad —dijo, al fin.

—Entiendo su pesar, señorita Archer. Es usted una mujer sincera y virtuosa, y se siente...

—Oh, no diga eso. Usted no sabe nada.

—¿Qué debería saber?

—¡No! No puedo, no es posible... Quisiera que esto termine, estar ya casada y lejos de mi familia, donde no tenga que soportar la carga constante de mis mentiras.

—Le duele tener que engañarlos... No lo haga, entonces. La absuelvo del trato si tanto la horroriza.

Rose lo miró, abatida.

—Es usted un buen hombre, señor McKinley, pero no, gracias. Cumpliré mi parte del acuerdo. Tengo que hacerlo.

El americano la oyó con atención y no dijo una sola palabra. Regresaron a la mansión y se despidieron en la entrada. Rose subió a su habitación y él continuó vagabundeando por el jardín. Se sentía el hombre más vil y miserable del mundo.

La conciencia le remordía como hacía mucho tiempo que no le sucedía. No estaba actuando bien y hubiera podido hacer lo correcto hacía un momento. Y, sin embargo, calló.

Imaginaba los motivos de Rose para casarse con él. Wesley lo había dejado bien claro, la noche anterior.

Rose debía matrimoniar con él, puesto que habían estado juntos y la chantajeaba. No quería casarse con ese ser repugnante, por lo que encontró una salida en su propuesta. Ella se lo confesó en su habitación, aunque no todo.

Lo que no le contó fue lo que había ocurrido entre ellos, si era cierto lo que Wesley le dijo... aunque Ewan temía que lo fuese.

En el jardín, había amenazado al oficial, y estaba seguro de que el cobarde no osaría volver a decir una sola palabra sobre ella. ¿Por qué, entonces, no se lo confesó a Rose y la dispensó de su parte del trato? ¿Por qué la dejaba seguir creyendo que debía huir de la amenaza de Wesley, refugiándose en un matrimonio falso?

Porque era un ser despreciable y egoísta, concluyó.

Porque no encontraría a nadie como Rose que se prestara a casarse con él a sabiendas de que era un matrimonio de conveniencia.

Pero, sobre todo, porque no encontraría a nadie que lo atrajera tanto como lo hacía ella. Una mujer sensible, noble, luchadora, con un mundo interior que quería conocer, que provocaba su curiosidad y su deseo. Un ángel caído, tal vez, pero... ¿quién no tenía pecados de los que arrepentirse? ¿Quién no había cometido algún error en su vida?

Reconocía que sería capaz de vivir con ello porque ella era una dama de la que no le importaría enamorarse y a la que querría enamorar.

Y se estaba comportando como un canalla, reteniéndola, cuando estaba en su mano decirle las palabras que necesitaba para hacerla libre: «Wesley no volverá a hacerte daño».

Probablemente la avergonzaría al explicarle lo que se dijeron los dos hombres en el jardín, pero el tiempo sanaría las heridas y ella lo olvidaría.

Y eso era, de hecho, lo que él no quería. No quería que ella lo olvidase. No sabía dar nombre a sus emociones, no vislumbraba si lo que Rose le inspiraba era simple curiosidad, deseo o algo más. Y la necesitaba a su lado, para descubrirlo.

Henrietta decidió que se marcharían en el plazo de dos días.

La noche anterior a la partida celebraron una cena de despedida de las Archer y el americano, quien las acompañaría hasta Londres y se quedaría en un hotel hasta que la boda se llevara a cabo.

El tema de conversación principal fue el futuro compromiso de la pareja, aunque todos sabían que Jacob Archer tendría que decir aún la última palabra.

Se habló también de la marcha precipitada de Charles Wesley,

temprano por la mañana, sin despedirse siquiera de su anfitriona, dejando que lo hiciera por él su azorada tía. Quienes lo vieron aseguraron que aún lucía la nariz hinchada y amoratada y una expresión malhumorada.

Sibylle comentó que no le importaba que se hubiera marchado si no se sentía cómodo tras el accidente, y no se volvió a sacar el tema. Era mucho más interesante para todos conocer detalles sobre el futuro de la pareja.

Uno de los caballeros quiso averiguar si el norteamericano seguiría viviendo en Inglaterra.

—Díganos, señor McKinley, ahora que va a contar con la agradable compañía de su futura esposa inglesa, ¿se quedará entre nosotros? ¿Hará de Inglaterra su hogar?

Ewan miró a Rose, quien se hallaba sentada a su lado.

—Mucho me temo que tendremos que mudarnos a Boston más pronto que tarde. He dejado allí asuntos pendientes que requieren mi atención.

El suspiro atronador de Henrietta fue escuchado por todos los comensales.

—Lo que no quiere decir que no volvamos de vez en cuando —suavizó el caballero—. Además, quiero viajar hasta Escocia con la señorita Archer y mostrarle mi castillo. Me gustaría arreglar algunas cosas antes de alquilarlo.

—¿Piensa dejar que unos extraños vivan allí? —lo cuestionó la señora Chichester.

—Seré cuidadoso con quién lo arrendará, señora Chichester, pero dado que no vamos a vivir en él, considero una mejor opción que alguien lo ocupe a que se desmorone lentamente, inhabitado.

—Conozco a varios de nuestros compatriotas que ya lo hacen con algunas de sus posesiones —informó un caballero—. Es una forma, además, de sacar a flote una economía apurada.

—Pero ese no es su caso, supongo —intentó averiguar la señora Chichester.

—No, no lo es —aclaró el joven, sonriendo.

—Ewan posee un astillero en Boston y se encarga de diseñar y construir barcos —explicó lady Sibylle—. Es ingeniero naval y ha trabajado muy duro para ganarse una merecida reputación en la

construcción naviera.

—Oh, ¿trabaja con las manos, entonces? —volvió a inquirir la señora Chichester, quien, chapada a la antigua como era, veía deshonroso que un caballero tuviera que trabajar.

—Diseño los barcos y, si tengo tiempo, también me gusta participar en el proceso de construcción. Es muy gratificante sentir el tacto de la madera, ensamblar las piezas una a una, utilizar las manos para crear algo bello y útil que después flotará sobre el océano y permitirá que los ciudadanos de uno y otro continente estén más cerca y reciban las mercancías que necesitan.

Rose se lo quedó mirando, admirada, ante su explicación. Se notaba que amaba su trabajo.

—¿Qué le parece, señorita Archer? —Se interesó uno de los invitados—. ¿Se ha hecho a la idea de cambiar este viejo continente por el nuevo mundo?

—Va a ser todo un reto, supongo —contestó tímida—, pero estoy segura de que me encantará conocer Boston... y Escocia.

—No podrías tener mejor guía —le aseguró Sibylle Oliphant.

Rose y McKinley se miraron unos instantes. Ella detectó un compromiso de protección en su mirada y la más dulce y confiada de las sonrisas afloró a su rostro. Ewan sintió que el corazón se le aceleraba.

Capítulo 12

Llegaron a la estación de Londres a mediodía tras un viaje en ferrocarril de varias horas. McKinley y un mozo se encargaron de los baúles del equipaje. Tomaron un carruaje y dejaron la mayoría de ellos en casa de Henrietta, donde su sirvienta se encargaría de deshacerlos, y marcharon rumbo a la casa de los Archer.

Al llegar, el americano las ayudó a bajar del carruaje y se despidió. La tía no creía conveniente que fuera presentado a la familia hasta que esta no conociera los pormenores.

Tan pronto detectaron su presencia, se asomaron a la puerta Percival y Myrtle, a quien no se le pasó por alto la presencia de un caballero en el carruaje que ya iniciaba su partida. Hacía tiempo que Rose no le escribía como era habitual y tuvo la impresión de que se estaba perdiendo muchas cosas de la vida de su hermana. Una conversación muy interesante las esperaba, sin duda.

En el salón, la madre de Rose, Eleanor, les salió al encuentro y todos se saludaron y les preguntaron acerca de su viaje a Brighton. Henrietta cumplió rápidamente con las formalidades. Ansiaba contar la espantosa decisión de Rose, que la dejaría sin su compañía a partir de ahora. Si Jacob fuera un hombre estricto y severo —pensaba—, Rose no habría tomado una decisión tan a la ligera, pero su hermano era un pedazo de pan y sus hijas hacían con él lo que querían, según

había podido comprobar hasta ahora, primero con Ivy y ahora con su querida Rose.

Así que transmitió la noticia a los que allí se encontraban —Eleanor, Myrtle y Percival, el benjamín de la familia—, empezando por detallarles su desvanecimiento. Nunca, aseguró, había recibido una impresión tan fuerte como la que la muchacha le causó al informarla de su decisión de casarse con un norteamericano.

Eleanor se quedó muda de asombró e interrogó a Rose con la mirada, Myrtle dio un grito y preguntó enseguida si era el caballero que había vislumbrado en el carruaje, y Percival comenzó a reír, avergonzado al imaginar a su hermana casada.

Y un segundo después, repuestos de la primera impresión, todos comenzaron a interrogar a Rose a la vez, mientras Henrietta seguía con su monólogo, contando la historia según su punto de vista.

—Está bien —la voz de Eleanor se dejó oír—, dejemos que Rose se explique. ¿Qué es eso de casarte con un desconocido? ¿Qué referencias tenemos?

—Madre, Ewan McKinley nació en Norteamérica, pero sus antepasados son escoceses. Posee un castillo y tierras en Varrich, heredadas de su abuelo. Venía de visitarlas cuando nos encontramos, en Brighton. Lady Sibylle conoce a su familia y me ha hablado muy bien de ellos.

—Eso es cierto —añadió, triste, Henrietta, como si lo lamentara.

—Rose, has estado en Brighton apenas un mes... ¿es tiempo suficiente para conocer a un futuro marido? Creo que tu padre tiene mucho que decir sobre esto y os exigirá un tiempo de compromiso antes de la boda.

—¡No! —Carraspeó ante su súbita negativa, que le salió sin pensar—. Quiero decir... lleva mucho tiempo fuera de Boston y no puede permitirse quedarse más en Inglaterra.

—Posee un negocio de construcción de barcos —volvió a apostillar la tía.

—Pero podría marcharse y regresar en unos meses, y así ambos tendríais tiempo para escribiros y conoceros mejor.

Ewan no contaba con ese tiempo. Rose tenía que cumplir su parte del trato y tendría que ser antes de que expirara el plazo que el abuelo McKinley había establecido, lo que le dejaba un margen de menos de

dos meses.

—Quizá podría pedirle que lo pospusiera dos o tres semanas más... —concedió la muchacha.

—¿No quieres dejarlo marchar?

—No, madre. —«Pero no por los motivos románticos que tú crees», pensó.

—Si no fueras tan sensata y responsable, pensaría que esta decisión es una locura y te prohibiría terminantemente toda esta prisa, pero nunca me has dado un quebradero de cabeza, Rose, y supongo que tú has sopesado en profundidad lo que pretendes hacer y el cambio que supondrá para tu vida.

Rose asintió, con la cabeza baja, incapaz de mirar a los ojos de su madre. Esta no era una decisión meditada, era una huida, una solución drástica a un problema que acabaría convirtiéndose en otro, quizá mucho mayor, en el futuro.

—Tu padre está a punto de llegar. Lleva tu equipaje a la habitación y refréscate. Henrietta, te quedarás a almorzar, por supuesto. Te traeré una limonada, mientras tanto. Myrtle, Percival, id preparando la mesa, recibiremos a vuestro padre, rezaremos como siempre y pediremos hoy, en especial, por mi querida hija Rose, para que Dios ilumine sus decisiones y su camino, aunque este la lleve muy lejos de nosotros.

La joven se levantó en seguida. Sentía como si un puño helado le apretara las entrañas. Se repitió una y otra vez que hacía lo correcto, lo que era necesario para que Wesley no arrastrara su reputación por el fango y, con ello, la de su familia.

Después del almuerzo, Jacob Archer llamó a su hija hasta un pequeño gabinete que hacía las veces de despacho, donde preparaba los sermones que luego leería a sus feligreses. Cerró la puerta tras ellos.

—Rose, todo lo que sé de este asunto es por los comentarios de tu tía y tu madre. Dime, hija, ¿estás ilusionada con la propuesta de ese caballero? ¿Es tu intención casarte con él en tan corto plazo de tiempo?

—Sí, padre.

—Tendré que conocerlo, entonces, y cuanto antes mejor. ¿Le pedirás que venga a tomar el té con nosotros mañana?

—Lo haré.

—Mi querida hija. Sabía que un momento así llegaría y lo deseaba porque quería verte feliz, protegida y amparada por tu propia familia cuando yo ya no esté. Lo que nunca imaginé es que te marcharías tan lejos... ¿Es por eso que no pareces dichosa?

—Padre... es tal y como piensas. Estoy segura de que el señor McKinley será un esposo amable y atento y cuidará de mí y yo de él, pero... os voy a echar mucho de menos. —Rose se acurrucó entre los brazos de su padre, que se habían abierto para abrazarla.

—Será interesante conocer al caballero que me robará a mi hija, a mi compañera de fatigas entre los más desamparados.

—Oh, padre... —sollozó.

—Shhh... debes buscar tu felicidad, pero... —le levantó la barbilla para poder mirarla a los ojos—, recuerda, Rose, que si alguna vez nos necesitas, aquí estará tu familia, que te recibirá con los brazos abiertos siempre, pase lo que pase.

Esa misma tarde, Rose, acompañada de Percival, caminó hasta el hotel donde se alojaba el americano. No necesitaron preguntar por él, lo vieron en cuanto entraron, sentado en una butaca con un periódico en la mano al que le no prestaba atención.

Se levantó al percatarse de que Rose llegaba junto a su hermano, y se dispuso a recibirlos con la más cálida y sincera de sus sonrisas.

Rose le presentó a Percival y denegó la invitación de McKinley de tomar un té. Se sentía nerviosa, azorada, al estar con él junto a su hermano pequeño. Mañana sería mucho peor, ya que tendría que fingir delante de sus padres. Le contó el motivo de su visita y, tras intercambiar algunas frases, se despidieron.

Ewan le aseguró que sería puntual y los vio partir. Después, él mismo salió del edificio para ultimar unos documentos con su abogado, que tenían que ver con la herencia y con Rose.

Las emociones aún no se habían acabado para la muchacha. Llegó la noche y Myrtle la esperaba en la alcoba que compartían, sin rastro

de sueño y con un montón de preguntas por contestar.

—Cuéntamelo todo, Rose —le pidió, tumbándose en la cama boca abajo, apoyando los codos sobre el colchón y sosteniendo la cara entre sus manos, mientras su hermana se cepillaba su precioso cabello oscuro.

—Myrtle, estoy cansada.

—No me mientas, ¿qué ocurre? Por mucha pena que te dé marcharte lejos, no pareces demasiado ilusionada con la boda, en el fondo. A mí no puedes engañarme.

—Myrtle, yo... Perdóname —le suplicó, dejando el cepillo sobre el tocador y dándose la vuelta para mirarla—. Siempre he sido un lastre para ti, y ahora voy a abandonarte...

—¿De qué hablas, Rose Archer? —inquirió, seria, Myrtle, cambiado su postura para sentarse frente a ella, con los pies fuera de la cama.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que si no hubieras querido estar junto a mí y hacerme compañía, hace tiempo que habrías encontrado a un buen hombre con el que comprometerte y tener tu propia familia? Mis circunstancias me hicieron una solterona y tú me acompañaste en esta situación. Ahora yo te lo pago de esta forma, dejándote sola. Soy la peor hermana que nadie pudiera tener.

—Eres la más tonta, sin duda, si piensas esa sarta de estupideces. Si no me he casado, querida Rose, no ha sido porque dedicara mi vida a tu persona. No me he casado porque no ha habido nadie que me haya inspirado el deseo, la pasión y la necesidad de compartir mi vida con él. Si no amo y soy amada con locura, no me casaré jamás. Y eso es lo que yo quiero para ti, alguien al que ames apasionadamente y que te corresponda por igual. ¿Es así, Rose? ¿Es el señor McKinley esa persona?

La joven se quedó unos instantes meditando las palabras de su hermana. ¿Qué hacer, qué podría decirle? Ella hubiera preferido que Myrtle pensara que era un matrimonio normal, el fruto del amor entre dos personas y no un trato eventual. Pero no podía engañarla. Myrtle la conocía tan bien como ella misma.

—¿Recuerdas a... Charles Wesley?

—Ese... —Myrtle reprimió un insulto—. Sí, lo recuerdo muy bien.

—Me lo encontré en Brighton, se hospedaba en casa de lady

Sibylle.

—¿Bajo tu mismo techo? Oh, Rose...

—Me dijo que, si no me casaba con él, le diría a todo el mundo lo que sucedió... hace nueve años.

—Ese hombre es un infame, un malnacido, un...

—Le propuse matrimonio al norteamericano.

—Que tú... ¿qué?

—Me había pedido casamiento antes y le había dicho que no, así que hicimos un trato...

—Rose, no sé qué estás diciendo...

—Myrtle, él se casa conmigo porque necesita una esposa inglesa para heredar a su abuelo, y yo lo necesito para huir de Wesley.

La muchacha la miró fijamente unos segundos mientras intentaba asumir todo lo que Rose le había contado. Saltó de la cama y comenzó a dar vueltas, descalza, por la habitación, pensativa.

—Es un trato, desde luego. Y... ¿qué harás, Rose? ¿Qué harás cuando él, bueno, ya sabes... en la noche de boda...?

—No haremos nada, porque eso forma parte del trato. No conviviremos como un esposo y una esposa, no habrá vida marital.

—Y él... ¿está dispuesto? ¿Cómo sabes que no intentará...?

—Me ha dado su palabra y cumplirá. No tengo dudas de que es un caballero. Además, solo tendremos que estar casados seis meses, después podremos solicitar la separación... o el divorcio.

—Rose..., eso es terrible.

—Lo es, pondré en peligro la salvación de mi alma, pero... lo prefiero a compartir toda mi vida con Charles Wesley. Dedicaré el resto de mis días a ganarme el perdón por mis múltiples pecados. Y... no te preocupes, no os comprometeré. No creo que regrese a Londres, Myrtle. Pensaré bien adónde ir, a algún lugar donde no pueda avergonzaros.

—No, ni hablar. Cuando todo eso suceda vendrás a casa. No te dejaremos sola. A Ivy no le importará, ni a mí; y papá y mamá lo acabarán aceptando.

—¿Y qué dirá tía Henrietta?

—Le dará uno o dos soponcios, y en cuanto vea que su sobrina favorita vuelve a estar disponible para ella, lo aceptará encantada.

—¡Myrtle! Casi haces que desee quedarme en América...

Las dos rieron, pese a la situación, y se abrazaron. Rose sintió que se libraba de un peso enorme al desahogarse con su hermana y que gran parte de la angustia y la mala conciencia que sentía desde que había llegado a Londres se hacía más liviana.

Capítulo 13

Al día siguiente, Ewan McKinley se presentó puntualmente a la cita. Rose estaba hecha un manojo de nervios. Le abrió la puerta, lo saludó, lo hizo pasar y se lo presentó a su madre y a su hermana Myrtle. A Ivy, que vivía en el condado de Rothesay, en Escocia, tendría que conocerla en otra ocasión, así como a sus hermanos Bellamy y Jake. En el salón se encontraban Henrietta y Percival, a los que ya conocía y saludó con educación.

Jacob Archer se encontraba en la iglesia, que distaba poco de donde ellos vivían. Le había pedido a Rose que lo guiara hasta allí, puesto que tenía intención de hablar con el caballero a solas. Esto era lo que ponía nerviosa a la muchacha, quien se lo comentaba al joven en el camino hacia la parroquia.

Ewan, desde su altura, podía contemplar el perfil de ella, mientras caminaban. Rose llevaba su brillante y oscuro cabello negro recogido en un sencillo moño bajo, sin adorno de sombrero o pañuelo. Sus preciosos ojos oscuros lucían una expresión preocupada que intensificaba la expresión de sus perfectamente delineadas cejas, que parecían haber sido dibujadas con un pincel. Miraba embelesado sus ojos y su boca, de labios carnosos y suaves. Sintió el impulso de besarla, pero de inmediato se reprendió. No era parte del trato. Iba a casarse con ella, pero se había comprometido a no traspasar unos

límites… a menos que la joven lo quisiera.

Se obligó a despejar su cabeza de deseos inapropiados, justo cuando iba a hablar con el padre de su prometida, en la iglesia donde oficiaba, además.

Enseguida llegaron hasta una parcela, presidida por una iglesia, a la que se accedía, tras traspasar una verja, por un angosto camino de piedra. El edificio estaba rodeado de una pequeña extensión de césped, salpicado de hermosas flores y bellos rosales, resultado de la diestra mano del reverendo como jardinero. Al fondo, tras la iglesia, algunas cruces que se erigían sobre el suelo constataban la presencia de un antiguo y minúsculo cementerio.

Rose abrió la cancela y entraron. En el templo, Jacob los esperaba junto al altar, vistiendo sus ropas de diario. Se saludaron cortésmente y Rose se despidió. Volvería a casa y los esperaría. Sabía que su padre quería hablar con él a solas.

Un buen rato después, llamaron a la puerta y los encontró frente a ella con expresión tranquila y relajada. Los miró alternativamente intentando detectar cualquier contrariedad, pero todo parecía haber ido bien.

Durante la merienda, hablaron en especial de la vida del norteamericano en Boston, de sus negocios y de donde vivirían. McKinley se explicaba con educación y tacto, pero con soltura, como si se encontrara realmente cómodo.

Charlaron hasta que el caballero consideró que su presencia había sido suficiente. Todos parecieron apenados por su marcha. Prometió regresar al día siguiente para salir a pasear con Rose, si no tenía inconveniente el reverendo, y este concedió encantado.

Cuando se marchó, Rose se quedó gratamente sorprendida de lo mucho que les había gustado a todos. Incluyendo a su padre, quien regresó de la parroquia relajado y contento, y a su madre, que la felicitó porque, al parecer, el americano daba muestras de ser un hombre atento y fiable.

Ella, por su parte, no sabía qué encontraría cuando llegara a Boston. En realidad, habían hablado tan poco que desconocía casi todo sobre él. De lo que sí estaba segura era de que lo poco que conocía le gustaba, y de que ella no se mostraría tan dicharachera y relajada ante sus amistades como él había aparentado estar en su casa,

sino envarada y tiesa como el palo de una escoba.

Rose y Myrtle recogieron la vajilla y la fregaron en la cocina. Eleanor entraba y salía, y en cuanto se encontraron a solas, Myrtle no perdió la ocasión de comentarle su opinión acerca del caballero.

—Es terriblemente alto, Rose, y… muy atractivo. Creo que has hecho un trato muy ventajoso —le dijo irónica.

Rose se llevó un dedo a los labios pidiendo su silencio.

—Mamá no va a enterarse, está riñendo a Percival… ¿En qué lío se habrá metido ahora? Pero dime, Rose…, ¿no te gusta un poquito?

—¿Y qué pasaría si me gustara? Eso no cambia las cosas.

—Bueno, si te gustara y le gustases, quizá podríais llegar a enamoraros y no tendríais que romper un vínculo sellado ante los ojos de Dios.

—No me martirices, Myrtle. Sé que lo que voy a hacer es un pecado, otro más. Pero mi penitencia será una vida casta y pura, cuando todo finalice.

—Uf… —bufó—. Si fuera tú, intentaría cambiar eso.

—No te entiendo.

—Pues que, si te gustara, deberías intentar enamorarlo para que fuerais un matrimonio de hecho, ya sabes… en la salud y en la enfermedad, en las alegrías y en las penas… y en la cama, hasta que la muerte os separe.

—¡Myrtle! ¡No blasfemes, por Dios!

—¿Acaso no te gusta? Dime que no te gusta… ni siquiera un poquito.

—No soy ciega, ni sorda… ¡Claro que me gusta! Su apariencia, su voz, su olor y hasta su forma de expresarse y de resolver las cosas —reconoció, dejando el plato que acababa de secar sobre la pila, con los restantes—. Pero él no tiene intención de que este matrimonio perdure.

—¿De veras? Yo creo que te mira con mucha ternura y consideración.

—Eso no es estar enamorado, porque no lo está.

—Pero lo estará, Rose, si llega a conocerte, si te muestras tal y como eres.

—Eso es muy bonito, Myrtle, pero ¿qué pasará cuando… si alguna vez estamos juntos… descubra que…? ¡Me moriré de vergüenza!

—Tendrás que decírselo antes.

—¡No! Me despreciará...

—No lo hará si le explicas cómo pasó. Quizá entienda... De todas formas, no tendrías nada que perder...

—Yo... no quiero volver a enamorarme, Myrtle. Eso que tú tanto idealizas no es más que un sufrimiento constante. Estar permanentemente en vilo por lo que él piense o diga, o por lo que hagas tú, por si pudieras molestarlo o desagradarlo de alguna forma...

—Yo no creo que eso sea amor, Rose. ¿Sabes? Creo que nuestra hermana pequeña nos podría dar lecciones a nosotras, sus sabihondas hermanas mayores.

Rose sonrió.

—Voy a echaros mucho de menos, así que no me importará, en absoluto, regresar.

—Prométeme una cosa —le pidió Myrtle, colocándose un mechón de su rubio cabello detrás de la oreja y tomándola de las manos—. Dejarás a la Rose estricta, severa y, la mayor parte de las veces, demasiado sensata en Londres y te permitirás divertirte y hacer locuras de vez en cuando. Vas a conocer sitios increíbles, ¡disfrútalo!

—¡Está bien! Te prometo lo que quieras para que te calles, antes de que mamá se entere de esos consejos tan poco apropiados que me estás dando. Me pregunto a dónde ha ido la prudente y dulce Myrtle —la interpeló tapándole la boca con la mano, mientras Myrtle reía de buena gana.

Rose y Ewan salieron a pasear por la tarde, al día siguiente.

La joven estaba ansiosa por saber de qué habían hablado su padre y él. El norteamericano le contó que su padre le pareció un hombre recto, sencillo y lleno de amor por sus hijos, y que le hizo un exhaustivo interrogatorio acerca de sus intenciones con ella. Ante la mirada interrogante de Rose, él le dijo que no tuvo más que exponerle la verdad.

—¿La verdad? —preguntó sorprendida y atemorizada.

—Así es. Que deseo hacerla mi esposa porque estoy convencido de que es la mujer con la que pasaré el resto de mi vida en feliz

compañía.

—Oh, eso es... cruel. No debería mentir... de manera tan descarada.

—¿Quién dice que sea una mentira?

—¿No recuerda nuestro acuerdo?

—A cada instante.

—Entonces, no tiene sentido que diga que seremos felices para siempre...

—Déjeme soñar, Rose...

Ella detuvo su marcha y se quedó mirándolo, sin saber qué podría contestarle. Si le contaba su terrible verdad, por qué en el fondo se casaba con él, la despreciaría y la boda no se llevaría a cabo. Perderían los dos. Ignoró deliberadamente una respuesta y continuó caminando.

—Señorita Archer —contrariado por su silencio, cambió el tema de conversación—, le pedí a su padre que pudiéramos fijar una fecha antes de acabar el mes y me dio su permiso, siempre que usted estuviera de acuerdo. Sé que todo será muy precipitado, pero...

—Lo entiendo. Yo también quiero acabar con esto cuanto antes. Escribiré a mis hermanos, pero dudo que puedan estar antes de dos semanas. ¿Le parece bien... el 20 de agosto?

—Sí, está bien. Le pediré a mis abogados que agilicen todo lo relativo a la herencia para esa fecha y que acaben de preparar un documento que quiero que firme.

—¿De qué se trata?

—Es un compromiso, por mi parte, para que, en caso de divorcio, reciba una compensación mediante un inmueble de su elección y una renta anual... en tanto no vuelva a contraer matrimonio.

—Tendrá que pagarla durante muchos años, señor McKinley.

«Ojalá no tuviera que hacerlo», pensó él.

—No cambiaré un ápice del trato.

La joven asintió sin convicción. El norteamericano resopló. Rose Archer iba a ser un hueso duro de roer.

Continuaron con la costumbre de sus paseos por las tardes. Por las mañanas, Rose escribió a sus hermanos, y, con la ayuda de Myrtle, su madre y su tía, cosían su traje de novia y el vestuario de todos para la celebración, y ultimaban los detalles.

Encontró tiempo, además, para despedirse de sus amigos de los barrios obreros, quienes se apenaron por su marcha y le desearon toda clase de parabienes.

Ewan, por su parte, reclamó a la señora Oliphant, quien se empeñó en acompañarlo a comprar su ajuar de casado. La dama se encargó, además, de encontrar en tan corto espacio de tiempo un lujoso hotel que se encargaría del almuerzo tras la ceremonia y donde pasarían la primera noche de casados, y que sería su regalo de bodas para la pareja.

Una de las mañanas que Ewan pudo escapar de la atención de lady Sibylle, y Rose, de su familia, la llevó hasta el despacho de abogados, donde, ante testigos del propio bufete, sorprendidos por lo novedoso del contrato y lo poco ventajoso para el caballero, Rose firmó el documento que la convertiría en una opulenta divorciada, en el caso de que tal situación llegara a producirse.

Algunos días antes de la boda, Ivy y Jake confirmaron su asistencia. Bellamy, posiblemente, aún no habría recibido la carta y no llegaría a tiempo.

Capítulo 14

El 20 de agosto, un nervioso Ewan McKinley, señor de Varrich desde el preciso momento en que Rose pronunciara el «sí, quiero», la esperaba ante el altar de la pequeña iglesia en la que Jacob Archer era párroco. Vestido con una elegante levita azul marino, un chaleco y corbata plateados a juego, sobre una camisa blanca y pantalones en un ligero tono beige, la vio entrar de la mano de su hermano Jake, tan rubio como ella era morena, y le pareció la mujer más preciosa sobre la Tierra.

Lucía un sencillo vestido blanco y un velo corto casi transparente que permitía ver sus hermosas facciones, pero no sus ojos, ya que Rose apenas levantó la mirada del suelo durante todo el tiempo que duraron los esponsales. Al acabar, el propio señor Archer, que había oficiado la ceremonia, tras intercambiarse los anillos y las promesas, anunció:

—Puedes besar a la novia.

El tiempo se ralentizó, entonces, mientras Ewan, tan nervioso como no recordaba nunca haber estado, levantó el velo a su ya esposa y, acercando su rostro al de ella, la besó dulcemente en los labios. Y, para más regocijo, la joven no lo rechazó, todo lo contrario. El beso continuó hasta que se escucharon toses, carraspeos y risas por lo prolongado de su duración.

Tras la boda se desplazaron hasta el espléndido comedor del hotel, donde la familia y amigos tendrían la oportunidad de almorzar, charlar y reencontrarse con otros miembros después de mucho tiempo.

Ivy y su esposo Arthur pudieron llegar a tiempo desde Rothesay con su familia; y sus hijas, Lily y Emma, fueron las más agasajadas y consentidas. Las tres hermanas pasaron horas charlando juntas, como no ocurría desde hacía mucho.

Ewan parecía alegre y feliz como un verdadero recién casado; y a Rose, contemplarlo le llenaba el corazón de ternura y de una extraña desazón por lo que podría haber sido si sus circunstancias hubieran sido distintas. Sin embargo, no lo eran, y nunca lo serían.

Al anochecer, los invitados comenzaron a despedirse.

Henrietta y Sibylle se acercaron para saludarlos antes de marcharse juntas a casa de la primera, donde la señora Oliphant se alojaba. Aprovechando un momento en que Henrietta hablaba con otros invitados, Sibylle se acercó a la pareja y les recordó, mirándolos a ambos:

—Acuérdate, querida Rose, de lo que hablamos en Brighton. Estaré encantada de amadrinar a uno de vuestros retoños y no tendré inconveniente alguno en viajar hasta Boston, pero deberéis daros un poco de prisa, porque me estoy haciendo cada vez más vieja.

—Mi querida señora, está usted en la flor de la vida.

—No me lisonjees, Ewan McKinley, y dedica esas zalamerías a tu esposa.

Rose notaba las mejillas ardiendo, y a Ewan, algo azorado. Cuando lo miraba recordaba el dulce beso al finalizar la boda y suspiraba sin remedio.

Ellos pasarían su primera noche de casados en la *suite* del hotel y se marcharían por la mañana, rumbo a Escocia. Prometieron pasar por casa de los Archer para recoger sus baúles y despedirse de la familia.

Ivy le contó que ellos no los acompañarían, ya que aprovecharían su estancia para que las niñas pudieran pasar unos días con sus abuelos y tíos, y, además, les dejarían intimidad a los enamorados, explicó con una sonrisa pícara.

Rose le respondió con otra amplia sonrisa y miró de reojo a Myrtle, quien opinó que era una muy buena decisión.

Cuando todos se marcharon, los recién casados subieron a la *suite*

nupcial que estaba dividida en tres cámaras: una habitación para la dama, otra para el caballero y la central ejercía de salita que comunicaba a las otras dos. Entraron en esta y, tras un incómodo silencio, decidieron marcharse a dormir, cada uno a su alcoba.

Cuando Rose se encontró sola en la preciosa habitación de muebles color caoba y paredes de papel pintado con flores en tono malva, se dio cuenta de que ella sola no podría deshacerse del vestido. Myrtle había prometido quedarse a ayudarla y se había marchado muy ufana, con el bebé de Ivy en los brazos, sin acordarse de su ofrecimiento. Pensó en correr tras ella, pero de ningún modo le daría alcance. Lord Rothesay, su cuñado, había dispuesto carruajes para todos.

«¿Sería muy incómodo si trato de dormir con él?», se cuestionó, comprobando como la habitación le daba vueltas. «No tendría que haber probado el champán». Tal vez su olvidadiza hermana regresaría por la mañana...

Afligida y acalorada por el efecto del champán y por la necesidad de desembarazarse de tantas capas de ropa, comenzó por quitarse los zapatos y después, tras mucho batallar, consiguió subirse el vestido y soltar los lazos que sujetaban el armazón de la crinolina, hasta que pudo desprenderse de ella y dejarla a un lado. A continuación, se deshizo de las medias y fue, pacientemente, quitándose las horquillas del cabello hasta que estuvo suelto por completo. Por más que intentó llegar hasta los botones de la espalda, le resultó imposible. Decidió que llamaría al servicio de habitaciones y pediría la ayuda de alguna camarera.

Oyó un ruido en la salita. Miró por la rendija de la puerta que no estaba del todo cerrada y vio a McKinley sirviéndose un vaso de licor. Él también la debió de oír porque preguntó:

—¿Aún está despierta?

Rose se dijo que no tenía sentido disimular. Abrió la puerta y se asomó a la salita.

Ewan la miró de arriba abajo. Estaba encantadora, con las mejillas arreboladas, el pelo suelto y despeinado, descalza... y con el vestido de boda todavía puesto.

—¿Le apetece? —dijo mostrándole la botella con un brillante líquido rojo oscuro—. Es un jerez español muy bueno.

—Ya he bebido champán...

—Entonces no es alérgica al alcohol, tenga... Le sentará bien, dormirá como un bebé.

Rose tomó la copa y dio un sorbo. Tenía un sabor dulce y afrutado que le hizo lamerse los labios, y a Ewan, que la observaba, absorto, tragar saliva. «Mi castillo por un beso de esos labios», pensó.

Después del tercer sorbo, se le ocurrió una idea con la que se acabarían sus problemas con el vestido, que ya empezaba a incomodarla y acalorarla en demasía.

—Señor McKinley, mi hermana Myrtle siempre ha tenido una gran memoria... hasta hoy, parece ser. No sé qué pensar... Me prometió que se quedaría y me ayudaría a quitarme el vestido, pero se ha marchado.

—Probablemente no querría molestar... —sugirió el caballero.

—¿Por qué iba a molestar? Me pregunto si... no le importaría quitarme estos botones. —El americano volvió a tragar saliva—. Si no lo desea, no se preocupe, puedo pedir ayuda al servicio de habitaciones.

—No, yo lo haré, por supuesto. Sería un tanto extraño que unos recién casados no se socorrieran en esta situación.

Rose se rio ante la respuesta del hombre.

—Somos unos recién casados extraños, en realidad —le dijo, dándose la vuelta para que él se enfrentara a los botones con facilidad. Se recogió el pelo que llevaba largo hasta la cintura y lo echó hacia delante. El contempló su espalda abotonada, la estrechez de su cintura y la insinuante silueta de sus caderas que lucía libre del molesto armazón.

Los dedos le temblaban cuando intentó desabotonar el primero de una larga hilera de botones que recorrían su provocativa espalda desde la nuca hasta donde el firme trasero comenzaba a tomar forma. Eso iba a costarle horrores.

«Piensa en algo helado, bloques de hielo, la lluvia en invierno...», se aconsejó cuando reconoció que se sentía arder ante la proximidad de ella, de su cuerpo, de su olor, de su cabello.

—Ha sido una ceremonia encantadora y he disfrutado charlando con la familia Archer durante la celebración posterior —comentó, intentando que la conversación lo ayudara a deshacerse de pensamientos sensuales que no desaparecían ni al invocar los hielos

polares y que amenazaban con provocarle un incendio conforme la iba desabotonando y su espalda desnuda quedaba a la vista y al alcance de sus dedos.

La muchacha suspiró y, de manera inconsciente, dio un paso atrás, pegándose a él.

—Nunca podría haber imaginado una boda más bonita —dijo.

Ewan contenía la respiración, el calor del cuerpo femenino junto al suyo lo turbaba poderosamente. Debería alejarse, una o dos millas quizá, pero la sensación de sentirse pegado a ella lo hechizaba y era incapaz de moverse. Ni de mover sus torpes dedos. Desabotonar la espalda por completo le iba a llevar una eternidad a ese ritmo y, para entonces, él ya se habría cocido en su propio jugo.

—Me alegro de que pienses así, Rose. —Tutearla lo hizo feliz.

La joven volvió la cabeza y lo miró con una expresión deliciosa y una ligera sonrisa. Parecía que, al fin, le daba su consentimiento para dejar de lado ciertas formalidades.

—Puedes llamarme Ewan. Al fin y al cabo, estamos casados —continuó él.

—Ewan… —susurró ella, con un matiz sensual e incitante en su voz, mirándolo fijo con sus profundos ojos negros.

McKinley rodeó su cintura y, acercando su rostro al de ella, la besó suavemente. Al principio, ella se dejó hacer, pero, al poco, comenzó a participar. Se dio la vuelta para situarse frente a él y, sin dejar de besarlo, le rodeó el cuello con sus brazos, en un beso que se fue intensificando, y en el que, poco a poco, las lenguas iniciaron una suave y cadenciosa exploración.

Él acarició su espalda, a medio desabrochar, y con lentitud subió una de sus manos hasta sumergirla en su cabello, la apretó contra su cuerpo y la sintió jadear con dulzura contra su boca. Rose lo estaba volviendo loco.

McKinley le mordió con suavidad el labio inferior y siguió explorando con sus labios la curva de su mandíbula, la delicadeza de su cuello, para dibujar con su lengua la forma de su clavícula. La mano que acariciaba su cintura se deslizó mimosa por su vientre y subió hasta la curva de sus senos. Ewan sintió la dureza de un pezón contra la tela y la necesidad de lamerlo. Lo acarició y, con delicadeza, intentó bajar la tela del escote…

—¡No! —gimió Rose, apartándose, mordiéndose los labios mientras con los brazos cruzados protegía sus pechos.

—Rose… —suplicó Ewan, sin entender.

—Esto no tenía que pasar…

—Pero, Rose…, ¿por qué no?

—Porque hicimos un trato, ¿lo recuerdas? Yo no debo, no puedo…

—¿Por qué, Rose? Si ambos lo deseamos…

La joven lo miró con lágrimas en los ojos. Indecisa, sin saber qué podía contestar para que él no la considerara… «¿mercancía de segunda mano?», tal y como la había llamado Wesley. Estaba convencida de que, si le contaba la verdad, la despreciaría, y no podría mantener la mentira de su matrimonio durante seis meses con un hombre que no la respetase y la odiara. Así que calló y musitó un «lo siento» casi imperceptible, antes de marcharse corriendo a su habitación y cerrar de un portazo.

¿Qué le había pasado? Casi había estropeado todo al dejarse llevar por lo que su cuerpo le pedía. ¿Cómo pudo ser tan inconsciente? ¿Tan estúpida?

Si Ewan fuera su esposo de verdad… si todo no fuera una gran mentira orquestada para conveniencia de cada uno… Si él hubiera sido el primer hombre de su vida…

Se arrojó sobre la cama para llorar en silencio un río de lágrimas de arrepentimiento y pena.

Si había llevado durante nueve años su condena con resignación, estos iban a ser los seis meses más duros de su vida.

Ella prometió no volver a amar a un hombre. Y acababa de descubrir que, probablemente, no podría evitar romper su promesa.

Capítulo 15

Ninguno habló demasiado a la mañana siguiente. Ella desayunó en su habitación, mientras Ewan lo hizo en la salita. Cuando terminó y estuvo lista, avergonzada aún por lo sucedido la noche anterior, se reunió con él, quien la aguardaba preparado, y bajaron al *hall* del hotel. Fuera, un carruaje los esperaba a la entrada.

Estuvieron apenas unos minutos en la casa Archer para despedirse de la familia. Los besos y abrazos le supieron a poco a Rose, quien se marchaba con el corazón encogido al encuentro de un destino incierto. El pensar que dentro de unos pocos meses tal vez volvería a verlos no la consoló. Le llenó el corazón de amargura, por lo que significaría.

Una vez que decidieron ponerse en camino, entraron en el vehículo y, asomada a la ventana del carruaje, se despidió de ellos por última vez. Eleanor y Myrtle no pudieron contener las lágrimas, y ella les aseguró que les escribiría y que pronto volverían a visitarlos. Ewan, sentado frente a la joven, tranquilizó a su familia prometiéndoles que cuidaría de ella.

Cuando el carruaje giró en una esquina y su familia desapareció de la vista, Rose se apartó de la ventana y mantuvo la mirada en su regazo, para ocultar unos ojos arrasados en lágrimas. Había aguantado hasta que ellos no pudieron verla, pero, finalmente, la tristeza de la separación la embargó. Buscó un pañuelo en su bolso, para intentar

recomponerse. Ewan le dio el suyo.

Musitó un «gracias» y no levantó la cabeza para mirarlo. Antes de secarse las lágrimas, se llevó el pañuelo a la nariz y aspiró el delicioso perfume que lo impregnaba, el olor de Ewan, tan masculino y sensual.

—Me apena lo que estás sufriendo, Rose. Pero les escribirás y volverás a verlos y, mientras tanto, yo... cuidaré de ti. Podrás contar conmigo... siempre.

Su esposa levantó la cabeza y le sonrió, agradecida. Contempló su rostro cansado y las profundas ojeras que lucía. Tampoco había sido una buena noche para él. Con cierto reparo, quiso justificarse.

—Lo siento... Ewan. No debí dejar que pasara nada anoche.

—Tú no tienes la culpa. Si te hace sentir mejor... fingiremos que no ocurrió...

Rose asintió. Y dirigió su vista a la ventanilla, simulando que el paisaje londinense ocupaba su atención. «Fingir, siempre fingir... Llevas nueve años fingiendo. ¿Hasta cuándo, Rose Archer?», se dijo, «¿cuándo serás capaz de enfrentarte a la verdad y asumir sus consecuencias?».

El carruaje los llevó a la estación de London Bridge, desde donde viajarían en ferrocarril hasta Glasgow con una única parada de media hora para estirar las piernas en Birmingham.

Numerosos hombres de negocios subían, en esos momentos, a los vagones de la compañía London and North Western Railway, que prometía una llegada impecable a su destino en tan solo doce horas.

Un mozo los ayudó con las maletas, se acomodaron en el vagón, y, al poco, escucharon los tres silbidos de la locomotora que anunciaban la partida. Lentamente, la enorme mole metálica comenzó a andar y —con un crujido de engranajes, chirridos y resoplidos— fue tomando velocidad hasta que, en unos minutos, consiguieron dejar el bullicioso Londres atrás.

Poco a poco, el silencio y la frialdad entre los dos fue resquebrajándose gracias, sobre todo, a los intentos de Ewan por distraerla y darle conversación.

McKinley no conocía apenas Inglaterra, pero ya había hecho el mismo recorrido en otra ocasión, así que le fue contando sus impresiones de entonces, junto con anécdotas vividas en su país, retazos de una vida antes de que Rose lo conociera, que le interesaron

sobremanera.

Durante las horas que pasaron juntos, el flamante *laird* le contó sus impresiones sobre las islas, las diferencias y semejanzas con su hogar, al que echaba de menos. Poco a poco la conversación fue versando sobre temas más íntimos: sobre la familia de él, la enfermedad de su padre, que se lo había arrebatado siendo un niño; la lucha de su madre por sobrevivir, quien nunca volvió a casarse y lo siguió queriendo hasta que falleció, hacía unos años. Le habló de la inestimable ayuda de su tía materna y de lo duro que había trabajado, mientras estudiaba, empleándose en mil y un oficios en el puerto, que luego le ayudaron a entender mejor su profesión.

Hablaron de la familia Archer, de las hijas con nombre de plantas —Rose, Ivy, «hiedra», y Myrtle, «arbusto»—, elegidos a capricho de su padre, cuya afición principal era la jardinería. Del hermano ausente en la boda, Bellamy, militar al servicio de la Corona. De Jake, que quería oficiarse como pastor metodista, y del pequeño Percival, que ya no era tan niño y al que habían decidido enviar a un colegio de unos conocidos de su padre en Irlanda, para que pudiera concluir sus estudios.

Cuando llegaron a Glasgow ya había anochecido. McKinley alquiló un servicio de consigna en la estación, para dejar el equipaje y, cargando con lo imprescindible para pasar la noche, tomaron un carruaje hasta el hotel más próximo.

Durmieron en habitaciones separadas, aunque contiguas. Al día siguiente, volvieron a levantarse temprano para tomar el vagón que los llevaría de Glasgow a Glencoe. McKinley se fijó en que Rose lucía blusas y vestidos abotonados por delante que no necesitarían de su ayuda. Lamentablemente.

El ferrocarril escocés era un modelo mucho más antiguo y pesado, que tardaba en recorrer casi el doble de tiempo la misma distancia. En Glencoe tuvieron que hacer un trasbordo para tomar el tren que los llevaría a Inverness. Aún les quedaba un largo trecho hasta Varrich, que estaba situado al noroeste de Escocia, en uno de los puntos más al norte del país, en lo más profundo de las Highlands.

Antes de llegar a Inverness, la locomotora sufrió una avería y tuvieron que parar hasta que el problema estuvo solucionado. Los pasajeros aprovecharon para bajar, estirar las piernas y, sobre todo,

para maravillarse del sorprendente y hermoso paisaje natural que se desplegaba ante ellos en todas direcciones.

Una vez que la locomotora estuvo arreglada, el silbato avisó a los pasajeros y pronto se pusieron en marcha. Cuando llegaron a Inverness, el siguiente ferrocarril que debían tomar había partido y ya no habría otro que los acercara a su destino, ni remotamente, hasta dentro de tres días.

Se resignaron y buscaron alojamiento en un albergue que había vivido tiempos mejores, pero que al menos estaba limpio y servían una comida decente. En esos días aprovecharon para comprar algunos enseres que Ewan consideró necesarios para el castillo, y dispuso su envío para que llegaran lo antes posible.

Inverness era una bonita ciudad y, probablemente, la más concurrida antes de llegar a Tongue, el pueblo donde se encontraban las tierras de Varrich. Los tres días de espera pasaron rápido, entre paseos, compras y charlas en las que Rose y Ewan se conocían y aprendían cada día más del carácter, la personalidad y los pensamientos de cada uno.

Al tercer día volvieron a tomar el tren, que esta vez los llevaría hasta Helmsdale. A partir de ahí, en plena Tierra Alta escocesa, se acababan las estaciones de ferrocarril y tendrían que alquilar algún vehículo para llegar a su destino, uno de los pueblos más septentrionales de Escocia.

Pasaron la noche en la ciudad, y al día siguiente, a la amanecida, iniciaron el camino hacia Tongue con un guía y una carreta alquilada. Pararon para almorzar y estirar un poco los entumecidos músculos, y se pusieron enseguida en marcha, para intentar llegar antes del anochecer.

Rose contemplaba maravillada el increíble y agreste paisaje que se abría exuberante ante sus ojos. Subieron colinas, bajaron valles, cruzaron puentes y dejaron a la Ben Hope y a la Ben More, dos de las montañas más altas de Escocia, a su izquierda.

De vez en cuando distinguían la silueta de un ciervo o un cervatillo a lo lejos. Al oír el ruido de la carreta, el animal levantaba la cabeza y los contemplaba con curiosidad, para después perderse entre la densa arboleda. Zonas agrestes, rocosas, desérticas se mezclaban con los prados de ondulante hierba movida por el viento y con los

densos bosques de pinos, álamos y abedules. Sobre el despejado cielo de un azul intenso, las aves volaban y las águilas ejercían su supremacía.

Ewan le ofreció una manta y Rose se arrebujó en ella, la temperatura en aquellas hermosas tierras inhóspitas descendía notablemente.

Quedaba apenas una hora de luz cuando el guía dejó a un lado el pueblo de Tongue e inició el ascenso por un rústico camino. Conforme iban ascendiendo, la silueta del castillo de Varrich comenzó a definirse. No era como Rose lo había imaginado, no tenía la lujosa ornamentación exterior de los castillos de cuento del sur de Inglaterra, con sus balcones y ventanales característicos, aquello era… una fortaleza.

Enclavado en lo alto de la montaña desde hacía más de mil años y construido en piedra, Varrich ofrecía un aspecto imponente. Unas murallas derruidas delimitaban el terreno, estableciendo una especie de cerco alrededor del edificio.

El sol, que ya comenzaba su descenso, no permitía vislumbrar detalles de la fachada del castillo, pero Rose solo acertó a ver grandes puertas construidas a ras del suelo y estrechas ventanas en la pared.

Ante la extrañeza de la joven, Ewan le explicó que aquella no era la entrada principal, sino los establos, y que para acceder al interior tendrían que dar la vuelta al edificio. Lentamente, los cansados animales que tiraban del carro viraron en torno a la fortificación, y fue entonces cuando Rose se dio de bruces con el paisaje más hermoso que jamás hubieran contemplado sus ojos. El castillo se situaba justo encima de un acantilado desde el que se podía apreciar un lago espléndido, rodeado de montañas cubiertas por una densa vegetación y bosques milenarios. A lo lejos, un cielo de suave color violeta se fundía con el intenso e infinito azul del mar del Norte.

Varios sirvientes salieron del castillo, encantados de que el señor hubiera llegado, pero ellos, ensimismados en el paisaje que tenían al frente, no repararon en su presencia.

Rose miraba extasiada aquel edén de la naturaleza, con sus pupilas llenas de mar y cielo, sin sentir la brisa que jugaba con su pelo ni la mirada fascinada de Ewan posada sobre ella, absorto en su imagen, en sus ojos brillantes y emocionados.

Aquel viaje juntos los había unido, y ese rincón del paraíso había sido su excusa.

Capítulo 16

A su llegada al castillo hacía algunos meses atrás, tras la lectura del testamento de su abuelo, McKinley lo había encontrado en un estado deplorable. Había buscado los rincones y las dependencias que su padre le había descrito tantas veces cuando era un niño y apenas los había reconocido, tal era el estado ruinoso en que el anciano *laird* había ido dejando la fortaleza.

En aquel entonces, no sabía si acabaría recibiendo la herencia, o si le apetecería conseguirla siquiera, ya que dependía del hecho de encontrar una esposa inglesa, pero le incomodó marcharse sin intentar poner orden y arreglar lo más importante y necesario para una futura estancia en el castillo.

Buscó trabajadores entre los vecinos del cercano pueblo de Tongue, de apenas unos centenares de habitantes, pero no consiguió atraer su interés, pese a que no había mucho empleo por la zona. A la mala fama del difunto anciano, que Ewan al ser su nieto heredaba, se le unían los rumores supersticiosos de que su malvado fantasma debía de estar vagando ya por el castillo.

McKinley tardó un tiempo en convencerlos de que nada de eso era cierto. Acordó con varios de ellos un sueldo suficientemente atrayente para que se dedicaran a limpiar, reparar tejados, ventanas y desatascar chimeneas, así como otros arreglos, y se marchó con la promesa de

regresar en un máximo de seis meses, para pagarles el resto y presentarse como el dueño oficial del castillo o… despedirse de una vez por todas de él.

Varios meses más tarde, el norteamericano regresó, para regocijo de los que allí trabajaban, quienes habían empezado a entender que el nieto del *laird* de Varrich no poseía el carácter endiablado y mezquino de su predecesor. Y lo hacía acompañado de una esposa inglesa.

Todos fueron de la opinión de que, si el viejo aún no se había aparecido convertido en un espectro y arrastrando cadenas, al ver a su nieto casado con una hija de su tan odiada Inglaterra, lo haría ahora sin duda.

McKinley la presentó a los sirvientes, quienes ya se marchaban al pueblo para pasar la noche. Ellos les ofrecieron hospedarlos en alguna casa y servirles allí una buena cena, ya que no había provisiones en el castillo, dado que no se los esperaba. El caballero les aseguró que se apañarían con lo que ellos traían y dispuso que en la mañana se encargaran de comprar las provisiones suficientes para varias semanas. Al día siguiente revisaría las obras y dispondría de un plan de trabajo para las siguientes jornadas.

Había oscurecido ya cuando Ewan y Rose se quedaron solos en el comedor, a la luz de un quinqué y unas cuantas velas. Tomaron una cena ligera consistente en bocadillos de carne que habían llevado desde Helmsdale, algo de queso y fruta.

Rose se encontraba cansada, pero demasiado excitada como para sentir sueño. El recorrido en la carreta hasta Varrich le había parecido arduo, pero de gran belleza, sin embargo, nada comparado a lo que sintió a la entrada del castillo frente a aquel sublime espectáculo de la naturaleza.

Aún se sentía emocionada y trataba de transmitírselo a Ewan.

Él la escuchaba encantado.

—Tienes que perdonarme, apenas me he fijado en el castillo y ahora no podremos ver nada, pero no podía apartar los ojos del lago ni de las montañas, y… ¿era ese el mar del Norte? ¿Cómo no me dijiste que era tan impresionante?

El americano rio ante el entusiasmo de la impresionada muchacha.

—Mi padre me lo describió muchas veces, pero creo que sentí lo

mismo que tú al verlo por primera vez. Me sobrecogió, y eso que en América tenemos mucho de lo que maravillarnos. Mañana te enseñaré la vista desde el ático. Te mostraré todo el castillo a la luz del día, aunque aún queda mucho por hacer.

—¿Qué tienes pensado?

—Me gustaría convertirlo en un lugar agradable para una familia en vacaciones. Sería un sitio espectacular para un hotel, pero me exigiría un tiempo y unas finanzas que no tengo. Quiero dejar planificado algo que se parezca a una residencia cómoda. No serán necesarios muchos arreglos, ya lo verás. Era un hogar cuando mi padre se marchó, y el viejo solo lo fue dejando abandonado. Lo recuperaremos.

—Debió de llevar una vida tan solitaria...

—Siempre fue un huraño. Tal vez porque mi abuela murió muy joven y mi padre fue su único hijo. No volvió a casarse. Mi padre me contaba que era un hombre de mal carácter y exigente, pero él lo quería y trabajaban juntos en las tierras. Cuando mi padre conoció a mi madre, supo enseguida que era la mujer de su vida y quiso traerla a Escocia. Tenía la intención de vivir con ella aquí y formar una familia, pero mi abuelo se opuso terminantemente. Le dio a elegir. Y mi padre se marchó. Sin embargo, este se acordaba a menudo de él y de su vida solitaria y apartada aquí arriba. Quiso hacer las paces y, tal vez, convivir todos juntos. Por aquel entonces mi padre comenzó a sentirse mal. Pero el viejo volvió a darle la espalda. Mi padre se marchó y ya no pudo regresar.

—Es una historia tan triste... ¿Cómo pudo ser tan intransigente?

—En los últimos años, su carácter empeoró. Cuando llegué, ningún vecino de Tongue quería trabajar para mí en el castillo. Creo que odiaban a mi abuelo, o lo temían... y se vengaban en mi persona... Afortunadamente, mi acento los convenció de que yo no tenía nada que ver con el viejo cascarrabias...

Rose lo escuchaba, absorta en el relato, a la luz de las velas. El cabello dorado de Ewan brillaba y la expresión de su cara mostraba las emociones que le provocaban sus recuerdos. Le fascinaba su sonrisa, la expresión mudable de su rostro, cómo movía los labios, fruncía el ceño o gesticulaba al hablar. Apoyó una mejilla en su mano, mientras lo contemplaba.

—Estás agotada, Rose…, y yo no hago más que hablar. Ha sido un día muy largo, deberíamos irnos a descansar.

—¿Dónde voy a dormir?

—Han preparado la alcoba principal. Era la habitación de mi abuelo, me temo. Si no te gusta, mañana elegirás otra. Te acompañaré.

Salieron del comedor y comenzaron a subir la amplia escalinata que partía desde el vestíbulo y que Rose había visto al entrar. La tenue luz de su vela y del quinqué que llevaba Ewan precediéndola apenas permitían percatarse de los detalles. Cuadros con marcos dorados embellecían las paredes, pero la escasa iluminación no hacía posible apreciarlos con precisión.

Al llegar arriba tomaron el pasillo de la izquierda, caminaron un rato hasta llegar al final del corredor, donde una puerta doble les dio la bienvenida a la habitación del antiguo *laird*.

Una amplia estancia los esperaba al atravesar la entrada. Una chimenea en la que ardía un fuego que iluminaba tenuemente la habitación se encontraba situada en la pared de la izquierda. Frente a ellos, en la pared del fondo, unas cortinas ocultaban lo que parecía los ventanales de un extenso balcón y sobre la pared de la derecha se situaba una inmensa cama con dosel, de la que apenas se distinguían detalles, engullida por las sombras que enseñoreaban la habitación.

McKinley cedió el paso a Rose y ella se acercó hasta una mesa redonda con una tapa de finos dibujos labrados y un solo pie que se encontraba en el centro de la habitación. Sobre ella, alguien había dejado un pequeño jarrón adornado con flores silvestres recién cortadas.

—Es una estancia… abrumadora.

—Digna del dueño del castillo… y su esposa. —El caballero dejó el quinqué encima de la mesa y, tomando la vela, se dispuso a salir—. Buenas noches, Rose. Que descanses.

Rose contuvo la respiración. De repente, cayó en la cuenta de que tendría que dormir sola en aquella enorme habitación donde la oscuridad reinaba. Ni siquiera conocía su tamaño o los objetos que contenía, más allá de lo que le permitía ver la luz del fuego de la chimenea y la débil llama del quinqué. Revisaría todos los rincones cuando Ewan se hubiera ido, pero pensar en hacerlo sola la hizo temblar.

—¿Tienes frío?

La joven negó con la cabeza, no tiritaba por eso precisamente. La temperatura era agradable allí dentro, y estaba segura de que una vez que se arrebujara entre las sábanas se encontraría a gusto. Tan a gusto como pudiera estarlo en una cama en la que le era imposible distinguir sus límites.

Rose no se tenía por miedosa. La oscuridad no le afectaba especialmente. Pero dormir en una habitación desconocida en un inmenso castillo solitario, sin saber siquiera donde estaría él, la aterrorizaba, tenía que reconocerlo.

—¿Dónde dormirás tú?

—Supongo que en alguna butaca del salón. Rose, ¿qué ocurre? —Ewan detectó el temor en sus ojos.

—Estarás muy incómodo, no descansarás bien. Ewan, esto... esta habitación es enorme, y la cama... Podremos dormir los dos en ella sin que nos molestemos. —Intentó sonreír—. Debe ser la cama más grande que haya visto nunca.

—¿Estás segura?

—Claro, tendremos espacio más que suficiente y mañana nos encargaremos de que cada uno tenga su propia alcoba.

«Oh, Rose, no soy de piedra», pensó el hombre, pero supo entrever su miedo y aceptó pasar la noche en el mismo lecho, cerca de su piel, pero lejos de sus deseos.

—Está bien.

—Creo que es lo mejor. Los dos necesitamos descansar. No quisiera ser egoísta... —«Eres una comediante, Rose Archer, te escudas en tu generosidad para no confesar que estás muerta de miedo», se reprendió. Pero suspiró aliviada por no tener que quedarse en la enorme habitación a solas y tan lejos de su presencia—. ¿Querrías volverte para que pudiera cambiarme? —Señaló el baúl que contenía su ropa.

McKinley se giró y, mientras ella se cambiaba, se acercó a la chimenea con la vista fija en las danzantes llamas. Al poco, se dio cuenta de que la silueta de Rose se dibujaba en la pared y embobado vio cómo su figura se deprendía del vestido y reflejaba una perfecta silueta femenina de ondulantes formas, el delicioso cuello que sostenía la cabeza de rizos oscuros que comenzaron a caer y a desparramarse

por las curvas de sus senos hasta llegar a la altura de las insinuantes caderas. El americano tragó saliva y apartó la mirada. Poco después Rose, desde debajo de las sábanas, le anunciaba que ya estaba lista.

Apagó entonces el quinqué y, tomando el portavelas, se acercó a su lado de la cama.

—¿Preferirías que la dejara encendida?

—Sí, por favor.

Ewan se quitó entonces la camisa y, al verlo, Rose se giró deprisa, completamente turbada. El pecho desnudo del hombre con su ligero rastro de vello, sus anchos hombros y su cintura estrecha se habían grabado en sus retinas y le habían dejado la garganta seca. Un anhelo desconocido le recorrió el cuerpo.

Sintió el peso masculino sobre la cama y el crujir del colchón cuando se tumbó junto a ella, y el corazón le empezó a latir con rapidez. En sus pensamientos no quedaba ni rastro de la aprensión que sintiera antes cuando creía que dormiría sola. Una emoción muy distinta los ocupaba ahora. Era algo que la desasosegaba y la dejaba sin respiración. Era la presencia de él junto a ella, tan íntima y, sin embargo, tan lejana.

Al otro lado de la cama, Ewan, tumbado boca arriba, con la cabeza apoyada sobre sus brazos cruzados, constataba en su piel afiebrada que esa iba a ser una larga noche. Miró de reojo a su lado, donde Rose, de espaldas a él, comenzaba a mostrar las señales de una cadenciosa respiración, y pensó que ya se habría quedado dormida.

Suspiró y se volvió a su vez hacia el lado contrario. Intentó imaginar que se encontraba en su habitación de Boston y que no tenía a su lado a la mujer que ocupaba sus pensamientos y sus deseos.

No funcionó. Definitivamente, no era de piedra, y aquella iba a ser una larga noche.

Capítulo 17

A la mañana siguiente, tan pronto como el sol comenzó a despuntar, McKinley se despertó con la cálida sensación del cuerpo femenino junto al suyo. Rose, en sueños, se había vuelto hacia él y reposaba su cabeza sobre sus hombros y su brazo izquierdo descansaba sobre el pecho masculino.

Algo caliente y envolvente lo recorrió por entero. Deseó besarla, abrazarla, sentirla, pero se contuvo. No haría nada que ella no quisiera, y la joven había dejado muy claro en el pacto entre los dos que aquello le estaba terminantemente prohibido.

Él ya sabía por qué, pero Rose tendría que ser la que decidiera si quería contárselo. Nunca la obligaría a confesarlo, no le haría pasar la vergüenza de exponerlo con sus palabras si ella no estaba preparada para hacerlo. Tarde o temprano ocurriría. Estaba seguro de que la muchacha sentía algo por él. No quería pensar que ella lo atrajera tanto, que lo estuviera enamorando irremediablemente y no dejara un pedazo de su corazón en el intento. Se lo decían su mirada, su voz y su silencio. Cuando estuviera lista para sincerarse, él la escucharía y, entonces, le diría lo mucho que la amaba y que solo el presente y el futuro importaban.

Se levantó con cuidado de no despertarla, dispuesto a darse un baño de agua fría antes de que los trabajadores comenzaran a llegar.

La arropó y la besó en la frente, y salió de la habitación entre suspiros.

Un rato más tarde, Rose despertó sin saber muy bien dónde se encontraba. Envuelta aún en las brumas del sueño, tardó unos segundos en recordar dónde había pasado la noche y con quién. Una sensación de felicidad la envolvió y hundió la cara en la almohada para aspirar el aroma que aún conservaba de él.

Se desperezó y se levantó de un salto. Echó un vistazo a la espléndida alcoba, libre de las sombras de la noche, y contempló una regia habitación decorada con tapices sobre las paredes y elegantes muebles oscuros.

Sobre la chimenea, enmarcado con una soberbia moldura dorada, un óleo de gran realismo mostraba a un hombre en su treintena, sentado, junto a una dama rubia y un muchacho de unos diez o doce años, que lo acompañaban de pie, cada uno a un lado. «¿Cómo no pude verlo ayer?». Se acercó inmediatamente, atraída por los ojos del caballero que parecían mirarla.

Debían de ser, sin duda, el viejo *laird* de Varrich, en su juventud, su esposa e hijo. Atisbó cierto parecido entre Ewan y aquel rostro serio, pero en modo alguno de apariencia severa o intransigente. Tal vez porque fue pintado en tiempos mejores, cuando la desgracia de perder a su mujer no había llegado hasta la vida del señor del lugar.

Lo contempló durante largo rato. No sabía por qué, pero, pese a toda la nefasta fama del antiguo *laird*, que llegó incluso a desheredar a su hijo, encontraba algo cálido y reconfortante en aquellos ojos que la miraban desde el cuadro.

El movimiento de las cortinas la sacó de su trance. Aunque el ventanal del balcón estaba cerrado, debía dejar pasar el aire por algún lugar. Las corrió y abrió las puertas que daban al exterior. Descalza, salió al balcón.

Sintió una fresca brisa, como una fría caricia sobre sus brazos, que le puso la piel de gallina. Tiritó.

Lo olvidó todo cuando enfocó su vista en el paisaje. Se preguntó si alguna vez dejaría de emocionarse ante la visión de aquel paraíso.

Poco después, ya vestida, bajó. Ewan, que hablaba con varios empleados, le salió al encuentro. Tenía el desayuno preparado en la cocina y un baño, si era de su gusto. Rose aplaudió feliz ante la posibilidad de zambullirse en una bañera después de varios días de

aseos incompletos.

La guio hasta el enorme patio central del castillo, donde un pozo proveía de agua a sus habitantes y varias fuentes, situadas a un lado y otro, derramaban alegres su contenido en grandes piletas. Aquel era el llamado «patio de armas», y en tiempos de guerra, le explicó, los guerreros solían usarlo para entrenar y aprender a luchar con las típicas claymore, las espadas escocesas que, por su longitud —más de un metro— y su peso, debían sujetar con las dos manos.

Al fondo, unas enormes puertas ocultaban el almacén de las armas y tras él se accedía a los establos que habían visto el día anterior. McKinley prometió enseñarle todo, una vez que se hubiera bañado y desayunado.

Desde el patio de armas accedieron a una estancia revestida en piedra que daba paso a una contigua donde una chimenea caldeaba el ambiente y ayudaba a calentar el agua de unas tuberías, dispuestas sobre ella, y que caía sobre una enorme bañera a ras del suelo, construida enteramente en piedra pulida y a la que se accedía bajando unos escalones, también de piedra, construidos en su interior. Enormes paños de lino blanco estaban colocados en una especie de dosel alrededor de la tina y, según Ewan, servían para una mayor intimidad o para secarse.

Aquel ingenio maravilló a Rose que, acercándose al borde, se agachó, metió la mano en el agua y comprobó enseguida su cálida temperatura.

—¡Esto es una maravilla, lord Varrich!

McKinley rio encantado ante el comentario y el título.

—¿Es... seguro? ¿Lo has probado? —Quiso saber, alegre como una niña.

—Yo... Esta mañana he preferido un refrescante baño con agua del pozo, pero ya lo probé cuando llegué por primera vez, después de desatascarlo. Te aseguro que es fiable y toda una delicia.

—Entonces creo que me quedaré a vivir aquí —dijo risueña.

—Podrás usarlo todos los días y tanto como quieras, pero preferiría que no tardaras demasiado, estoy impaciente por enseñarte el castillo. No querrás que te venga a buscar...

Ewan soltó una carcajada al ver su expresión, e, indicándole donde se encontraba el jabón, salió asegurándole que nadie

interrumpiría su baño.

Cuando se hubo asegurado de que se encontraba a solas, Rose se desnudó y se sumergió con lentitud en la pila, ronroneando de placer. Dejó que el agua cálida la envolviera por completo. Podía estar cómodamente sentada y con los brazos extendidos y aún quedaba mucho espacio frente a ella para otra persona… Ewan…

Se mordió los labios al recordarlo medio desnudo ayer, a la hora de acostarse. Se había dormido con aquella imagen en sus pensamientos y fue lo primero que recordó al despertarse. Disimuló al verlo, pero le había tocado el brazo o rozado «inocentemente» más de una vez, solo por sentir la calidez de su piel o la suavidad del vello de sus brazos. Aquellos pensamientos no estaban nada bien, se recriminó. Y aguantando la respiración, se sumergió por completo en el agua.

Tomó el jabón y comenzó a frotarse con vigor. Ya llevaba un buen rato y, tal vez, McKinley fuera capaz de cumplir su promesa e irla a buscar. Si no fuera porque no podía permitirse ni pensar en ello siquiera, no le parecería en modo alguno una mala idea.

Con el cabello aún húmedo, un vestido limpio y una alegre sonrisa, Rose saludó a las criadas que Ewan le había presentado ayer y que se encontraban en la cocina preparando comidas para todos los trabajadores, además de encurtidos y salazones para la despensa.

Las mujeres le mostraban la cocina y las despensas anexas, cuando Ewan entró en la habitación desde el exterior, despeinado, con la camisa arremangada y desabotonada por delante de manera indecorosa y poco apropiada para un caballero. Las mujeres comenzaron a alborotarse, a comentar en un dialecto desconocido y, entre risas, fueron saliendo de la cocina para dejarlos solos.

Rose lo observó admirada de su imponente envergadura y de su escaso interés por las normas sociales inglesas, en las que, como dueño y señor de las tierras, debería comportarse como alguien superior y no rebajarse a trabajar junto a sus empleados. Comprendió que el haberse hecho a sí mismo desde que era prácticamente un niño, el haber sido un simple trabajador, un empleado más, le confería una comprensión y un saber estar que le permitía adaptarse a cualquier situación, a cualquier estrato de la sociedad sin problema alguno.

Aquella amplitud de ideas que mostraba de forma natural le gustó. Ojalá esa apertura de miras lo hiciera capaz de perdonarla… Pero no,

aquello era muy diferente, se dijo. Lo que para los hombres se consideraba una conducta propia e, incluso, sana, para las mujeres era criticada como la peor de las vilezas, algo imperdonable.

Se obligó a esconder sus pensamientos en lo más profundo de su alma. Ewan ya se acercaba a ella con aquella sonrisa encantadora, risueño y feliz como un niño dichoso de mostrar su juguete más preciado.

—¿Preparada? —Ella asintió—. ¿Qué tal el baño?

La joven se sonrojó al acordarse de sus pensamientos en esos momentos.

—No puedo recordar ningún otro que haya necesitado ni disfrutado tanto.

—Me alegro. Mi abuelo pudo ser muy chapado a la antigua para ciertas cosas, pero debo reconocer que esto me sorprendió para bien. Ven, te enseñaré el castillo de Varrich. Empezaremos desde el exterior. Si me permite, señora McKinley —añadió mostrándole la palma de su mano para que ella la tomara.

Rose, risueña, le hizo una graciosa reverencia y le ofreció la suya. Él la atrapó y la condujo afuera. Sin soltarla de la mano, la llevó hasta la entrada principal, situada ante el acantilado desde el que se veía el lago, las montañas y el infinito mar.

—Mis antepasados llegaron desde lo más lejano del mar del Norte, hace más de mil años. Fueron unos de los primeros vikingos en dejar su hogar y vivir la aventura de explorar tierras nuevas. Cuando arribaron, les gustó lo que vieron y se asentaron aquí. Construyeron una pequeña aldea en el valle y el jefe erigió un castillo sobre esta colina, que fue ampliado durante generaciones.

»Mi padre me contaba orgulloso que los Varrich jamás fueron vencidos. El castillo contaba con las murallas que protegían la cara sur, y al norte este acantilado hacía imposible una ofensiva enemiga. Eran, además, grandes guerreros y estrategas, y los McKinley extendieron su dominio por todo el valle y formaron un clan poderoso y temido. Mi abuelo creció acompañado de los relatos familiares sobre la lucha contra la Corona británica, que se empeñó en anexionar Escocia, y el vano intento de apoyar las pretensiones jacobitas. Es por ello que odiaba todo lo que fuera inglés o estuviera alejado de estas tierras.

Contemplaron en silencio la fachada norte del castillo, que era tan diferente en estilo a la del sur, la que les daba la primera bienvenida desde el camino. Mientras aquella era austera, sin adornos y con estrechas ventanas en las dos plantas, esta era mucho más atractiva a la vista, con amplios ventanales y balcones que permitían que la luz y los hermosos paisajes se colaran en el interior.

—Cada fachada es diferente. Parecen distintos edificios.

—Es un castillo único y peculiar. La fachada sur se construyó como una fortaleza, para impedir los ataques desde el valle. Ventanas estrechas que rechazaran el asedio enemigo y sirvieran para que los guerreros apuntaran sus armas. En cambio, la cara norte, al estar protegida por el acantilado, se construyó con cierto parecido a un palacio, aunque esto no sucedió hasta el siglo XV o XVI. A lo largo de los años, muchos McKinley fueron dejando su impronta en él.

—Y ahora lo harás tú.

—Me temo que yo solo le lavaré un poco la cara. —Rio—. ¿Quieres que lo veamos por dentro? —le preguntó tendiéndole la mano de nuevo, ansioso por volver a sentir la suavidad de sus dedos entre los suyos.

—Me encantaría —le respondió con una sonrisa y ojos brillantes.

Entraron en el vestíbulo y visitaron las amplias dependencias a un lado y otro de la escalera principal que lo presidía. Los salones de los señores, a la derecha; y la cocina y las estancias de los criados, a la izquierda. El patio al fondo comunicaba con la sala de armas y los establos por una puerta de reciente construcción, apenas tenía un siglo, ya que antes se consideraba un riesgo para los ocupantes que desde la primera línea de defensa del castillo por la cara sur se tuviera acceso a la zona familiar.

En la segunda planta, las habitaciones frontales —donde se encontraba la del señor de Varrich y en la que ellos habían pasado la noche— eran amplias y luminosas, mientras que las que se encontraban al fondo eran mucho menos luminosas al no recibir apenas luz por sus estrechas ventanas y, en esos momentos, se las usaba como almacén de objetos antiquísimos.

Subieron por una estrecha escalera de caracol hasta la buhardilla, que ocupaba casi toda la planta superior y tenía forma cuadrada como todo el edificio. Desde sus reducidas ventanas al sur podían vislumbrar

la aldea de Tongue y las montañas Ben Loyal y Ben Hope.

Ewan le contó una preciosa leyenda sobre las montañas y el significado de sus nombres, «Leal» y «Esperanza», que incluían guerreros que partían a la lucha y dejaban a sus esposas atrás. Le mostró las señales de las armas, puntas de lanzas, agujeros de balas, incrustadas en los muros de piedra, junto a las ventanas.

La condujo hasta la cara norte y allí, tras una puerta que daba a una amplia terraza, le mostró la vista de una belleza inabarcable, el azul del mar y el cielo en armoniosa conjunción con el destellante verde de la naturaleza más indómita.

Rose apartó la mirada del paisaje para posarla sobre la figura de McKinley quien, con los brazos extendidos sobre la balaustrada, continuaba con la vista fija en el horizonte.

—Ewan, es como si hubieras vivido aquí toda la vida. Conoces cada rincón del castillo y sabes tanto sobre tus antepasados y las leyendas de estas tierras...

—Mi padre me transmitió su amor por Varrich y su pesar al pensar que este legado se perdería...

—Afortunadamente, no ha sido así... Donde quiera que él y tu madre se encuentren ahora, lo sabrán. Has podido conservarlo, y entiendo por qué tenías que... acceder al capricho de tu abuelo. Me siento orgullosa de haberte ayudado.

Ewan la contempló pensativo.

—Sé que no lo hubiera logrado sin ti, Rose. Tenías que ser tú.

El corazón de la muchacha perdió un latido. «Si supieras... y pudieras perdonarme...», deseó con cada fibra de su ser.

Ewan la sintió temblar y notó como su expresión se entristecía. «Cuéntamelo, Rose», le suplicó en silencio, con su mirada, desde lo más hondo de su ser. «Dime qué te atormenta. Prometo amarte aún más si es posible». Pero la muchacha nada dijo, y agachó la cabeza para ocultar su rostro y sus ojos brillantes.

El hombre acortó la escasa distancia que los separaba y la tomó de la barbilla. Ella temblaba. La obligó a enfrentarlo, pero ni una palabra salió de sus labios. Lentamente, se acercó a ella y posó sus labios sobre los suyos, tan suaves, tan dulces, como el más delicado néctar.

Mientras permanecían abrazados, besándose, el viento comenzó a soplar más fuerte, azotando sus cabellos, filtrándose entre las ropas,

presagiando una terrible tormenta. El cielo se oscureció y tuvieron que separarse y correr a refugiarse como si los elementos hubieran conspirado contra ellos.

Entraron de nuevo en la buhardilla, y Rose recorrió con la mirada la estancia, como si se despidiera. Bajaron la estrecha escalera escuchando el sonido, aún lejano, de los primeros truenos.

En la entrada, el norteamericano reunió a los hombres y les dio algunas instrucciones. Comenzaría pronto a llover y tal vez la tormenta se prolongaría durante varias jornadas en los que el trabajo estaría perdido. Los hombres y mujeres partieron antes de lo esperado.

Llovió durante varios días, tal y como se esperaba. Durante ese tiempo, convivieron solos en el recinto. Rose se quedó en la alcoba del lord y McKinley en una cercana. Ya no le asustaba estar sola en la habitación. Tenía la extraña sensación de sentirse arropada, protegida, tal vez, por una presencia invisible o unos ojos oscuros que la miraban desde un cuadro anclado a la pared.

Gastaron las horas y las energías en trabajar para el castillo. Rose, terminando las conservas que las mujeres no habían tenido tiempo de acabar y desempolvando y ordenando los libros de una antigua biblioteca de la familia. Mientras trabajaba, pensaba en Ewan, la única alma en ese lugar, tan cerca y, sin embargo, tan lejos de ella.

Se mortificó considerando que debería ser justa, que él le había dicho la verdad acerca del motivo por el que se casaba con ella. Y ella... le había contado una verdad a medias. Huía de Charles Wesley... pero no le confesó que también huía del derecho que él tenía sobre ella al haber comprometido su virtud. Si hubiera actuado como se suponía que debía hacerlo, tendría que haber aceptado a Wesley. Estaría casada con alguien odioso, pero el único que podría reparar su terrible falta.

En cambio, aceptó la propuesta —la alentó más bien— de un hombre del que no quería enamorarse y del que acabaría divorciada, añadiendo otro terrible pecado a la vergonzante lista. Ahora debería ser honesta y contarle la verdad, antes de que se encontrara tan absolutamente enajenada de amor que se entregara a él y descubriera que no era el primero.

Aquello sería tan humillante y bochornoso que moriría de pura vergüenza. Era mejor evitarlo, rechazarlo, que él no supiera nada,

para que pudiera mirarlo a la cara hasta el día en que dejaran de convivir y él recuperase la libertad para elegir, sin presiones. Y ella se marchase a algún lugar donde penar por sus pecados, quizá en alguna institución donde pudiera ser de utilidad.

Ewan, por su parte, gastó sus energías y su malhumor al sentir como ella lo evitaba recorriendo el castillo de arriba abajo, dibujando planos, cavilando cómo organizar y repartir el trabajo antes de volver a Norteamérica. Pronto llegaría el invierno y la nieve lo cubriría todo con su manto blanco. Ellos debían marcharse antes de que eso ocurriera.

Intentaba distraerse abrumándose de trabajo, condensando los planes de unos pocos meses en días. Se sentía frustrado, enfadado con él mismo y con Rose. No entendía por qué ella lo volvía a rechazar sin una explicación. Empezó a creer que no le importaba, que solo lo había imaginado. Que ella no sentía nada por él.

Y mientras se enfrascaba en sus planos y cuentas ante un pergamino vegetal traído desde Londres, trazando cuidadosas líneas de tinta sobre la enorme mesa del comedor, Rose —que comenzaba a asumir que lo amaba más de lo razonable y de lo que estaría dispuesta a admitir nunca— lo admiraba en silencio, simulando, cuando él levantaba la cabeza y la miraba, que leía un libro.

Enamorados sin remedio, sin confesarlo, sin admitirlo. Cada uno perdido en sus secretos.

Capítulo 18

El mal tiempo dio una tregua y el castillo volvió a abrirse a los hombres del pueblo que habían aceptado trabajar para el americano. Pero aún eran muchos los que recelaban o, directamente, preferían no tener que ver con el nieto del *laird* de Varrich.

Ewan tenía intención de alquilar sus tierras de forma justa a los interesados en ellas, y le constaba que los había, ya que la falta de empleo era un problema en aquella zona y las mejores tierras de cultivo habían pertenecido a la familia McKinley desde antaño. Le parecía una estupidez tenerlas baldías cuando había gente que podía sacarles rendimiento, y lo que le pagaran contribuiría a paliar alguno de los muchos gastos que el castillo estaba generando.

Había concertado una cita con los más reacios en la taberna del pueblo. Pensaba convencerlos de que sería un buen negocio para todos. Le pidió a Rose que lo acompañara. Le dijo que el éxito dependería en buena parte de su presencia. Si aceptaban un trato justo, podrían marcharse pronto a Glasgow, desde donde tomarían un barco que los llevaría hasta Boston antes del invierno.

Bajaron al pueblo montados en una carreta de uno de los empleados. El camino necesitaba un arreglo y la próxima vez que volvieran necesitarían una buena carreta, un carruaje y varios caballos de tiro.

Al llegar al valle, cruzaron un puente sobre un río de aguas tranquilas y entraron en el pequeño pueblo. Era la primera visita de Rose a Tongue, quien contempló interesada la característica construcción de las casas del norte de Escocia, de una sola planta, construidas en piedra y la mayoría con techo de paja. Solo unas cuantas se cubrían con tejas. Las calles eran estrechas y mal pavimentadas. Y los vecinos se asomaban a las puertas en cuanto oían el ruido de las ruedas de la carreta, para observarlos al pasar, sin disimulo alguno.

Pararon frente a una casa de aspecto similar a las demás, solo un letrero de madera colgado junto a la puerta la diferenciaba de las restantes: «*Taigh-seinnse an locha*».

—La taberna del lago —le tradujo Ewan mientras la ayudaba a bajar. El conductor de la carreta prometió esperarlos.

Entraron al oscuro interior. Cuando la vista se acostumbró a la falta de luz, distinguieron a una concurrida clientela diseminada entre la barra del local, de sólida madera maciza, y algunas mesas y bancos pegados a la pared.

La conversación cesó en el momento que entraron para, poco después, comenzar con un suave murmullo en el que no faltaron las miradas descaradas a los recién llegados.

Ewan guio a Rose hasta la única mesa libre, junto a una sucia ventana por la que entraba una luz macilenta. Se les acercó un camarero limpiando una jarra con algo que tal vez fuera un paño decente en otros tiempos, pero que ahora se había convertido en un harapo mugriento.

—¿Qué va a ser? —le preguntó en un tono poco amistoso.

—Una pinta, gracias.

—¿Y la señora?

—Lo mismo —contestó sin preguntarle a Rose su opinión, que hubiera preferido no tener que posar sus labios sobre objeto alguno en esa taberna.

Ewan leyó la expresión contrariada en el rostro de Rose con total claridad.

—Ellos fabrican su propia cerveza e incluso la venden a otros villorrios. Están muy orgullosos de ella. No podemos despreciarla y sería de mal gusto venir hasta aquí y no probarla —le explicó en voz

baja.

«Espero aguantar las ganas de vomitar después de beber en uno de esos vasos», pensó ella.

Todos los miraban cuando el camarero les puso dos enormes jarras llenas hasta el borde de una espumeante cerveza de color cobre oscuro.

El americano tomó la suya, la levantó y, con un gesto, saludó a la concurrencia antes de darle un largo trago.

—*Cheers* —le contestaron.

Rose hizo lo propio, intentando imaginar que un pulcro recipiente con agua y jabón había servido para sumergir y limpiar la jarra en la que bebía, en vez del roñoso trapo con el que el camarero seguía restregando cuanta vasija caía en sus manos.

Un corpulento parroquiano, con una cicatriz que le recorría el rostro desde la comisura hasta la ceja derecha, se acercó hasta ellos arrastrando una pierna.

—*Laird* Varrich, soy Finn Brogan, represento al pueblo de Tongue. Tengo entendido que quería hablar con nosotros. Aquí estamos.

—Señor Brogan, esta es mi esposa Rose McKinley. —La muchacha saludó con un leve asentimiento de cabeza—. Puede llamarme McKinley, no es necesario que usemos formalidades.

—Prefiero llamarlo *laird* Varrich. No quiero olvidar con quién estoy tratando.

—Está bien. Señor Brogan, sabe que poseo tierras muy apropiadas para el cultivo y la ganadería.

—Lo sé mejor que usted, *laird*. He vivido aquí desde que nací y su abuelo nunca quiso arrendarlas.

—Probablemente nació después de que mi padre se marchara. Sé que mientras él vivió aquí, nunca les faltó un pedazo de tierra que cultivar a los habitantes de Tongue.

—Su abuelo era un mal bicho. —Un murmullo de aprobación recorrió la taberna.

—Preferiría que no hablara de él en esos términos en mi presencia, señor Brogan, por mucho que lleve razón.

Brogan le dirigió una mirada cargada de odio que fue tornando poco a poco en una de socarronería, acompañada de una carcajada.

—Usted se precia de ser distinto.

—Creo que me parezco más a mi padre y algo tendré de mi madre norteamericana. No pretendo jugarles una mala pasada. Les arrendaré las tierras al precio que acordemos de manera justa, si les interesa. Prefiero que estén rindiendo mientras yo no estoy a que permanezcan abandonadas, pero si no llegamos a un acuerdo, se quedarán tal cual están.

—Firmaremos un contrato —determinó el escocés.

—Por supuesto.

—No, definitivamente, no se parece usted al viejo McKinley. Su fantasma debe andar desesperado aullando por los acantilados al verlo casado con una inglesa.

Todos soltaron una carcajada que distendió en mucho el ambiente. Las miradas se posaron sobre Rose, que levantó su jarra vacía a modo de saludo. De inmediato, numerosos voluntarios se ofrecieron a cambiarla y pronto tuvo otra hasta arriba encima de la mesa.

—Hay que reconocerle su buen gusto, *laird*. Ha escogido usted a una bella rosa inglesa.

Se volvieron a oír risas y murmullos de aprobación. Rose, que no soportaba la tensión y ya no se acordaba de las condiciones higiénicas del local, tomó un trago de su segunda jarra.

—De ese tema no vamos a hablar —puntualizó McKinley—. Si estamos de acuerdo, mañana temprano podrán encontrarme en el castillo. Discutiremos sobre la cantidad de acres que necesitan y el precio que consideran justo. Lleven a un abogado para que pueda redactar el contrato.

Los hombres rieron.

—Aquí no hay de esos, *laird* —le dijo un tipo obeso, acodado sobre la barra.

Más risas y burlas se oyeron, pero Brogan las atajó de una sola mirada.

—Llevaremos al cura, que es el único que sabe escribir, y nos daremos la mano, eso debe servir entre caballeros —puntualizó el escocés.

—Para mí su palabra será suficiente, señor Brogan.

—Muy bien. Nos veremos mañana temprano.

Ewan se levantó y le ofreció su mano a Rose. Dejó que caminara

delante de él y salieron al exterior. El luminoso sol que los acompañó a la llegada ya había desaparecido y la tarde lucía los colores apagados del cercano atardecer.

Rose tropezó antes de subir al carro, pese a que iba del brazo de Ewan, quien la miró aprensivo.

Subieron hasta el castillo en silencio. Al llegar, Ewan la acompañó al salón y le pidió que lo esperara sentada.

Salió a despedir a los empleados y al poco regresó.

—Rose, ¿te encuentras mal?

—No... De hecho, me encuentro muy bien, aunque ¿por qué todo da tantas vueltas?

—Rose, ¡estás bebida!

—Solo he tomado dos pintas.

—Yo apenas bebí de la mía.

—Estabas todo el tiempo hablando y yo me encontraba realmente nerviosa, así que me puse a beber... además, puede que estuviera en una jarra sucia, pero sabía muy bien —argumentó soltando una risita al final.

—No estás acostumbrada y tienen mucho alcohol.

—No lo sabía. Pensé que era como las que tomamos tía Henrietta y yo los domingos después de misa, aunque creo que esas están rebajadas con agua. ¡Oh, Ewan!, ¿te he avergonzado? ¿He hecho el ridículo?

—¡Bah! Seguro que están acostumbrados a ver a sus mujeres en peores situaciones... —le contestó riendo.

—¿Sabes, Ewan? No sé para qué tuve que ir... No hago más que meter la pata... —aseguró levantándose bruscamente del sillón y perdiendo el equilibrio.

El americano la atrapó antes de caer al suelo y, cargándola entre sus brazos como a una niña pequeña, salió del comedor y comenzó a subir las escaleras.

—Esto es muy inapropiado. Deberías bajarme ahora mismo.

—Estoy seguro de que acabarías rodando escaleras abajo si lo hiciera.

Al oírlo, Rose se agarró aún más fuerte a su cuello. McKinley la llevó hasta el dormitorio y abrió la puerta de la alcoba de una patada. Se dirigió con ella hacia la cama y la depositó con suavidad sobre el

colchón.

Rose no lo soltó. Sus brazos aún aprisionaban su cuello y él la dejó hacer con una sonrisa encantadora y pícara, que la fascinó.

—Señor McKinley..., me he portado mal, lo sé.

—Muy mal, Rose —le contestó sin pensar, atontado por su cercanía.

—Es horrible que vean cómo la esposa del *laird* bebe más de la cuenta. ¿Qué van a pensar? ¿Y tú qué harás ahora? ¿Me abandonarás? ¿Ya no conoceré Boston?

—No tengo intención de abandonarte nunca, Rose, si tú también deseas estar conmigo.

Rose le mostró una sonrisa complacida y feliz, lo soltó, se desperezó y reprimió un bostezo, tapándose la boca con el dorso de la mano.

—Me aprietan los zapatos, Ewan.

—Voy a quitártelos, mi amor.

El norteamericano, que se encontraba reclinado sobre Rose, mudó su postura para alcanzar los pies de la muchacha y comenzó a aflojarle los cordones de las botas.

—De todas formas, tu conducta hoy no ha sido la más apropiada y se me ocurren formas de castigarte por tu atrevido comportamiento, aunque no creo que te desagraden en absoluto —le aseguró en un tono pícaro y sensual.

Cuando terminó de descalzarla y arrojó las botas lejos, se volvió alegre para contemplar a la joven y escuchar su respuesta. Sin embargo, los ojos cerrados, la respiración cadenciosa y la postura relajada le mostraban, sin lugar a dudas, que Rose había preferido los brazos de Morfeo antes que los suyos.

Con un suspiro resignado, la arropó y salió de la habitación arrastrando los pies.

Capítulo 19

A la mañana siguiente, una luz insidiosa que llegaba directa hasta su rostro por entre los visillos del balcón la despertó.

Se incorporó para levantarse y un peculiar dolor de cabeza le salió el encuentro. Salió de la cama, se quitó el vestido con el que había dormido, se aseó con el agua fría de la palangana y se puso ropa limpia. No visitaría la tina de piedra y agua caliente hasta que no se le pasara la molesta jaqueca. Se miró al espejo para peinarse y recogerse el pelo, y la imagen de una ojerosa y pálida Rose la enfrentó.

Resopló. Hoy no se encontraba en su mejor momento, reconoció. Y se dejó el cabello suelto, sujeto solo por dos horquillas sobre las sienes.

La cerveza, recordó cuando bajaba las escaleras en busca de una buena taza de té cargado, era la culpable de su lamentable estado.

Al pasar por una de las habitaciones que el viejo *laird* había usado como despacho, oyó varias voces masculinas. Creyó recordar que Ewan había logrado convencer a los hombres de arrendar las tierras, pero se le escapaban los detalles. En realidad, a partir de la segunda jarra todo estaba un poco confuso y ni siquiera conseguía recordar cómo había llegado anoche a la cama y por qué se había quedado dormida sin las botas y con el vestido puesto.

Al principio le había dado un asco terrible beber aquel brebaje,

pero tuvo que probarlo, no podía ofenderlos, y descubrió una bebida ligera con un equilibrio impecable entre amargor y dulzura, al que el paladar se acostumbraba muy pronto. Lo que no imaginaba en absoluto era que le iba a provocar la resaca que estaba teniendo ahora y el vacío en sus recuerdos desde que llegó al castillo. ¿Habría dicho o hecho algo inapropiado?

Saludó a la señora Murray y a su hija Mary, a quienes el americano había contratado para que se ocuparan de la cocina y para que, cuando ellos se marcharan a América, revisaran el castillo periódicamente y se ocuparan de las pequeñas reparaciones que fueran necesarias, mientras el tiempo lo permitiera.

Elsa Murray puso frente a ella, sobre la mesa de la cocina, un enorme y humeante tazón de té negro y varios bollos recién horneados.

—Señora Murray, esto es el paraíso. —Le sonrió, devorando uno de los bollos inmediatamente. Había descubierto que se encontraba famélica.

—Parece cansada hoy señora, McKinley. Y hambrienta. ¿Va todo bien? ¿No se encontrará en estado interesante? —le soltó sin asomo de consideración. A Rose le mudó el rostro al escuchar a la indiscreta señora, que le preguntaba si estaba embarazada. Esta se dio cuenta de que se había propasado—. Perdone mi indiscreción, lady Varrich. Aquí no nos andamos con formalidades y a todos nos encantaría que el castillo siguiera perteneciendo a los McKinley. Este *laird* sí nos gusta, no se parece al viejo cascarrabias, Dios lo haya recogido en su santa gloria, aunque lo dudo. Sería una muy buena noticia conocer que la estirpe se perpetúa, estará de acuerdo conmigo.

—Sí, muy buena noticia —dijo como una autómata, a la vez que se levantaba y apartaba el plato de delante de ella. De repente, se le había quitado el hambre. Se dirigió a la salida.

—Señora McKinley, ¿debo preparar comida para todos esos gañanes que se encuentran con el *laird*?

—No lo sé, señora Murray —le contestó sin volverse—. Tendrá que preguntarle a... mi esposo.

Rose salió al exterior y por primera vez el sobrecogedor paisaje que admiraba a diario y del que nunca se cansaba no la impresionó. Ni siquiera lo vio. Un velo de lágrimas le tapaba la visión y a duras

penas era capaz de ver dónde pisaba. Quiso alejarse del edificio y de sus ocupantes y tomó un estrecho sendero que bajaba desde el castillo y parecía conducirla hasta una pradera frente al lago. Ewan le había prometido que irían juntos, pero ella no lo iba a esperar. Necesitaba alejarse y estar sola.

El camino era abrupto y tropezó varias veces. Pero se debía a que sus pensamientos la torturaban, recordándole una y otra vez las palabras de la cocinera. McKinley necesitaba un heredero. Un heredero que ella no le daría.

Cuando descendió hasta el valle donde se abría el lago con sus resplandecientes aguas turquesas, encontró en su orilla una diminuta playa de arena fina y suave. Se descalzó, caminó un rato y, después, metió los pies en el agua helada. Las molestas pulsaciones de su cabeza parecieron disminuir. Anduvo hasta que dejó de sentir sus pies y después se sentó en la arena, con las rodillas recogidas entre sus brazos y la barbilla apoyada sobre estas. Dejó que su mirada se perdiera en el horizonte y sus pensamientos vagaran desconsolados.

Cuando cumplieran seis meses de casados, Rose debería formalizar su parte del trato. Él habría conseguido su castillo y ella le concedería la libertad para que encontrara a alguien sin mancha alguna, limpia de faltas y pecados, a la que podría abrazar por las noches y amar, y con quien crear una familia.

Rose escondió el rostro entre sus piernas. El simple hecho de pensarlo le provocaba un dolor intenso, insoportable, como nunca había sentido. Era como si las aristas de su corazón se volvieran contra ella y se clavaran en lo más hondo de su ser.

Había estado enamorada una vez, pero no era comparable a lo que sentía ahora. Había estado encandilada por las supuestas cualidades de Wesley, aspectos que él decía tener y ella había creído. Y se había entregado a él, creyéndolo merecedor de su virtud, y convencida de que él la correspondía.

Ahora, cuando echaba la vista atrás, se alegraba de no haberse atado a aquel hombre de por vida, pero había destruido su futuro… junto a Ewan, el único hombre al que amaría para siempre.

Levantó la cabeza, e inhaló profundo para serenarse. Dejó que la brisa le secara las lágrimas. «Rose Archer —se dijo—, harás lo correcto. Donde quiera que estés, lo dejarás libre. Esa será la prueba

de que lo amas de verdad. Y tú irás a expiar tus pecados donde no inspires lástima».

Sacaría fuerzas de donde fuera para aceptar y asumir una decisión que ella misma había propuesto en Brighton. No contó con que se acabaría enamorando de McKinley. Esperaba que a él no le pasara lo mismo, aunque notaba sus miradas anhelantes y había probado la pasión y el sabor de sus besos. Puede que la extrañara un tiempo, pero la acabaría olvidando. La sustituiría con facilidad.

Ewan la había buscado desesperadamente, cuando, tras cerrar contratos y estrechar manos, había despedido a Finn Brogan y otros vecinos de Tongue. Las negociaciones habían marchado mejor de lo esperado. McKinley veía como los hombres ponían sus esperanzas en el nuevo *laird*, que les permitía cultivar las tierras que necesitaban para evitar las hambrunas y que tuvieran que emigrar lejos de su hogar. Una nueva etapa se abría para los descendientes del clan McKinley.

Quiso darle la buena noticia, pero no la encontró en su habitación, ni en el baño ni en ninguna otra parte. Por fin, les preguntó a algunos de los sirvientes y la encargada de la cocina le informó que la había visto bajar al lago.

La vio en cuanto comenzó a descender por el estrecho sendero, sentada sobre la arena, a la orilla del lago, descalza, con el cabello suelto sobre los hombros y la espalda. Ofrecía una imagen tan adorable, delicada y femenina que alteró los latidos del corazón del hombre. Se precipitó a su encuentro.

—¡Rose! —la llamó.

Ella volvió la cabeza y le sonrió. Lo saludó con la mano.

—He estado buscándote por todas partes —le contó llegando junto a ella y sentándose a su lado —. Ya veo que no has tenido paciencia para esperarme… —la riñó con una sonrisa.

—Perdóname, Ewan. Necesitaba despejarme de un insoportable dolor de cabeza y alejarme de cualquier ruido y… mis pasos me trajeron hasta aquí.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó, preocupado—. ¿Puedo

hacer algo por ti?

—No, ya estoy mejor. La paz que se respira aquí me ha ayudado.

—Es muy hermoso, ¿verdad? —dijo, apartando la vista de ella por primera vez desde que llegó y posándola sobre el horizonte.

—Lo es. Y lo añadiré a mi lista de pecados por no haber esperado a que me lo enseñaras —le contestó, casi en un susurro.

—No creo en los pecados si no hay mala intención, Rose. —La miró con una extraña intensidad en sus ojos. Ella no supo cómo interpretar sus palabras y permaneció en silencio—. Ven, demos un paseo juntos.

Se levantaron y él la tomó de la mano, aunque le dolió su reticencia.

Pasearon durante un buen rato, cada uno absorto en sus propios pensamientos.

Ewan rompió el silencio.

—Tendremos que venir alguna vez en invierno. Mi padre me contaba que el paisaje se transformaba en algo mágico, como cubierto por un manto blanco, y el lago se helaba. Entonces, bajaba a patinar todos los días. Mi abuelo le había hecho unos patines con unas tablas de madera y hueso que le permitían deslizarse sobre su superficie.

—¿Y no era peligroso?

—Lo era, por eso había que asegurarse que el agua estuviera tan helada que no pudiera romperse con su peso.

—No creo que me gustase acabar en un agua tan fría.

—Yo no lo permitiría.

Rose le sonrió y, acordándose del barullo de voces que escuchó por la mañana, dijo:

—He sido una desconsiderada, ni siquiera te he preguntado por tu entrevista con los hombres del pueblo.

—Todo ha ido bien. Hemos pactado un acuerdo por los próximos dos años, renovable si acabado el tiempo las dos partes estamos interesadas. Me ha parecido una forma estupenda de obligarnos a volver en ese plazo.

Ewan reconoció la expresión melancólica en el rostro de la muchacha.

—¿Qué ocurre? ¿No quieres volver?

«Más que nada en el mundo», quiso confesar; en cambio, prefirió

no contestar directamente.

—Es un lugar de ensueño. No me extraña que los habitantes de Tongue no quieran marcharse a ningún otro sitio. Por cierto, Ewan, quería decirte… Me siento algo avergonzada, creo que ayer no debí tomar la segunda jarra de cerveza. Ni la primera, quizá. ¿Hice algo que te abochornara?

—¿No lo recuerdas?

—No recuerdo mucho… Ni siquiera cómo llegué al dormitorio.

Ewan sonrió.

—¡No puedo creerlo! Te llevé en brazos como un solícito esposo y ¿dices que no lo recuerdas?

—¡Ewan! —Se tapó la cara con las manos, avergonzada—. No volveré a beber cerveza.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, señora McKinley. Finn Brogan se ha presentado esta mañana con dos barriles para lady Varrich.

—¡Oh!

—Es un gesto de amistad por su parte, Rose. Te regalan algo que es importante para ellos. Y es un gran paso por parte de alguien que odiaba tanto a los McKinley y lo que representábamos. Les caes bien, a pesar de ser inglesa. —Rio—. Tú me ayudaste, con tu presencia anoche en la taberna, a que entendieran que los tiempos de mi abuelo se han acabado.

—Me alegro si es así, entonces, pero solo me mojaré los labios durante la comida, nada de beber una jarra entera.

—¿Ni siquiera esta noche para celebrarlo?

—Yo no deseo volver a estar ajena a mis actos, señor McKinley, y usted, si pretende celebrarlo —le advirtió con expresión seria, mientras que sus ojos pícaros la desmentían—, debería tener en cuenta que yo no voy a poder cargarlo hasta su alcoba y que deberá dormir donde quiera que sus sentidos lo abandonen.

—Procuraré, entonces, que me abandonen en su regazo, señora McKinley.

Rose lo miró escandalizada, pero no pudo reprimir una carcajada.

Capítulo 20

Las dos semanas siguientes ultimaron los preparativos para poder marcharse a Norteamérica. No regresarían en una buena temporada, según Ewan, quien deseaba dejar el castillo en óptimas condiciones por si, finalmente, se decidía a alquilarlo.

Prepararon los baúles y Rose escribió una larga carta a sus padres en la que les contaba el viaje hasta la región de Sutherland, donde se ubicaban las tierras y el castillo de Varrich, y les hablaba de los magníficos paisajes y de la grata sorpresa que supuso vivir en la fortaleza durante aquel tiempo. Les confesó lo feliz que era junto a Ewan McKinley, y lo escribió con absoluta sinceridad y convicción. Cada momento que pasaba con él procuraba disfrutarlo, y los atesoraba para cuando no los tuviera. Ya afrontaría lo que viniera dentro de tres meses.

Bajaron hasta el pueblo para despedirse de Finn Brogan y el resto de los vecinos. Confirmaron al señor y a la señora Murray su marcha y les dejaron una llave para que pudieran echar un vistazo cada cierto tiempo al interior del castillo y lo mantuvieran en perfectas condiciones. Ewan tenía en mente reformar ciertas zonas, añadir más baños y hacer el lugar más confortable, pero nada de eso podría hacerse en invierno, así que lo pospuso para más adelante.

La mañana de su marcha, Rose se levantó muy temprano y vio el

amanecer desde el lago. Se despidió de aquel paraíso que le había permitido soñar durante unas semanas con una vida feliz junto a su esposo.

Cuando regresó al castillo, Ewan la esperaba fuera, al pie del acantilado. La acogió entre sus brazos y permanecieron abrazados mucho tiempo, en silencio, sin decirse nada.

Recorrieron en tres días las doscientos treinta millas que los separaban de Glasgow. Los dos primeros, en carruaje; y el tercero, en un ferrocarril que los llevó hasta la ciudad portuaria.

Se alojaron en un hotel, en habitaciones separadas. McKinley consiguió dos plazas en primera en un barco de pasajeros de la compañía Cunard, que viajaría directamente hasta Boston y que saldría en diez días.

Se lo contó entusiasmado a Rose. Le había apenado tanto como a ella dejar Varrich, pero ahora deseaba regresar a su hogar en Estados Unidos, volver a ver a su familia materna, tíos y primos, reencontrarse con su trabajo y, sobre todo, mostrarle todo su mundo a Rose. Quería convencerla de que se quedara junto a él, que venciera sus miedos, que le dijera lo que ocultaba y la hacía tan desdichada, que lo dejara hacerla feliz. No lo había conseguido en las Highlands, pero tendría que hacerlo en Boston. Cada vez le era más difícil estar separado de ella, tan cerca de su cuerpo, pero tan lejos de sus intenciones y de su alma. No quería continuar por más tiempo sin el cálido tacto de su piel, sin la suavidad de sus besos, sin su aroma embriagador. Quería verla reír sin una pizca de melancolía, sin un poso de tristeza en el fondo.

Durante esos días salieron a comer, al teatro y a pasear por la ciudad. Rose concluyó la carta a sus padres anunciándoles que se marchaba a Norteamérica y la envió, y él le habló de su familia materna y de su tía y primos favoritos. Fueron a comprar regalos para todos y eligió para Rose una preciosa pulsera de esmeraldas que ella aceptó a regañadientes. Él mismo la colocó en su muñeca y desde entonces no se la quitó.

El viaje en barco fue tranquilo y apacible. Extraño para Rose,

quien nunca había estado tanto tiempo navegando.

Aunque no dormían juntos, pasaban todo el tiempo unidos, dando largos paseos por cubierta, contándose sus vivencias antes de relacionarse: la infancia de Rose en Londres, donde sus padres se conocieron —uno, llegado de Irlanda; y otra, descendiente de italianos e ingleses—, se casaron y tuvieron a su numerosa prole; la infancia de Ewan en Boston, sus correrías por el puerto, cercano a su hogar. El amparo de su tía Beth, cuando su padre falleció, quien acogió a su madre y a él durante un tiempo en su bulliciosa casa, en la que vivían sus cinco primos y su tío, hasta que su madre consiguió un trabajo como costurera y pudieron mudarse a su propio hogar, pese a las súplicas de su generosa tía.

Ewan había pasado casi nueve meses fuera. Había mantenido el contacto con ellos y con su negocio por carta y al parecer todo había ido razonablemente bien, pero había tenido que denegar o posponer muchos proyectos interesantes y ansiaba volver a su enorme taller e impregnarse del olor a madera, brea, metal y pintura de sus barcos.

Rose lo escuchaba hablar de su vida antes de conocerla, de su familia y proyectos, y pensaba lo mucho que le habría gustado compartir su futuro con ese hombre de profundos y sólidos valores, honesto, familiar... que le ofrecía cosas a las que ella no podría corresponder por igual. Lo oía y se reconocía cada vez más rendida a su amor; y sabiendo que no habría marcha atrás, que ya no podría hacer desaparecer sus sentimientos por él, los atesoraba en un lugar especial en lo más profundo de su corazón.

Llegaron a Boston un frío día de principios de diciembre, tras casi tres semanas de navegación. Asomados a la barandilla del barco, con Ewan sujetándola por la cintura, vieron aproximarse la ciudad.

Al atracar, Rose vislumbró un enorme y bullicioso puerto, donde innumerables barcos de mercancías y pasajeros esperaban amarrados. Una marabunta de marineros, pasajeros y familiares caminaba rápida de un lado a otro llevando maletas, baúles o carros llenos de mercancías. Grúas enormes trasladaban hasta los navíos las cajas más pesadas.

Ewan se encargó de que trasladaran su equipaje hasta su casa, y la de Rose a partir de ahora, y prometió llevarla a conocer su astillero en cuanto se hubiera puesto al día. Se dirigieron andando hacia la salida con la intención de tomar un vehículo y se encontraron con varios bostonianos que recibieron efusivamente a McKinley y quisieron conocer a su esposa.

Tomaron un carruaje y él le pidió pasar a saludar a su tía Beth antes de llevarla a su nuevo hogar, ya que la mujer no le perdonaría jamás no haberse presentado con su esposa en cuanto pusiera los pies en Boston.

—¿Le has contado a tu tía que te has casado? —le preguntó Rose en cuanto estuvieron a salvo del bullicio del puerto, en el interior del carruaje.

—Naturalmente. Le escribí una carta tan pronto como nos comprometimos y decidimos la fecha de la boda. A estas alturas ya lo sabe todo Boston, como habrás podido comprobar.

—¿Le has contado... todo?

—Solo que me he casado con la mujer más maravillosa del mundo y que no podría haber hecho una mejor elección.

«¿Y qué le dirás cuando nos divorciemos dentro de un par de meses?», quiso preguntarle, pero él ya había cambiado de tema y, mirando por la ventana, le iba contando los nombres de los lugares por donde pasaban y anécdotas sobre ellos.

Muy pronto, Rose acabó atrapada por la ciudad que divisaba desde la ventana del vehículo y que le pareció mucho más grande y moderna de lo que había pensado. Amplias avenidas y grandes plazas desfilaban ante sus ojos, edificios señoriales de varias plantas, con grandes columnas en la entrada, jardines que invitaban a pasear tras sus verjas.

El carruaje tomó un desvío y entraron en una zona residencial, de calles más estrechas pero con bonitas casas de ladrillo de dos plantas y espaciosos jardines en la entrada. Ewan le avisó de que estaban cerca de la casa de su tía, en la que él vivió durante unos años.

Pararon, y en cuanto bajaron del coche, se abrió la puerta de la residencia y una mujer joven y varios niños salieron a su encuentro. Atravesaron corriendo el pequeño jardín de la entrada y, sin pudor alguno, se tiraron encima del americano. La mujer lo apretó entre sus

brazos y los niños se engancharon a sus piernas sin dejar de gritar:

—¡Ha vuelto el tío Ewan!

Hubo abrazos y besos para todos y, después de ser presentada, la mujer tomó de la mano a Rose y la condujo hasta la casa donde ya la esperaban en la puerta una anciana y un caballero.

—¡Mi querido sobrino Ewan! ¡Cuánto te hemos echado de menos todos! —Lo abrazó y, sin soltarlo, se dirigió a Rose—. Y tú debes de ser la inglesa que lo tenía secuestrado. —Rio—. ¡Oh, querida! ¡Me alegro de conocerte y de que por fin estéis en casa! ¡Bienvenida a Boston!

Capítulo 21

Las semanas siguientes Rose tuvo que habituarse al constante trasiego de familiares y amigos en su nuevo hogar para darles la bienvenida. Ewan le decía que todos iban a conocerla a ella, y tendría parte de razón, pero no había duda de que McKinley era muy célebre y querido en la ciudad; y su familia materna, muy numerosa.

Pronto relucieron, sin embargo, las preferencias del caballero hacia su tía Beth y hacia su hija Josephine, de edad muy similar a la suya. Habían jugado y compartido muchos momentos especiales de niños. El marido de Josephine era, además, un viejo amigo de los dos y se reunían tanto como podían para cenar y pasar ratos juntos, rodeados, la mayoría de las veces, de los traviesos y ruidosos hijos de la pareja, a los que Ewan adoraba y con los que no se cansaba de jugar cuando se encontraban juntos.

Rose empezaba a tomarles cariño, y cuanto más se acercaba a ellos, peor se sentía por lo que tarde o temprano les haría. Con el paso de los días, Ewan la notaba más taciturna, menos conversadora cuando se encontraban a solas. Pensó que tenía buena parte de culpa, ya que la dejaba sola mucho tiempo, mientras él se encargaba de reunirse con sus clientes y de ponerse al día en el astillero, aunque contaba con que la presencia de Josephine y de Beth la ayudara a entretenerse y ponerse al día con la casa y con su nueva ciudad.

Rose se encontraba muy a gusto con ambas. Aunque echaba mucho de menos a su familia, y a su hermana Myrtle en particular, reconocía que había encontrado una excelente amiga en Josephine, a la que todos llamaban cariñosamente Jo, y a una tierna y acogedora guía en la madre de esta.

Ambas solían visitarla e invitarla a merendar y a conocer la ciudad para paliar la soledad de las horas en las que Ewan no se encontraba en casa. Rose procuraba buscar alguna distracción. Nunca había permanecido ociosa en casa de sus padres, pero McKinley tenía a su disposición un ama de llaves que dirigía a los sirvientes que se ocupaban de la cocina, de atender la casa, el jardín y los establos desde mucho antes de que su madre falleciera, y no se le pasó por la cabeza privarlo de ella.

Dedicaba su tiempo, entonces, a leer, bordar, hacía algún trabajo de jardinería innecesario en el cuidado jardín, paseaba, recibía visitas, aceptaba las invitaciones de Jo y Beth y, sobre todo, procuraba no mortificarse pensando en nada que no fuera el presente.

La anciana tía se mostraba muy orgullosa de presentarla a sus amistades y no dejaba de decirle lo especial que era y lo mucho que la quería su sobrino, quien, contaba, no pensó en volver hasta que la hubo convencido y la hizo su esposa. Era una preciosa historia la que Ewan le había escrito en su carta, cavilaba Rose, aunque Beth no imaginaba cuán alejada estaba de la realidad.

Para la anciana, la inglesa había acabado con la soltería del caballero y toda la familia se alegraba de que ya no estuviera solo, con la única compañía de sus barcos. Rose sonreía y reclinaba la cabeza para ocultar su rostro, como una esposa tímida. En lo único que pensaba era en lo humillante que sería cuando supieran la verdad. ¿Qué podría decirles cuando se marchara? ¿Qué les diría él?

Cuando Ewan llegaba tarde de trabajar y le presentaba sus excusas, alegando las mil y una tareas atrasadas y los nuevos encargos, Rose aceptaba sus disculpas sin objeción alguna.

No la entendía. Si se acercaba, ella lo rechazaba, y cuanto más se alejaba, más confortable parecía sentirse. Él hubiera preferido que ella se encolerizara, que le reclamara su falta, que exigiera verlo. Pero esto no sucedía, como si no le importara ni quisiera solventar una situación que los destrozaba. Al menos a él, quien ya empezaba a dudar de lo

que pensó que ella sentía por él, de que su amor fuera correspondido.

Para Rose, por su parte, era muy doloroso verlo alejarse, que pasara las horas sin echarla de menos, que se fuera acostumbrando a su ausencia. Pero, en el fondo, era lo mejor, se decía una y otra vez. Cuanto más tiempo pasaran juntos, más difícil sería la despedida.

McKinley, sin embargo, no se resignaba. Estaba convencido de que tarde o temprano, ella se abriría a él y esto no sucedería si pasaban tanto tiempo alejados. Así que decidió que ya era hora de que conociera el lugar donde permanecía tantas horas y que lo visitara cuanto quisiera. Nada lo haría más feliz.

Desayunaron juntos y le anunció que la recogería por la tarde para dar un paseo.

Rose decidió ponerse un vestido nuevo de color granate que había comprado por impulso una tarde en la que acompañó a Jo a elegir telas para el vestuario de verano de los niños. Todos necesitaban ropas nuevas, no paraban de crecer, y aunque añadían volantes a los vestidos y aprovechaban alguna cosa de los mayores, acabaron cargadas de calcetines, sombreritos, cintas y telas para las nuevas prendas. Jo le llamó la atención sobre una preciosa tela de tafetán de un color que resaltaba sus pálidas facciones y su cabello azabache, y la encargada acabó tomándole las medidas. Hacía poco se lo habían llevado a su casa y aún no había tenido la ocasión de lucirlo.

Frente al espejo, reconoció que le sentaba realmente bien, entallaba su estrecho talle y se abría en la cadera para crear una falda acampanada hasta el suelo. Sobre la camisa, se puso una chaqueta a juego con puños de encaje. Se arregló el pelo dejando parte de sus bucles sueltos en la espalda y se colocó un sombrero a la moda inclinado hacia delante, con pequeñas flores púrpuras y ramitas verdes. Bajó desde la primera planta donde se encontraban los dormitorios hasta el salón y lo esperó de pie junto a la ventana.

Poco después, McKinley hizo su aparición, manejando un elegante cabriolé Hansom que había comprado al poco de llegar, para salir a pasear por la ciudad y que apenas habían utilizado. Saltó del vehículo para buscarla y silbó admirado en cuanto la vio.

—Rose, estás preciosa.

—Tenía que arreglarme, no me has dicho dónde vamos. Es todo un misterio.

—Voy a llevarte a un lugar que quiero que consideres tu segunda casa y espero que lo visites tanto como te apetezca.

La ayudó a subir al ligero vehículo de dos plazas tirado por un solo caballo, e hizo un recorrido por los lugares más bellos del centro de la ciudad. Pararon para tomar un helado en una prestigiosa heladería, famosa por ser la primera en recibir el hielo directamente del magnate Frederic Tudor, un bostoniano que había creado un imperio a partir de la venta de hielo, primero en su ciudad y después al resto de los Estados Unidos.

Volvieron a ponerse en camino y, tras un rato, se acercaron hasta unos astilleros en los que el nombre de McKinley relucía en pintura azul y dorada, sobre una alta verja de hierro. Ewan la tomó de la mano y se disculpó por haber tardado tanto en llevarla.

Azuzó al caballo y el cabriolé atravesó la amplia verja, donde, desde una pequeña cabina, un guarda los saludó atento. Cruzaron una explanada. Al fondo se veían varios almacenes de gran anchura y altura junto a las aguas del océano Atlántico. Se dirigieron hacia allí y pararon junto a una de las inmensas puertas. Varios hombres salieron a recibirlos y los saludaron animosos.

En el almacén, un persistente ruido de martillos contra la madera, sierras y voces masculinas les dio la bienvenida. Grupos de hombres trabajaban fuera y dentro del enorme casco de un navío al que aún le faltaba mucho para estar listo. A Rose le impresionaron sus medidas y el hecho de que estuviera en dique seco. Ewan la tomó de la mano y la llevó hasta una escalera que los condujo a una especie de buhardilla situada varios metros por encima del lugar de trabajo.

Al llegar arriba, la acercó hasta la barandilla y, tocando una campana, cesó el ruido de inmediato.

—Compañeros, ruego me perdonéis la interrupción, pero os aseguro que está más que justificada...

—Oh, no... —murmuró Rose, y se acercó a él para poner una mano sobre su brazo en un intento de evitar lo que imaginaba que iba a pasar. Ewan le sonrió y acarició la mano enguantada que reposaba sobre su brazo para infundirle ánimos.

—Todos sois conscientes de los largos meses que estuve en Inglaterra alejado de mi trabajo. Afortunadamente, tengo un excelente equipo humano y unos competentes capataces que consiguieron sacar

adelante todo lo que estaba planeado. Ahora que he regresado quiero mostraros la razón de mi tardanza —la miró con ojos brillantes. Se escucharon risas y aplausos—, aunque creo que ya lo sabéis de sobra. En Inglaterra descubrí que no podía marcharme sin casarme con Rose Archer, sin hacerla mi esposa. Encontré al amor de mi vida y no estaba dispuesto a irme si ella no venía conmigo. —La miró directamente a los ojos mientras la tomaba con delicadeza de la cintura y la atraía hacia él—. Os presento a mi esposa, Rose McKinley.

La joven intentó revolverse, se sentía muy incómoda. Le lanzó una mirada terrible, pero se volvió hacia los hombres que aplaudían y los felicitaban, y les sonrió, nerviosa.

—Llevamos varias semanas trabajando a destajo —prosiguió McKinley—, y creo que todos hemos olvidado nuestras obligaciones familiares, así que nos iremos hoy más temprano. Continuaremos mañana a primera hora.

El aplauso continuó, así como las chanzas sobre los recién casados. Rose, que hubiera deseado que la tierra se la tragara, aún tuvo que soportar las felicitaciones y parabienes de los hombres de Ewan.

Cuando la mayoría se hubo marchado, McKinley le hizo un recorrido por el taller, acompañado de uno de sus capataces.

—Cierra el almacén y márchate a casa, Connor. Voy a enseñarle a mi esposa nuestro último trabajo. Nos quedaremos un rato todavía.

El empleado se despidió y la pareja salió al exterior. Amarrado al muelle se encontraba un elegante vapor de tamaño medio. Junto a la pasarela, dos hombres conversaban. Se acercaron a ellos y se repitieron los gestos de saludo y las felicitaciones. Cruzaron la pasarela y su esposo la informó de que se encargaban de la vigilancia nocturna.

Ewan recorrió la embarcación junto a una seria e impasible Rose, quien permanecía muda, sumida en sus pensamientos. Se encontraba tan enfadada con Ewan que, aunque merecía ser elogiado por su excelente trabajo, las palabras no salían de su boca.

Cuando volvieron a cubierta tras su recorrido, Rose quiso bajar a tierra enseguida, pero él la detuvo.

—No me has dicho nada, ¿no te ha gustado?

—Tu barco me parece… maravilloso. Un gran trabajo, sin duda.

No tengo gran experiencia en estos asuntos, pero no creo que haya muchas compañías capaces de conseguir tanta perfección en los detalles y…

—Rose, ¿estás enfadada? —la cortó.

La joven vislumbró a los vigilantes a lo lejos, no la oirían.

—¿Cómo se te ocurre, Ewan? ¿Cómo me presentas a tus empleados como si…?

—Eres mi esposa, Rose.

—Solo por un tiempo. Y se está acabando. No ha sido buena idea…

—Yo creo que sí…

—¿Sí? ¿Qué les dirás cuando nos divorciemos en unas semanas?

—¿Por qué tendríamos que divorciarnos?

—Ewan… No quiero volver a decirlo… Hicimos un pacto. Tú conseguirías el castillo; y yo, escapar de Wesley. No había amor, tú no me querías, ni yo a ti, y… prometí dejarte libre.

—¿Y si ahora no quiero que me dejes?

Rose sintió como si sus piernas se convirtieran en gelatina y no fueran capaces de sostenerla. Se sujetó a la baranda con fuerza.

—Debes hacerlo.

—Rose, ¿es que… no sientes nada por mí? Yo no lo sabía, pero creo que ya te amaba cuando nos casamos.

—Eso, eso no podía ser…

—Solo que no supe reconocerlo, y cuando lo hice no quise decirlo para no asustarte. No quería que pensaras que iba a retenerte contra tu voluntad cuando llegara el momento… este momento.

Rose miraba al lejano horizonte sin atreverse a enfrentar sus ojos, se mordió los labios y una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla.

—Yo no puedo darte lo que te mereces, Ewan.

El hombre se acercó a ella y deslizó el dorso de su mano por la mejilla atrapando su humedad.

—Solo necesito que me quieras… dímelo, Rose, dime que me amas… Eso es lo único que me importa.

—No es lo único que importa, señor McKinley, claro que no. Eso lo dices ahora porque no sabes… —Rose se tapó la boca y se alejó de él. Descendió rápidamente la pasarela y corrió hasta el cabriolé que los esperaba detrás del taller.

Ewan cerró los ojos y golpeó la baranda con el puño.

Capítulo 22

Lo había rehuido descaradamente desde la conversación en el astillero. No quería volver a oírlo decir que la amaba y que eso era lo único que le importaba, porque él no conocía la verdad. Cuando la supiera, la despreciaría, y no podría evitar sentirse la mujer más desdichada, la más indigna. Comprendía que cuando se marchase le haría daño, pero se repondría. Tan pronto como encontrara a alguien con quien compartir sus noches y con quien formar una familia, la olvidaría. Rose no sería más que el fantasma de un breve pasado. Pero al menos no la recordaría como a alguien despreciable.

Todo este sufrimiento y desazón le pasaban factura a Rose, quien dormía poco y mal, y Jo se dio cuenta de ello. No quería preguntarle directamente sobre lo que les preocupaba a ambos. Había notado que Ewan lucía un semblante mucho más serio de lo habitual que no veía desde hacía mucho, desde antes de marcharse y encontrar a Rose en el viejo mundo.

Para intentar animarla salieron a pasear, y Jo acabo engatusándola para que la ayudara a confeccionar algunos trajes para los niños. Rose se prestó encantada. Con el paso de los días descubrió que había cometido una estupidez, que nunca acabaría aquellos vestidos, que los dejaría a medias. ¿Cómo explicarle a Josephine lo que iba a ocurrir? Decidió que elegiría la opción más cobarde. No le

diría nada. Así Ewan podría contarles lo que quisiera, podría inventar cualquier excusa que lo dejase en buen lugar y no menoscabara su reputación en la ciudad. Después de todo, ella, cobardemente, se marcharía lejos donde no le llegarían los comentarios.

Las hojas del calendario caían y el inquietante tiempo pactado se acercaba. Las celebraciones navideñas con la familia de Ewan se grabaron a fuego en el alma de Rose. Tanto amor, tanta paz y cordialidad… y tanta simulación por su parte. No fingía que los quería, fingía que estaría con ellos toda la vida… y ella ya sabía que aquello no sucedería.

Rose temía y a la vez deseaba que llegara el momento de la partida y que todo hubiera acabado definitivamente. Nada podría hacerle más daño que sus propios pensamientos. Ninguna cosa la atormentaría tanto como lo que sentía por Ewan marcado para siempre en su corazón y en su alma.

Solo tendría que encontrar el momento idóneo para salir por la puerta sin mirar atrás, para nunca volver.

Y el momento propicio llegó, de improviso, cuando la caldera del flamante navío que habían visitado sufrió un desperfecto. El barco estaba a punto de ser entregado a su dueño y aquello supuso un importante contratiempo.

Ewan llegó desde el astillero y la encontró en el jardín de la casa. Le contó que tendría que partir esa misma noche hasta Nueva York para encontrar una pieza de repuesto en las fábricas y que, aunque intentaría tardar lo menos posible, aquello le llevaría como mínimo unos tres días.

—Rose —le decía—, me encantaría llevarte y mostrarte Nueva York, pero tendrá que ser en otro momento. Van a recoger el barco en poco menos de una semana y tengo el tiempo justo para llegar, encontrar lo que necesito y volver. Es un viaje muy pesado que me llevará un día de ida y otro de vuelta, pero te prometo que este verano iremos con tranquilidad y haremos una parada en Hartford, así no será tan cansado.

«¿Por qué continúas negando lo evidente, Ewan McKinley?», se preguntaba.

Él seguía haciendo planes, incluyéndola en su vida, sin querer dar crédito a las palabras de Rose. Ella no le había manifestado su amor y

no lo haría, porque si lo hacía tendría que ser completamente sincera y dar explicaciones que la horrorizaban y la humillaban. Seguiría ocultando sus sentimientos, como había hecho desde siempre. Sí, se le daba muy bien fingir.

Ewan se aproximó hasta ella, que permanecía muda ante su explicación. Sin embargo, sus ojos ardientes, húmedos, la delataban.

—Mi amor... —La tomó de la cintura y le alzó la barbilla para enfrentar sus ojos. Ella se dejó hacer—. Me duele dejarte, pero hablaremos a la vuelta. No más mentiras, Rose McKinley. Nos diremos toda la verdad. Yo sé que, aunque no lo confieses, aunque pretendas fingir indiferencia, me amas. Lo supe en Varrich y lo siento ahora, cuando tu cuerpo tiembla junto al mío. Rose, nos merecemos ser felices...

No supo qué impulso la instigó a besarlo. Tal vez quería hacer que callase o quizá fuera el deseo de despedirse, el último beso, el sabor de sus labios por última vez...

McKinley la aceptó con avidez y la estrechó contra su cuerpo. Las bocas permanecieron unidas durante mucho tiempo, anhelantes, devorándose, como intentando recuperar el tiempo perdido. Él mordió sus labios con suavidad, la línea de su mandíbula y la curva de su cuello, para volver a atrapar su boca hasta hacerla jadear. Acarició su sinuoso cuerpo con manos expertas y ella estuvo tentada de dejarse llevar, de aplacar una sed que sentía desde hace mucho y que nunca podría satisfacer.

Aquel pensamiento la envaró y el hombre notó su súbita rigidez.

Suspirando contra su boca, echó la cabeza hacia atrás para dejar de poseer aquellos labios perfectos que lo hacían enloquecer de deseo. No la forzaría a hacer ni decir nada que no quisiera, pero esta era la demostración de que ella lo amaba y lo deseaba, y de que pronto rompería su silencio y lo haría partícipe de aquello que ocultaba y la martirizaba.

Y conseguiría que se perdonara porque en esa relación de dos solo ella se sentía culpable y él ansiaba decirle que la quería tal y como era, con su pasado, pero sobre todo con su presente y su futuro.

No quiso insistir. No era el momento adecuado. Iba a marcharse en un par de horas y no habría suficiente tiempo para todo lo que tendrían que expresarse... y amarse. Pero lo harían a su vuelta.

Ella lo ayudó a preparar una maleta con las mudas más imprescindible para tres días y se despidieron en la puerta con un beso que les supo a poco. Lo vio alejarse en el carruaje rumbo a la estación.

Ewan le había pedido que se quedara en casa de su tía durante esos días en los que él no estaría allí. La anciana no tendría ningún inconveniente, más bien lo contrario, la acogería encantada.

Cuando perdió de vista el carruaje, entró en la casa, se colocó un chal sobre los hombros y un sencillo sombrero y salió en dirección al domicilio de la tía Beth.

Pasó la tarde con ella y con Josephine y los niños, como tantas otras, aunque para ella fue una despedida. No les dijo que Ewan estaría fuera durante tres días ni lo que ella tenía intención de hacer.

Aquella noche durmió poco preparando un par de pequeños baúles. Tenía la intención de cargar solo con la ropa que ella se había llevado de su hogar en Londres. Colgadas en el armario quedaron las prendas que había comprado junto a él en Escocia y el precioso vestido de color granate que se puso el día en que la llevó al astillero. Recordó como la miró cuando fue a recogerla y cómo la presentó, orgulloso, a sus empleados. ¿Qué iba a hacerle ahora, Dios mío? ¿Cómo se sentiría? ¿Qué les diría a sus hombres cuando descubriera que su esposa lo había abandonado?

No era un abandono, quiso convencerse, era el fin del pacto, el trato había concluido. No pensó que acabarían enamorados, porque ella no lo creyó posible, y sin embargo… si lo hubiera sabido… ¿habría actuado igual? ¿Habría aceptado casarse con él? No podía imaginarse su vida sin haberlo conocido, como ahora no podía pensarla sin él.

Y, sin embargo, iba a hacerlo. Iba a aprovechar que no estaba para volver a Inglaterra. Era una cobarde, se le daba bien fingir y… huir.

Por la mañana esperó al ama de llaves y, en cuanto esta llegó, le contó que había surgido un problema urgente en Londres y necesitaba marcharse. La puso al corriente de que el señor McKinley no se encontraba en casa y que le dejaba una carta sobre la cama de su

alcoba en la que le explicaba todo. Confiaba en su discreción. Nada tendría que decir a nadie en tanto no le preguntaran.

Imaginó que los primeros informados serían Beth y sus hijos, que se preocuparían por ella si no acababa apareciendo al cabo de una o dos tardes, pero aquello le daría tiempo más que suficiente para embarcarse.

Consiguió un carruaje y entró en él sin mirar atrás. El ama de llaves creyó a pie juntillas que algo grave debía haber sucedido en su país cuando se marchaba de forma tan precipitada y, sobre todo, por la expresión de sufrimiento de la señora McKinley.

Le deseó buena suerte, aunque dudó que la muchacha lo hubiera oído inmersa en sus pensamientos.

Al llegar al muelle, un jovencito se hizo cargo de su equipaje, mientras ella se encargaba de buscar un barco que la llevara hasta las islas británicas. No encontró ninguno que zarpara ese mismo día, no habría uno directo hasta dentro de una semana, pero halló un pequeño navío de pasajeros que hacía un viaje sin escalas hasta Nantes, en Francia. Pagó el billete y llevaron sus maletas hasta un camarote de tamaño muy reducido situado en la cubierta inferior.

Poco después, se anunció la salida y el barco soltó amarras.

No se molestó en salir a cubierta. No quería ver cómo se alejaba de lo que más quería, de una vida que hubiera sido ideal junto al americano y en la que habría sido muy feliz.

Cuando Ewan volviera, leería su carta y la despreciaría por lo que le había hecho, pero nunca sabría su vergonzosa verdad.

Ahora ya no había vuelta atrás.

Varios días más tarde, un atribulado McKinley llegaba a casa dispuesto a disculparse por haber tardado un par de jornadas más de lo que pensó en un principio, ya que tuvieron que fabricar expresamente la pieza dañada.

Oyó de labios de la gobernanta no sabía qué locura sobre la partida de su esposa y una carta sobre su cama. Subió los escalones de tres en tres y entró como una exhalación en el dormitorio.

Un sobre dirigido a él con la letra de su esposa lo esperaba desde

hacía varios días, junto a la pulsera de esmeraldas que le había regalado en Glasgow y que había lucido en su muñeca desde entonces. Rasgó la carta y leyó una breve nota, mientras negaba con la cabeza y sus ojos rehusaban creer lo que veía.

—Oh, Rose… —musitaba una y otra vez con voz enronquecida—, ¿qué has hecho conmigo? ¿Qué has hecho?

Capítulo 23

¿Es capaz un corazón herido y atribulado de atraer sobre sí los elementos, como si de alguna manera los sentimientos tuvieran poder sobre las fuerzas de la naturaleza?

Si en el viaje de ida desde Escocia habían disfrutado de un mar calmo y sereno, este de vuelta estaba resultando una auténtica tortura. Un cielo tormentoso la acompañó la mayoría de los días, y cuando el temporal se desató, las olas zarandearon el barco como si de un juguete se tratara. Los rayos hendían el cielo y el ruido de los truenos arrancaba gritos de pánico entre los pasajeros.

Rose permaneció recluida en su camarote la mayoría del tiempo, sin preocuparse de respetar las comidas, tomando alimentos solo cuando le acuciaba el hambre. Durante las peores horas de la tormenta creyó que no llegaría a ver las costas francesas.

Poco a poco, conforme el navío se acercaba a su destino, el tiempo fue mejorando hasta que consiguió divisar la línea costera de Nantes. A lo lejos se insinuaba la isla donde sus padres y hermanos seguían con sus vidas.

Había estado dándole vueltas durante el trayecto, una y otra vez, a lo que debía hacer o decir en caso de que decidiera contarle todo a su familia, y todavía no había llegado a la conclusión de qué haría una vez pisara suelo inglés.

¿Volvería a casa de sus padres y les confesaría la verdad? ¿O aceptaría la asignación de Ewan y viviría alejada de todos, manteniendo una mentira? Esto no la convencía.

Tal vez debería pagar por sus pecados trabajando en algún asilo o institución. Eso le ayudaría a rellenar sus horas y, quizá, a hacer más llevadero el dolor de su cuerpo y de su alma.

Lo que sí tenía muy claro era que se dirigiría a Londres sin pérdida de tiempo e iría hasta el despacho de los abogados para presentar su solicitud de divorcio. Sabía que ellos se la remitirían a McKinley en Boston, por lo que él no tendría que desplazarse y, con seguridad, no tardaría mucho en devolverla firmada. El trato entre ellos habría concluido y su relación, lo que una vez los unió, se habría acabado definitivamente.

Y ya no volvería a saber de él.

El viaje de regreso hasta la capital resultó de lo más incómodo. Tuvo que soportar las miradas de compasión o desdén por viajar sola, sin marido u otra dama que la acompañara. Fue muy embarazoso alquilar una habitación en Dover donde pasar la noche. Llegó cansada a Londres y se alojó en una pequeña pensión en un barrio alejado al de sus padres.

Al día siguiente, salió al encuentro de su hermana Myrtle. Sabía que ella daba clases a algunos niños de familias pudientes por las mañanas, nunca había aceptado quedarse como interna, y regresaba por las tardes a casa.

Necesitaba contárselo a ella, que la acompañara hasta el bufete de los abogados, que le aconsejara qué hacer con el resto de su vida. Se sentía tan triste y cansada que no se veía con fuerzas para seguir adelante sin la compañía y el apoyo de su querida hermana.

La esperó sentada en un banco frente a la casa donde suponía que estaría en ese momento si seguía manteniendo la misma rutina. Puntual como siempre, Myrtle salió a la hora esperada, despidiéndose del mayordomo y colocándose los guantes.

Apenas dio dos pasos cuando la vio frente a ella al otro lado de la calzada, levantándose del asiento. Reprimió un grito de sorpresa y

miró hacia atrás, ya la puerta se había cerrado, no había nadie que las observara. Necesitaban intimidad, porque algo había ocurrido. Definitivamente el rostro y la expresión corporal de Rose lo delataban. Y estaba más delgada.

Giró la cabeza a ambos lados, dejó pasar un carruaje y voló a su encuentro. Rose ya iba en su busca. Las dos hermanas se fundieron en un abrazo.

—Rose, mi querida hermanita… ¡No puedo creerlo! ¡Estás aquí! Pero no nos has avisado… ¿qué ha ocurrido?

—Lo que tenía que pasar, Myrtle. Me he marchado de Boston. Voy a divorciarme.

—¡No! No puedes… eso es terrible…

—No puedo hacer otra cosa…

—¿Él te lo ha pedido?

—No. No sabe que me he ido…

Myrtle enarcó las cejas y abrió la boca, asombrada.

—Rose Archer, ¿qué demonios has hecho?

—¡Myrtle! —se escandalizó su hermana.

—Oh, Rose, no me vengas con pamplinas ahora ni pretendas alborotarte porque mi lenguaje no sea el apropiado. Tú tienes mucho que contarme y me temo que vas a tener que aguantar todos los improperios que quiera dedicarte.

—Yo creí que me apoyarías. Te necesito, hermana.

—Te apoyaré siempre, hagas lo que hagas, pero no te regalaré el oído. Si has actuado mal, te lo voy a decir. ¿Has estado ya en casa?

—No saben que estoy en Londres. Tú eres la primera con la que hablo.

—¿Y no piensas decirlo?

—No lo sé, Myrtle… No quiero hacerlos sufrir. ¿Qué motivo podría darles para haberlo dejado? Estoy hecha un lío… He alquilado una habitación en una pensión en Whitechapel.

—No me gusta que estés allí sola. Déjame que le mande un mensaje a mamá. Un criado de la familia para la que trabajo —señaló hacia la casa de la que había salido— lo llevará. Les diré que voy a pasar la noche con lady Sarah Holland y me iré contigo.

—¿Sarah Holland, tu antigua alumna?

—Sí, no hemos perdido el contacto y la he visitado varias veces,

ya que se encuentra preparando su boda. Sabes que siempre nos hemos tenido un cariño especial. Mamá no sospechará.

—Añade esta mentira a mi lista de pecados —le dijo Rose apesadumbrada.

—¿No tienes aún el cupo lleno? Ha sido idea mía, Rose. Ya me confesaré ante Dios. ¿Qué clase de hermana sería si te dejara sola? Espérame aquí, entraré por detrás y escribiré una breve nota, y cuando regrese iremos a algún sitio a comer. Sospecho que no te has preocupado de alimentarte en condiciones durante mucho tiempo.

Rose se encogió de hombros. Aquel encuentro con su hermana era lo que necesitaba en esos momentos, su consuelo, alguien querido en el que apoyarse y confiar sus penas.

No había dejado de llorar a escondidas desde que salió de Boston y no pretendía hacerlo delante de su hermana ahora. ¿Cuándo se secaría su corazón? ¿Cuándo se agotarían las lágrimas de añoranza por su amado Ewan?

Myrtle volvió al poco. Enlazó su brazo con el de ella y bajaron la calle en dirección a un cercano y conocido restaurante.

Se sentaron en un apartado rincón del local, alejadas de oídos indiscretos. Un camarero les tomó el pedido, y cuando se marchó, Myrtle tomó la mano de su hermana que descansaba sobre su regazo.

Rose la miró sin saber muy bien por dónde empezar…

—Tenía que hacerlo, Myrtle. Nuestro trato se limitaba a seis meses, después nos divorciaríamos. Él conseguiría su herencia, y yo, escapar para siempre de ese desalmado de Wesley.

—Supongo que los dos habéis obtenido lo que os propusisteis. Él, su castillo en las Highlands…

—Así es. Y no me arrepiento. Ha sido el hogar de su familia durante incontables generaciones. Si lo vieras, Myrtle… Es el sitio más bonito del mundo, un paraíso. Ewan me habló de sus antepasados y de su relación con Varrich. Me alegro de haberlo ayudado a conseguirlo. Espero que él lo recuerde así y no me guarde rencor…

—Rose…, te has enamorado de él.

La muchacha levantó los ojos del mantel y, enfrentándose a la mirada de su hermana, suspiró. «¿Cómo no iba a amarlo?».

—Tú también has conseguido lo que querías —añadió Myrtle—, Wesley no se fijaría en una mujer divorciada, pero eso ahora no será

necesario. Se casó el mes pasado con una viuda doce años mayor que él, con una renta bastante desahogada. Se dice que ella es muy exigente y celosa y no lo deja solo en ningún momento. Incluso lo acompaña donde quiera que envíen a su compañía. No volverá a embaucar a nadie.

—Sí, supongo que los dos hemos salido beneficiados…

—Y, sin embargo, pareces tan triste y desvalida… No le contaste nada, ¿verdad? —Rose negó con la cabeza—. Eres una insensata, hermanita, algo que jamás pensé que diría de tu persona. Cuando os casasteis, yo noté como Ewan McKinley se preocupaba por ti. He reparado en cómo te miraba. No puedes estar tan ciega… ¿Acaso no te has dado cuenta de que te ama? Tendrías que haberle dado la oportunidad de saber la verdad, de elegir si perdonarte… o no.

—No podía decirle… nada.

—Llevas tantos años callando, creyéndote la más mísera de las mujeres, que no eres consciente de que aquello no fue un pecado, sino un acto de amor… con alguien que no lo merecía. Y si hay algún culpable, ese es Wesley, no tú. No dices nada porque crees que no te perdonará, pero, en realidad, la única que no te perdonas eres tú.

Rose asintió en silencio. Cuando consiguió contener el llanto que pugnaba por desbordarse desde lo más hondo de su alma, quiso excusarse ante su hermana.

—Estoy segura de que él me cree inocente y pura y no quería ver su cara de decepción y asco cuando se lo contara, Myrtle. No lo soportaría. Prefiero que piense que no lo amo y que me fui cuando cumplió el plazo a que me recuerde como alguien indigno. No tengo dudas ante eso. No me lo reproches más, por favor. —Rose se mordía los labios, nerviosa, mirando a su alrededor—. Solo te pido que me acompañes mañana al abogado y me ayudes a decidir qué voy a hacer con el resto de mi vida.

Myrtle apretó la mano que aún reposaba sobre la de su hermana y asintió. Ambas trataron de recomponerse cuando vieron acercarse al camarero con la bandeja.

Comieron desganadas, en silencio.

Después de hacerlo, Myrtle se marchó junto a Rose hasta la pensión de Whitechapel. Al día siguiente acudiría con ella al despacho de abogados. Rose ya lo había decidido y ella no podía hacer otra cosa



que prestarle su apoyo y un hombro donde llorar.

Capítulo 24

A la mañana siguiente tomaron un carruaje que las condujo hasta el céntrico bufete de abogados al que la había llevado McKinley antes de casarse y en el que firmaron un contrato prenupcial muy favorecedor para Rose en caso de divorcio.

Tuvieron que esperar un rato antes de ser atendidas; y en cuanto salió el cliente que se encontraba dentro, el abogado las hizo pasar al despacho.

Rose explicó muy claramente sus intenciones.

—Señora McKinley…, esto es de lo más irregular. No suele pasar que un matrimonio con tan poco tiempo de convivencia solicite… Verá, señora, el divorcio es algo muy nuevo aún en nuestro país y quizá uno lo pueda tomar un poco a la ligera, si me permite decirle.

—Le aseguro, señor, que no es el caso. Llevo… un tiempo considerable meditándolo.

Myrtle puso los ojos en blanco.

—Si es un asunto de malos tratos —continuó el abogado—, sería de todo punto comprensible…

—No, no —se apresuró en aclarar Rose—, en absoluto. No podría haber un hombre más atento y caballeroso… En modo alguno se trata de eso.

El abogado esperó alguna justificación por parte de la señora

McKinley, pero al permanecer en silencio, decidió continuar:

—Está bien. Se convertirá usted en una desahogada divorciada, entonces. Tal y como firmó hace poco más de seis meses, será dueña de una vivienda a su nombre y una pensión vitalicia en tanto no vuelva a casarse.

—No quiero nada.

El abogado, que ojeaba los términos del divorcio en el documento, la miró por encima de sus gafas.

—Supongo que sería lo justo, después de todo, pero eso no será posible. Pese a las pérdidas que esto le reportará al *laird* de Varrich, usted recibirá lo que se firmó.

—No quiero que sufra ninguna pérdida por mi culpa. No aceptaré la vivienda ni una pensión.

—Oh, no me refiero a eso. No es nada en comparación con su herencia...

—¿Su herencia? ¿Qué ocurre con ella?

—No me diga que no lo sabe... —la encaró sorprendido—. Oh, quizá he pecado de indiscreto —se excusó ante las miradas interrogantes de las Archer—. No sé si debo contarlo...

—No dé marcha atrás ahora, señor. Dígame qué ocurre con la herencia —lo espoleó Rose.

—Supongo que es justo que lo sepa... Si el señor McKinley se divorcia, perderá las tierras, el castillo y el título. Toda su herencia pasará a manos de la Corona. Su abuelo fue muy claro en el testamento: encontrar a una esposa inglesa en un plazo inferior a seis meses desde la apertura del testamento y casarse con ella... de por vida. Lord Varrich había oído los rumores que predecían la aprobación del divorcio por parte de las Cortes y se aseguró de dejarlo muy claro. El matrimonio tendría lugar en una iglesia y sería indisoluble. En caso contrario, su nieto se quedaría sin nada.

La súbita palidez de Rose asustó al hombre, que salió de detrás de la mesa donde se encontraba; y mientras Myrtle la ayudaba a tomar asiento, fue a buscar un vaso de agua.

—No sabía nada, entonces —se dirigió a Myrtle, mientras Rose intentaba beber.

—Él no le dijo nada.

—En su momento, me pareció muy extraño el contrato que el

señor McKinley me había propuesto ante un posible divorcio, teniendo en cuenta lo que perdería si este se producía. ¿Por qué lo haría? —se preguntó el abogado.

Myrtle se encogió de hombros.

—Nunca me quiso retener contra mi voluntad. Por eso no me lo dijo, para que yo decidiera libremente en todo momento si quería permanecer junto a él… Pese a todo lo que se jugaba… Oh… —Rose se tapó la cara con las manos.

Un buen rato más tarde, las dos dejaron el despacho y salieron a la calle. Myrtle interpeló a Rose en la puerta:

—¿Estás segura de tu decisión?

—No he tomado ninguna, hermana. Me he limitado a huir, como siempre.

Días más tarde, Rose se mudó a las afueras de Londres, a una pequeña casita que alquiló con sus cada vez más menguados ahorros. Myrtle pasó unas semanas junto a ella, ya que la mansión de su discípula Sarah se encontraba cerca y le servía de justificación ante sus padres, a la vez que le echaba una mano con sus preparativos de la boda y permanecía el máximo tiempo posible junto a Rose.

—¡Qué extraño es el amor! —se quejaba Myrtle, a veces, tras regresar de la mansión Holland—. Sarah bebe los vientos por su futuro marido y, sin embargo, a él parece que no le importa nada, es un tipo odioso… ¡¿Cómo no puede enamorarse de semejante muchacha?!

—Quizá sí la quiera en el fondo… aunque no lo deje ver.

—Rose, ¿por qué las personas nos complicamos tanto la vida? ¿Por qué tantas convenciones sociales, tantas etiquetas y formalismos? ¿Por qué no ser sinceros? Voy a acabar pareciéndome a nuestra hermanita Ivy. —Rio—. ¿No la echas de menos?

—Mucho…

—¿Y si decidieras pasar un tiempo con ella?

—¿Trasladar mis problemas a otro lugar? Myrtle, entiendo que estés cansada de mí, pero no debes preocuparte, ya he tomado una decisión.

—No estoy cansada de ti y nunca lo estaré. Me preocupo por ti,

eso es todo. Dime ahora qué has resuelto.

—Cuando viajaba desde Nantes, conocí a una mujer que trabajaba como cocinera en un hospital cercano a Dover. Es una institución que se hace cargo de las personas más desamparadas, las que no tienen hogar ni familia que se ocupe de ellos. Voy a escribirles y a ofrecerles mi tiempo. Podría emplearme en la cocina, limpiando, o tal vez ser una aprendiz de enfermera. Trabajaré donde se me necesite. No puedo permanecer por más tiempo ociosa, dedicando cada segundo a recordar todos mis errores.

—¿Y padre y madre? ¿No has pensado en ellos?

—Claro que sí. Les escribiré cuando consiga un trabajo e iré a contarles todo personalmente. Pero no quiero presentarme ante ellos tan desamparada, porque sé que no me dejarán marchar. Quiero que sepan la verdad, pero que no que se vean obligados a acogerme bajo su techo. No sería bueno para ellos ni para ti tampoco.

—Por mí no te preocupes. Si amar significa no ver la realidad como Sarah o sufrir como lo haces tú, ten por seguro que no me enamoraré nunca.

—No digas eso, hermanita. —Rose la abrazó—. Eres una persona muy especial, bondadosa, sensata y honesta, y encontrarás a alguien que te adorará y que te hará muy feliz.

—Bienvenido si tal cosa ocurre en esos estrictos términos, pero permíteme dudarlo. Además, me siento muy a gusto conmigo misma. ¿Y qué es eso de trabajar en un sitio lejos de Londres? ¿No te has planteado seguir ayudando a papá en la parroquia…?

—¿Y acompañar a tía Henrietta en sus viajes? —Rio sarcástica—. Nada será igual cuando sepan todo, y no quiero que se sientan avergonzados y tengan que soportar mi presencia a diario. Conocerán la verdad, pero no pasearé por todo Londres mi situación.

—Sabes que yo me tendré que marchar en unos días…

—Lo sé, y no te imaginas cuánto te agradezco tu compañía, Myrtle. No sé qué habría hecho sin ti…

—Tú también lo harías por mí…

—Le diré a papá y a mamá que tuviste que mentir por mi culpa…

—¡Eh, yo no he mentido! Les he dicho que venía a ayudar a Sarah y es cierto. Simplemente he obviado contarles que me alojaba contigo. Rose…, me preocupa dejarte aquí.

—Redactaré la carta para el hospital hoy mismo y, en cuanto me contesten, te mandaré un mensaje con la decisión. Sabrás dónde estaré en cada momento. No creo que tarde mucho en dejar esta casa, y cuando lo haga y me encuentre en Dover, iré a visitaros.

—Voy a pensar en ti todos los días y a todas horas, me temo. No quiero dejarte sola, Rose.

—Estaré bien, Myrtle, de verdad. Necesito acostumbrarme a esta situación, intentar contemplar todo desde cierta distancia y con la perspectiva que da el tiempo. Serenarme y coger fuerzas para cuando tenga que contarles a todos lo que hice con mi vida cuando tenía dieciocho años y, sobre todo, este último año.

—No te mortifiques más. Cualquier locura que hayas cometido, ya la estás pagando. Tú no mereces esto.

—Puede que no, pero hasta aquí me llevaron mis actos —concluyó pensativa.

Capítulo 25

Myrtle se había marchado hacía unos días, y la soledad y el silencio cayeron sobre Rose como una pesada losa.

Los días en que hacía buen tiempo, intentaba serenar su espíritu atormentado saliendo a pasear por el campo, que estallaba en flores y frutos primaverales. Respondía amable a los saludos de sus vecinos, pero sin entablar relación, no quería hablar de sus circunstancias ni tener que dar explicaciones sobre la razón de su vida aislada.

Reconocía que esa existencia apacible la sosegaba y que hubiera encontrado cierto alivio dedicándose a cultivar un huerto y empleándose como maestra en alguna casa pudiente. Pero ella no creía ser merecedora de tanta calma y paz.

Una tarde en la que regresaba de su paseo, vislumbró un tílburi parado frente a su casa. El corazón le dio un vuelco. Se detuvo en el camino, sin saber si echar a correr hacia la vivienda o desaparecer. Por un momento estuvo dispuesta a creer que él estaba allí, que habría regresado de Boston, pero después intuyó que, finalmente, sus padres se habrían enterado y Jacob Archer habría ido a buscarla.

Inspiró profundo y trató de conducir sus pasos con firmeza hasta la entrada. No había nadie junto a los caballos ni en el interior del vehículo, y la puerta de la vivienda se encontraba cerrada tal y como la había dejado. Inquieta, rodeó la casa hasta el jardín trasero y allí,

apoyada la espalda contra el tronco de un árbol, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, vislumbró al americano.

El sol de la tarde se reflejaba en su cabello y en su rostro que mostraba un rictus de sufrimiento. Rose dio un paso atrás, pero se obligó a detenerse. No iba a huir más. Escucharía cualquier cosa que tuviera que decirle, aceptaría sus críticas, asumiría la decisión que él tomara. Y se encaminó a su encuentro.

McKinley se envaró en cuanto oyó sus pasos y abrió los ojos. La contempló avanzar hacia él por el estrecho sendero del jardín, ataviada con un sencillo vestido, el pelo recogido en un moño bajo, despeinado por la brisa, del que se escapaban mechones de su glorioso cabello azabache. Estaba más delgada y el rubor del paseo no había atenuado sus ojeras, de las que el caballero se percató enseguida. Pero seguía tan hermosa como siempre, con ese halo de misterio y delicadeza que la envolvía y que conseguía que su corazón se acelerara al verla, que el tiempo se detuviera y que deseara tenerla entre sus brazos para amarla y protegerla pasara lo que pasara.

—Ewan, has venido... desde Boston —musitó cuando estuvo frente a él—. ¿Cómo supiste dónde encontrarme? ¿Has estado en mi casa?

El hombre permaneció mudo durante unos segundos, hechizado por el sonido de su voz, de su nombre en sus labios. Y después recordó como ella lo había abandonado y todo el sufrimiento que le había causado.

—Sabía que no irías a tu casa. Te he buscado durante mucho tiempo, Rose, hasta que pude preguntarle a tu hermana. Ella me dijo dónde te encontrabas. He venido a traerte esto —dijo sacando un documento doblado del interior de su chaqueta y ofreciéndoselo a ella.

—Es la declaración de divorcio —añadió Rose tras abrirlo y leerlo —. La has firmado.

—Es lo que querías, ¿no? Solo falta tu firma y dejaremos de pertenecernos.

—Pero tu herencia, el castillo... Yo no quise firmarlo porque no quería dejarte sin lo que por derecho te pertenece...

—Ya te lo dije una vez, Rose. Eso no son más que objetos, bienes materiales... No me importan nada. Solo deseo que seas feliz, y si tu felicidad significa alejarte de mí porque no me quieres, yo no te

ataré... No te obligaré a nada...

—No digas eso... yo soy quien te retiene, en realidad. Hiciste una mala elección conmigo, Ewan. Te mentí acerca de los motivos para casarnos, pero tú debiste decirme que mi propuesta de divorciarnos no era válida. Hubieras podido buscar y encontrar a alguien mucho mejor.

—No quería a nadie más que a ti, por eso no te dije nada. Tú eras mi elegida, independientemente de la herencia.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Firmarás ese documento si... en verdad no me quieres, Rose. Si quieres seguir tu vida sin mí, lo harás. No me importa Varrich.

Rose bajó la cabeza, buscando las palabras... Deseaba tanto contarle toda la verdad, liberarse, pero temía su desprecio.

—Yo no quiero que pierdas el castillo. Podremos vivir separados, yo... no te impediré si necesitas, si deseas a otra...

—No quiero oír lo que estás a punto de decir. Yo no necesito ni deseo a nadie más que a ti, y sé que tú también me amas... y me deseas, aunque no quieras reconocerlo. Lo veo en tus ojos, en tus labios, en tu piel y en tu cuerpo cuando te abrazo. —Le rodeó la cintura y la atrajo hacia él—. Noto cómo tiemblas y te estremeces. Dime, Rose... ¿por qué me rechazas?

—Yo... yo no soy digna de ti. —La muchacha ocultó un sollozo en el pecho del caballero.

—¿Por qué, Rose?

—Si te lo confesara me odiarías... —dijo mirándolo de frente con las manos sobre su pecho, apoyada sobre él, temblando. Ewan la incitó a seguir, con su mirada expectante—. ¡Está bien! —continuó ella, separándose de él con brusquedad—. ¿Quieres saberlo todo sobre mí? Te lo diré... pero espero que recuerdes que, aunque no fui sincera, te ofrecí divorciarnos en Brighton para que no tuvieras que cargar conmigo. Yo, yo...

Rose cayó de rodillas sobre el suelo, frente a él, sollozando, incapaz de hablar.

McKinley se arrodilló junto a ella, abrazándola. La muchacha se acurrucó en el hombro del caballero, hasta que, poco a poco, fue apaciguándose.

—No hay nada de lo que digas que pueda hacer que te odie, mi

amor —le susurró él.

La joven levantó su rostro hacia él y, enfrentándolo, se sinceró:

—Soy Rose McKinley, pero tu esposa no es una mujer virtuosa y sin tacha. —Se secó rápidamente con la mano una lágrima que se deslizó por su mejilla—. No serás el primero que… disfrute de mis favores. Siento decirte que… tu esposa ya entregó su virtud.

Rose alzó la barbilla y lo miró con gesto desafiante, dispuesta a sobrellevar lo que él le dijera. Se sorprendió al ver como en la expresión de Ewan no había rastro de sorpresa o de ira, más bien aceptación y alivio. Tomó la cara de ella entre sus manos, mientras intentaba controlar las lágrimas que empañaban sus ojos azules.

—Dime cómo fue, Rose… ¿Wesley te… forzó?

—¿Cómo sabes…? No, no me forzó. Lo hice porque estaba enamorada… Pensé que nos casaríamos, pero nunca tuvo la intención. —Ewan suspiró aliviado—. ¿No dices nada? —le preguntó ella, inquieta ante su silencio.

—No puedo decir que me guste, Rose, pero eso pertenece a tu pasado, cuando yo no estaba en tu vida y me… alivia, en cierta forma, saber que fue consentido.

—¿No te importa?

—No puedo recriminarte algo que sucedió a causa de tu juventud y de un ser despreciable que se aprovechó de ello. Tú lo amabas y él pudo conseguir a la mujer más maravillosa y la dejó escapar, el muy imbécil. Afortunadamente para mí. —Inspiró profundo—. Además, yo tampoco he sido ningún santo, Rose. Nunca he seducido a jovencitas, pero tengo… cierta experiencia y… ya estaba preparado para esto.

—¿Cómo…?

—Wesley, la noche de la fiesta, me lo dijo en el jardín.

—Oh, ¿cómo es posible? No me dijiste nada… y a pesar de ello, te casaste conmigo.

—Sabía que te avergonzaría si te lo decía y no estaba seguro de si después de ello querrías casarte conmigo. Preferí esperar hasta que estuvieras lista para contármelo.

—Fue una larga espera…

—Que me avergüenza, Rose. Tendría que haberte ayudado de alguna forma y no hubiéramos llegado hasta aquí. Yo también tengo que confesarte algo… Pude haberte liberado de este matrimonio.

Amenacé a Wesley para que no dijera nada de… vuestra relación.

—¿Partiéndole la nariz?

—¿Lo lamentas? No fue mi intención, fue un accidente. En realidad, lo hubiera liquidado si se hubiera defendido. No tuve el placer… ¿Habría cambiado algo si hubieras sabido que él ya no te haría daño?

Rose no pudo evitar una sonrisa.

—¿Y haberme perdido el paisaje de Varrich y la estancia en el castillo? Prefiero no pensar en todo lo que nos hemos ocultado. Ahora estamos aquí… ¿Qué vamos a hacer, Ewan? ¿Qué haremos con tantos malentendidos y con la carga del pasado?

—Podremos con ello, Rose. Yo no me imagino la vida sin ti… ¿me querrás en la tuya?

—Si tú quieres y me aceptas tal y como soy, yo… seré la mujer más feliz sobre la Tierra. No sabes por cuánto tiempo he escondido lo mucho que te amo.

—No lo hagas más, mi amor. Por supuesto que te quiero tal y como eres. Y vamos a encargarnos de recuperar el tiempo perdido.

Puso su mano sobre su nuca y la atrajo para atrapar su boca y besarla con deseo, con ansia, con pasión. Por primera vez, la sintió relajada entre sus brazos. Los besos se volvieron más apasionados, más anhelantes. Él la tomó entre sus brazos y la ayudó a levantarse del suelo. Sin dejar de besarse y de acariciarse, caminaron a trompicones hasta la puerta trasera y la abrieron tras varios intentos. Tropezaron con mesas y sillas, pero no se separaron ni por un momento hasta llegar al dormitorio de estilo rústico, donde una sencilla cama de madera con una colorida colcha de flores les dio la bienvenida.

Rose le desabotonó el chaleco, mientras él intentaba lo propio con el vestido de ella. Saltaron botones antes de que la prenda cediera, que rodaron por la habitación acompañados del sonido de sus risas. Ewan se quitó la chaqueta y el chaleco y lidió con el corsé de Rose. Cuando lo hubo desatado, solo una delicada enagua de finos tirantes cubría su cuerpo. Él aún conservaba su pantalón.

McKinley le acarició la mandíbula sin dejar de mirarla, con una sonrisa que la hacía estremecer de amor y deseo. Perfiló con sus dedos la línea de su cuello y de sus hombros, bajó por sus brazos hasta posar su mano en las caderas desde donde subió para alcanzar sus pechos

enhiestos, expectantes. Los acarició con delicadeza. La besó en la boca y bajó hasta el cuello. Ella arqueó su cabeza hacia atrás. Él siguió deslizando su lengua por el hueco de la clavícula y continuó hasta atrapar un pezón entre sus labios, por encima de la ropa. Rose ahogó un gemido. La enagua cayó al suelo y Ewan se apartó para contemplarla desnuda.

Disfrutó de la vista mientras la notaba sonrojarse y morderse los labios, avergonzada y excitada.

—¿Vas a permanecer mucho tiempo ahí quieto, viendo cómo me muero de vergüenza? No estamos en igualdad de condiciones, señor McKinley. Usted aún lleva ropa —le dijo intentando controlar su timidez, pero, sobre todo, el sobrecogedor deseo por aquel hombre que la embargaba por completo.

—Suéltate el cabello —fue su respuesta.

Rose llevó los brazos hasta su pelo y comenzó a quitarse las horquillas. Una cascada de precioso pelo azabache cayó sobre sus senos, sus hombros y su espalda. Ewan tragó saliva. Se acercó hasta ella, la rodeó y, colocándose detrás, le apartó la melena que caía sobre la espalda, echándola hacia delante, y comenzó a besarle la nuca.

—¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que me desnude? —le susurró junto a su oído, mientras le mordía suavemente el lóbulo de la oreja.

—Ah... eso... eso estaría bien...

Rose oyó el sonido del pantalón deslizándose hasta el suelo y, al momento, sintió el cuerpo del hombre pegado al suyo, dibujando sobre ella su tensa musculatura, su firmeza y... su virilidad. Gimió.

Él continuó besando su cuello, el lóbulo de la oreja, mientras que con las manos acariciaba su vientre y se perdía más abajo, tocando partes de su cuerpo húmedas y ávidas de placer.

—Vamos a la cama —le susurró junto al oído.

Rose se dejó hacer. Jamás había experimentado nada parecido a lo que descubría en este momento, una hoguera interior que la abrasaba, la necesidad de sentir a Ewan por completo y de darse totalmente, de fundirse juntos en una misma piel.

Se recostó de espaldas en la cama y él se desembarazó con rapidez de pantalones y botas para mirarla pícaro, inclinarse entre sus piernas y, tomando sus caderas entre las manos, la levantó y sumergió su boca en su más tierna y expectante humedad.

Aquel gesto inesperado le hizo dar un respingo.

—¡Ewan! ¡Esto no es…! Ah… No es apropiado… —acabó susurrando, mientras se retorcía de placer y trataba de contenerse para no gritar.

Sintió sus labios, su lengua, trazando surcos de placer en su interior. Aquello era una dulce e insoportable tortura. Abrió los ojos desmesuradamente y gritó cuando notó llegar el éxtasis por primera vez en su vida. Un satisfactorio bienestar al que se abandonó por completo, mientras musitaba su nombre.

Su cuerpo se relajó sobre el colchón, pero él no le dio tregua. Volvió a hacerla inflamarse de deseo con solo tocarla. Se colocó encima, apoyado sobre sus fuertes brazos, con la piel ardiente, y la besó. Ella se abrió para él y le pidió que la completara. Él se introdujo en su interior y comenzó a torturarla: con delicadeza, primero; sin compasión, después; con una cadencia de voluptuosos movimientos. La ansiada dicha y el alivio les llegó a los dos por igual.

Cuando recuperaron el aliento, Rose le preguntó tímida:

—¿Esto es siempre así?

Ewan le dedicó una intensa y sensual mirada.

—¿Así… cómo?

—Tan… oh, tan placentero… y divertido —le contestó ocultando el rostro en su pecho.

—Tanto como quieras… y más… —insinuó con una sonrisa preciosa.

—Podremos repetirlo, de vez en cuando, supongo.

La estruendosa carcajada de McKinley la hizo estremecerse de placer y vergüenza.

—Estaré dispuesto a que me utilices para lo que estimes conveniente.

—Eso mismo me dijiste aquella tarde junto al muelle, cuando salí de la barca donde estaba escondida, ¿lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, señora McKinley —le dijo recorriendo con sus dedos el vientre de la joven, y notando como se estremecía—. Estaba dispuesto a lo que me hubieras pedido, Rose. Cualquier cosa que hubieras necesitado. Te metiste debajo de mi piel aquella tarde.

—Oh… hasta el punto de casi perder un castillo.

—Lo hubiera sentido, pero lo que más me habría dolido habría

sido tu rechazo.

—No tendrás que preocuparte más por eso —le aseguró reclinándose sobre él, apoyando su brazo sobre el torso masculino.

—Haré que no te arrepientas…

—Estoy convencida de ello… —le dijo ella sin mirarlo, ocupada como estaba en besarlo y en acariciar sus brazos y su pecho.

Por si había alguna duda se dispusieron a demostrárselo mutuamente, una y otra vez, durante el resto de la tarde y parte de la noche.

Era mucho el tiempo perdido que deseaban recuperar.

Capítulo 26

Permanecieron algunos días más en la pequeña villa a las afueras de Londres, como si de una luna de miel se tratara. Se dedicaron con ahínco a sanar sus heridas, a entregarse, a descubrirse en la piel y en el alma.

Una dicha que la hacía resplandecer fue percibida por Myrtle cuando una tarde se presentaron de improviso en la casa Archer. La muchacha casi se desmayó de alegría cuando vio a su hermana acompañada de Ewan, y no tuvo rastro de duda sobre lo que había sucedido.

Finalmente, Rose se había decidido a contarle la verdad y él la había aceptado. Abrazó a su hermana antes de que todos salieran a su encuentro y, sin decirse nada, tan solo con la mirada, se lo contaron todo.

McKinley se acercó a Myrtle antes de entrar en la casa para saludar a toda la familia, y con una mirada decidida musitó:

—Gracias.

—Espero que aprecies todo lo que Rose vale, americano —le advirtió ella, sonriente.

—No te quepa ninguna duda. Gracias, Myrtle, por decirme dónde se encontraba. He hallado a una auténtica hermana en ti. ¡Ah! Y esa expresión no es ninguna novedad, Jacob Archer ya la usó en su

momento.

Ambos rieron antes de acceder al interior, donde ya se escuchaban las exclamaciones de sorpresa y alegría por parte de la familia.

La excusa que dieron para el regreso a las islas fue la necesidad de volver a viajar hasta Varrich para finalizar las obras. No fue pertinente contar nada más y ambos callaron el pasado.

Eleanor se horrorizó al descubrir que ambos pensaban marcharse al cabo de pocos días.

—¡Ah, no! No os marchareis tan pronto —amenazó, sin importarle la mirada sorprendida de su esposo—. No me mires así, Jacob Archer, he estado más de seis meses sin mi primogénita y a saber cuándo regresarán de nuevo, así que voy a ejercer mis derechos como madre y a retenerla todo lo que pueda. Y a usted también, señor McKinley —avisó, ante la sonrisa divertida del norteamericano—. Quiero que Rose se encuentre con su hermano Bellamy, que volverá en pocas semanas.

—No lo conoces aún, Ewan —explicó Rose—. Es el único que no pudo asistir a nuestra boda.

—El hermano de tu madre, sir Robert Edwards, ha nombrado heredero a Bellamy como primogénito de su hermana al no tener un descendiente varón —explicó el reverendo—. Era algo que suponíamos que pasaría, siempre fue su favorito.

Rose recordó las veces en las que su tío Robert se pasaba a verlos cuando iba a Londres por asuntos de negocios o las escasas ocasiones que ellos se quedaron algún tiempo en su mansión. La familia Archer no era del agrado de la refinada esposa de sir Robert. Demasiado pobres. Robert Edwards intentó muchas veces convencer a su padre para que se trasladaran junto a ellos, a una parroquia de más prestigio y que le proporcionaría una vida más cómoda y regalada, pero Jacob nunca aceptó. Ahora la esposa y las hijas de su tío pasaban a depender de su hermano. Un súbito pensamiento la asaltó.

—¿Hay alguna condición para aceptar la herencia? —preguntó de sopetón, encontrando la misma duda en el rostro de su esposo.

—¿Qué condición podría haber? Eso no tiene sentido —aclaró Eleanor—. Tu hermano aceptará la herencia, no va a permitir que la señora Edwards ni sus hijas acaben en la indigencia.

—Eso no sería propio de Bellamy —opinó Myrtle.

—Os quedaréis, entonces, hasta que llegue —concluyó la señora

Archer.

Tumbado en la cama de la buhardilla donde se le había desterrado, ya que los Archer no consintieron en que tomaran un hotel, pero tampoco en proporcionarle una habitación para ellos dos solos, Ewan sintió en su piel la añoranza por Rose, quien compartía habitación con Myrtle en el piso de abajo. Se alegró por ella porque sabía que le encantaría pasar un tiempo a solas con su hermana que tanto la había ayudado, pero él calculaba mentalmente los días que tardarían en volver a estar solos y el simple hecho de imaginarlo hacía que le doliera el cuerpo ante la pura necesidad de sentirla.

Estimó que para cuando Bellamy llegara, ya habría comenzado el otoño y, además, Rose quería visitar a su hermana Ivy cuando viajaran hacia Escocia, así que el invierno en pleno los atraparía durante su estancia en Varrich. Múltiples asuntos se habían quedado pendientes en Boston, pero… ¡qué diablos!, si ya habían salido adelante sin él una vez, bien podrían hacerlo otra.

McKinley había reorganizado sus prioridades, y pasar un invierno en Varrich encerrados en el castillo, viendo caer la nieve junto a Rose, le parecía ahora la mejor y la más atractiva de las opciones. Ya volverían a Boston en primavera.

—Te he echado de menos —le dijo en cuanto la vio entrar en la estancia de paredes de piedra, que rezumaba un vapor cálido a consecuencia del agua caliente de la inmensa tina.

—Te dije que me había olvidado de coger algo de abrigo. No querrás que cuando salga de la bañera al exterior me congele.

—En absoluto. Yo no dejaría que nada malo te ocurriera.

—¿Has visto que el agua se ha helado en las piletas del patio?

—¿A eso te dedicas mientras yo te espero impaciente, cociéndome en mi propia salsa?

—No me regañes, Ewan McKinley, toda esta nieve, este hielo es tan nuevo y desconocido para mí que me resulta de lo más desconcertante… y maravilloso.

—¿Ya te aburriste de mí? ¿No te resulto desconcertante o maravilloso?

Rose se mordió los labios recorriendo con la mirada su cuerpo desnudo sumergido en la bañera.

—Creo que me voy a reservar mi opinión sobre su persona en este momento. Podría resultar algo… pecaminosa.

—Escandalíceme, señora McKinley.

—Ah, no…

—Solo tendrías que desnudarte para mí, mi bella rosa inglesa.

Rose se quitó la ropa con lentitud, mientras Ewan no dejaba de observarla con una mirada que destilaba deseo. Cuando estuvo totalmente desnuda, el americano suspiró y se sumergió por completo en la bañera. Tardo unos segundos en salir y, alargando su brazo, le ofreció su ayuda.

—Ven aquí.

La muchacha descendió los escalones de piedra y sintió el agua cálida recorriendo su piel, filtrándose por sus poros. Ronroneó de placer.

Ewan la acogió junto a él, dejando que ella apoyara su espalda y la cabeza sobre su hombro y su pecho.

—Esto es el paraíso. Creí que nunca estaríamos así… juntos… en este lugar.

—¿Pensaste en ello, Rose?

—Cada vez que venía aquí.

—¡Vaya! Y yo que creí que mi esposa era una mujer de férreos principios, voluntad inquebrantable y fría como un témpano, capaz de resistirse a todos mis intentos por seducirla.

Volviendo la cabeza, lo miró, arqueando una ceja.

—¿Cómo puedes decir eso? Puede que disimulara durante un tiempo, pero desde luego, no es eso lo que ocurre desde que hemos llegado. Fuera del castillo nieva y hace frío, pero no tiene nada que ver con la temperatura que sentimos tú y yo cuando estamos juntos.

—Me provocas un incendio, Rose —le dijo al oído, mientras la encajaba entre sus piernas, recorría su cuerpo con las manos y con los dedos le arrancaba suspiros.

No pudo contestarle, la razón se le nublaba cuando él comenzaba a besarla y acariciarla. Quiso decirle lo muy feliz que la hacía estar en

Varrich y que hubieran decidido pasar el invierno allí. Aunque salían poco al exterior y siempre bien abrigados, era un regalo para los ojos y el espíritu contemplar el magnífico paisaje invernal, percibir la sensación de eternidad que transmitía, de algo infinito y perdurable, como su amor y su dicha.

Toda razón ocupaba un lejano lugar para ellos cuando compartían las caricias del otro, su piel, su sabor, sus gemidos.

Rose, sintiendo que las llamas del deseo la devoraban, se arqueó para dejarlo entrar en su interior. El vello de su torso rozaba su espalda; la boca de él, junto a su oído, susurraba palabras de puro goce, mientras ella jadeaba ante cada envite. Una explosión de indescriptible placer llegó y los recorrió por completo. Abrazados, esperaron que los latidos se serenaran y la respiración se apaciguara. Un dulce letargo los envolvió.

El invierno dio paso a la primavera y el castillo se volvió más concurrido con la presencia de los habitantes de la aldea de Tongue. Celebraron fiestas que los unieron y, antes de marchar, dejaron claramente consignados los trabajos que se realizarían dentro y fuera de la fortaleza, quiénes lo harían y cuándo. Ewan calculó que tardarían un tiempo en volver, pero estarían encantados de hacerlo en cuanto pudieran.

El cuadro de la alcoba en el que aparecía el abuelo McKinley junto a su esposa y su hijo Cameron fue trasladado al salón. Ewan sentía una especie de influencia benéfica cuando lo miraba. Lo hacía retroceder hasta la infancia de su padre, hasta un tiempo en el que su abuelo no se había convertido aún en un ser mezquino e intolerante.

De alguna forma, Ewan comenzaba a congraciarse con él, a entender su dolor al morir su esposa y que esto le hiciera volverse posesivo hacia su único hijo. No sabía si acabaría perdonando por completo todo el dolor que infligió a su propio vástago, pero tenía que reconocer que, por avatares del destino, él había sido quien le había obligado a encontrar y conocer a Rose, la mujer que se había convertido en el centro de su existencia.

Después de un invierno de amarse sin tregua, de conocer los

pensamientos y cada milímetro de la piel del otro, tuvieron que, a regañadientes, ponerse en camino hacia Norteamérica.

Sobre la cubierta del navío que los devolvía nuevamente a Boston, Ewan volvía a contarle que, aunque al principio su tía y sus primas se habían asustado ante la marcha tan precipitada de Rose, él la había excusado y les había escrito para tranquilizarlas, una vez que la encontró y decidieron continuar el camino de su vida juntos.

La esperaban con los brazos abiertos, aunque él no volvería a pretender que ellas distrajeran las horas que él debía estar en casa. Le aseguró que pasaría junto a ella mucho más tiempo, no en vano había prometido enseñarle a cabalgar y a jugar al billar y estaba dispuesto a cumplir sus promesas.

Rose asentía sin prestar demasiada atención. Ninguno había querido entrar en pormenores que ya no importaban, informando a sus familias de asuntos que los harían infelices, y que, en el fondo, solo les atañían a ellos. La familia de Ewan estaría tan contenta de volver a verlos, como sucedió con la familia de Rose, que no habría lugar para ningún tipo de recriminación o duda.

Rose, por su parte, no pensaba en el billar ni mucho menos en cabalgar.

Meditaba sobre lo hermoso que iba a ser formar una familia junto a él, llenar su hogar de niños que tanto les gustaban, y darle un heredero que un lejano día poseyera el castillo y experimentara la dicha que sus padres sintieron al contemplar las tierras de Varrich por vez primera. Instintivamente, se acarició el vientre con dulzura.

Ewan se dio cuenta de que su esposa estaba ajena a sus palabras y sonreía contemplando el horizonte.

—¿Te preocupa algo, mi amor?

Rose se volvió hacia él. Lo había callado durante mucho tiempo hasta no estar segura por completo, pero ya podía compartirlo sin temor a equivocarse. Le sonrió con los labios y los ojos, con una expresión de pura dicha, y poniendo una mano sobre el pecho del hombre, en el lugar donde latía su corazón, le confesó:

—Tengo algo que decirte y sé que te va a hacer muy feliz.

Nota de la autora

Espero que hayas disfrutado leyendo esta novela tanto como yo escribiéndola.

Su protagonista, Rose, es la primogénita de los hermanos Archer. Si te intriga y apetece conocer a otros miembros de la familia, su forma de ser y sus historias de amor, te diré que ya puedes leer sobre la benjamina de las hermanas, Ivy, en la novela *Seducción escocesa*, publicada también por Selecta.

Y pronto será el turno de Bellamy, el mayor de los varones, capitán de la Marina Real inglesa, con destino en Gibraltar. ¿Querrás conocerlos?

Decidas lo que decidas, te agradezco que hayas llegado hasta aquí.

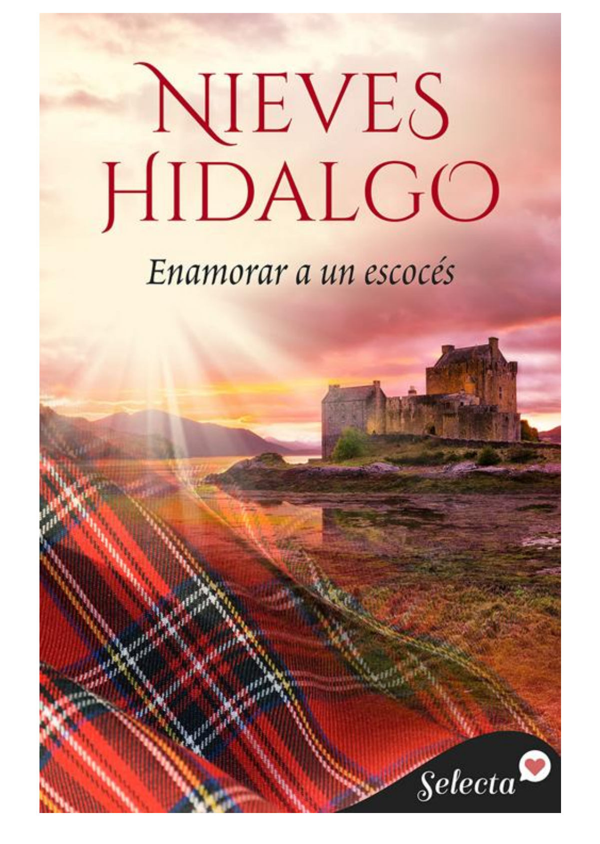
Si quieres contarme qué te pareció, puedes contactar conmigo a través de mi Instagram @evangeline.cruz_ o mi Facebook: Evangeline Cruz. Estaré encantada de leer tus comentarios.

Si te ha gustado

Un castillo en las Highlands

puedes disfrutar de estas

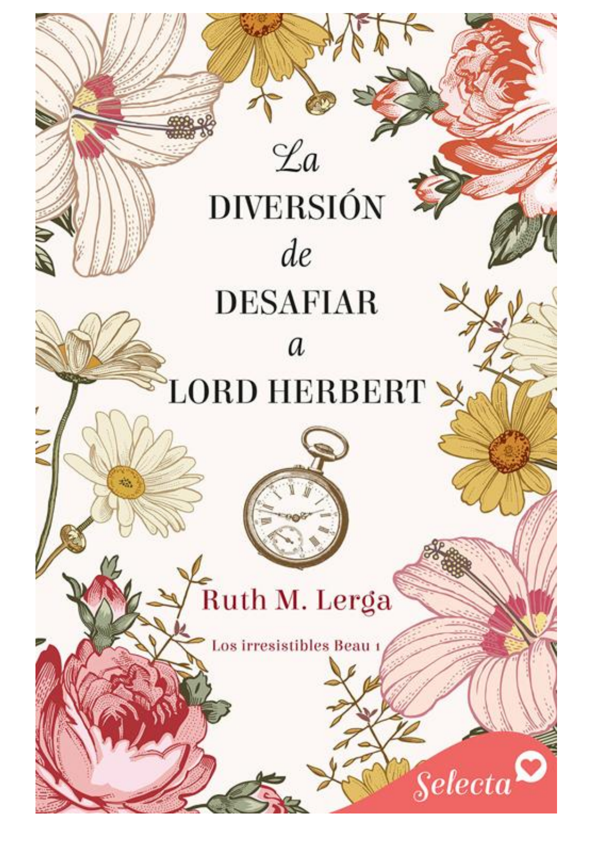



NIEVES HIDALGO
Enamorar a un escocés
Selecta



Cuando el amor DESPIERTA

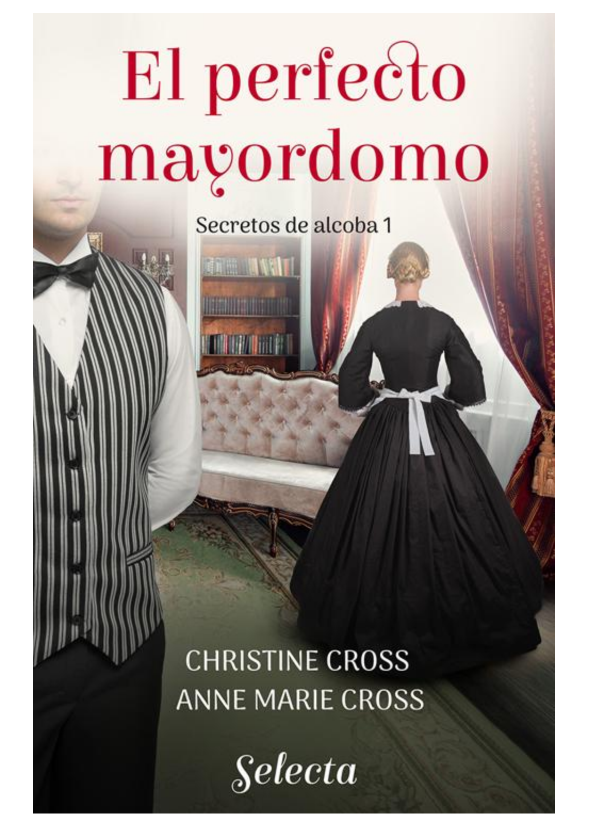



La
DIVERSIÓN
de
DESAFIAR
a
LORD HERBERT
Ruth M. Lerga
Los irresistibles Beau 1
Selecta


Selecta
Un truhan encantador
SANDRA BREE


La ansiada venganza de
lady Storm
MAYEDA LAURENS
Selecta


Selecta
SI ME LO PIDE
EL CORAZÓN
BETHANY BELLS
MINSTREL VALLEY


El perfecto mayordomo
Secretos de alcoba 1
CHRISTINE CROSS
ANNE MARIE CROSS
Selecta

Un castillo en las Highlands es una historia de un amor que se cuece a fuego lento. Dos personas destinadas a encontrarse y a amarse apasionadamente… si no fuera porque ella se siente marcada.

Una sociedad opresora que condena el deseo de las mujeres, pero no a quienes se aprovechan de ello.



Rose Archer es una hermosa, aunque seria e inflexible, solterona de veintisiete años que acompaña a su anciana tía durante sus vacaciones en una mansión en Brighton, invitadas por lady Sibylle Oliphant.

Allí conoce a un norteamericano, **Ewan McKinley, que la atrae por su desparpajo y sinceridad, además de por su sonrisa y evidente atractivo**. Aunque él parece encantado con ella, Rose no puede permitirse relación alguna con un hombre, de lo contrario, un secreto, que lleva ocultando casi nueve años, saldría a la luz, causando el deshonor a su familia.

Hasta la ciudad costera, llega el oficial Charles Wesley, al servicio de la Corona Británica, y antiguo conocido de la joven. Volver a verlo supone para ella el despertar de un antiguo amor que le trajo innumerables amarguras. Wesley pretende retomar la relación que tuvieron en el pasado, pero Rose se niega y él la amenaza con contar la verdad.

Entre la espada y la pared, **la joven debe enfrentarse a la decisión más difícil de su vida, acceder a la petición del oficial o aceptar la inesperada propuesta matrimonial del americano**, quien busca una esposa de nacionalidad inglesa para poder heredar el castillo y las tierras de su abuelo escocés, tal y como este estipuló en su testamento.

Un casamiento de conveniencia, sin amor, servirá a los dos para los propósitos particulares de cada uno. Permanecerán casados durante seis meses y después harán uso de la recién estrenada Ley del Divorcio, aprobada por el Parlamento Británico en 1857. Y serán libre de rehacer sus vidas. ¿Qué puede salir mal?

Pero durante el tiempo que conviven, llegan a conocerse, a sentirse atraídos y **a vivir momentos de absoluta pasión y deseo**, aunque el secreto de Rose obstaculiza toda relación. Ella está dispuesta a seguir adelante con el divorcio, aunque destroce su corazón en el camino… y el de McKinley.

¿Será capaz Rose de perdonarse y encontrar la comprensión de Ewan si, finalmente, se atreve a contarle la verdad? ¿O preferirá callar y no exponer lo que la avergüenza y humilla ante el hombre que ama, aunque esto suponga perderlo definitivamente?

¿Llegará McKinley a conocer el sufrimiento de Rose de sus propios labios? ¿Y podrán compartir su futuro?

Evangeline Cruz nació en el cálido sur de España, donde vivió hasta que, finalizados sus estudios universitarios de Lengua y Literatura Inglesa, decidió viajar y conocer mundo. Ha residido en Inglaterra, Italia y Austria y, actualmente, vive en España y trabaja como profesora, compaginando esta labor con la escritura.

Fue finalista del I Premio Chic de novela. Ha publicado una novela de romance histórico medieval, *La bastarda del rey Sancho*, con la editorial internacional Cherry Publishing y *Así pasen los años*, una novela romántica de época, con Ediciones Kiwi.

Lectora compulsiva desde niña (siendo sus géneros favoritos los clásicos, la historia y el romance), ha escrito desde siempre, especialmente, romance histórico.

Se embarca ahora, con ilusión, en la aventura de publicar su primera novela *Seducción escocesa* con el sello Selecta, sinónimo de calidad en las novelas de romance.



Edición en formato digital: septiembre de 2024

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

ISBN: 978-84-10341-10-4

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club





[1] Puedes conocer la historia de Ivy Archer, la hermana pequeña de Rose, en la novela *Seducción escocesa*, publicada por Selecta.

Índice